

ÍNDICE

1. Mi nombre es.....	3
2. El Guardián de Secretos.	6
3. Entrenamiento en las alturas.....	13
4. Tres encuentros.....	23
5. El navegante del río eólico	31
6. Arushta, la ciudad sin calles	38
7. El anillo de Shag-Laah	51
8. Viaje en Ikibi.....	56
9. La Prisión Andante.....	64
10. La gran batalla del pequeño héroe.....	76
11. Madre no hay más que una.....	81
12. El bosque de las espadas	85
13. El templo de las cien puertas malditas	93
14. El resurgir de Nhord-Ghart	105
15. La transformación de Evein	111
16. El...¿final?.....	117
Epílogo	122



Este libro está autopublicado en EntreEscritores.com red social de obras inéditas donde los escritores pueden ser publicados por una editorial con el apoyo de los lectores.

Comparte tu opinión con el autor y cientos de lectores:

<http://bit.ly/ElEsqueletoDelDragon>

EL ESQUELETO DEL DRAGÓN (PRÓLOGO)

La explosión destrozó la gigantesca puerta levantando una nube de polvo. Los dos guardianes agarraron con determinación sus lanzas, preparándose para lo peor; sabían que cualquiera que fuera capaz de entrar a la fuerza en la Cámara de las Armas Prohibidas resultaría un adversario imposible de derrotar.

La humareda se abrió de repente dejando paso a una mujer de rostro sereno y pálido, ligeramente azulado, labios morados y pelo corto y blanco, con una chaqueta gris estilo militar que le llegaba hasta los tobillos.

—¡E... Evein Axracsé! —gritó uno de los guardianes procurando que no se le notara el temblor en la voz.

La intrusa, ignorándolos por completo, cruzó por delante de ellos con ritmo pausado y decidido. Más asustados que indignados, los dos guardianes atacaron a Evein por la espalda con sus lanzas; antes de que las hojas de metal la alcanzaran, ambos cayeron fulminados en el acto.

Evein, sin ni siquiera detenerse a pestañear, continuó avanzando hacia el fondo de la sala donde se hallaba un escudo tres veces mayor que ella con forma de medio cráneo alargado, rodeado de una columna de luz anaranjada y custodiado por otro guerrero alto y musculoso con un hacha en cada mano que sonreía nervioso:

—Eres buena. No obstante, te equivocas si crees que conmigo te...

—Aparta —ordenó la mujer poniendo su mano en el costado de aquel hombre y lanzándolo contra una pared, en la cual se comenta que sigue empotrado.

Tras eliminar la energía que lo protegía, Evein agarró el escudo con suave firmeza. “Una pieza más y habré completado al Dragón”, pensó mientras un gigante gordo y barbudo se le acercaba por detrás.

—Me alegro que hayáis obtenido lo que buscabais, mi señora —dijo el gigante, pero ella no le hizo mucho caso. No estaría satisfecha hasta que no se apoderara de la última arma. Y sabía en qué planeta se encontraba; sólo era cuestión de tiempo—. Disculpe que la desanime, mi señora, pero he oído que Her Kraizent acaba de trasladarse a ese planeta. Sospecho que no se trata de una mera coincidencia.

—No importa —soltó sin mostrar ninguna emoción—. Nadie, ni siquiera el Guardián de Secretos, me impedirá resucitar a Nhord-Ghrat.

CAPÍTULO 1 (MI NOMBRE ES...)

—¡Eh, tú! ¡Niñata cuatro ojos!

Sin duda se referían a mí, así que giré la cabeza. Una chica de dos cursos por delante del mío pero cuatro años mayor y con pinta de macarrilla me señalaba con el dedo adoptando una pose amenazadora; la acompañaban tres seguidoras que no tardaron en rodearme.

—Venga, préstame algo –me dijo la líder hurgándome los bolsillos de la chaqueta y de los tejanos–. Bah, eres una pobretona. ¿Es que no llevas ni un céntimo encima o qué?

—Es que mis padres no me dejan traer dinero –intenté justificarme. Aunque no sabía por qué tenía que hacerlo, sabía que tenía que hacerlo.

La chica empezó a reírse bien fuerte y las otras la imitaron.

—¡Menuda criaja! Con tus doce añitos yo ya iba en moto con mi cadenita de plata y tú no luces ni un triste reloj. ¿O es que ya te lo han robado?

Y siguieron burlándose mientras me daban algún que otro empujón y palmaditas más fuertes que suaves en la nuca. Ya me he acostumbrado a que me avasallen a la salida de la escuela, pero era la primera vez que lo hacían en el patio. Cuando creía que ya habían acabado conmigo, la líder volvió a ponerse seria y me pidió el bocado de foagrás que casi colgaba de mi mano. Sin esperarse a que se lo acercara, me lo quitó, lo miró con desprecio y me lo tiró por la cabeza.

—Das asco, niñata. No tienes de bueno ni el bocata.

Y se largaron por fin a por otra víctima. Yo me quedé ahí de pie sin saber muy bien cómo reaccionar. En realidad deseaba que alguien se interesara por mí, pero nada. Me acerqué a la fuente y me limpié el cabello, más que pringoso por culpa del paté. Cuando quise darme cuenta, mis compañeros ya se habían ido; la hora del patio se había terminado y ninguno de ellos se molestó en avisarme.

Al regresar a la clase, la profe me riñó por llegar tarde y hecha un asco y, cogiéndome de un brazo, me arrastró hacia mi mesa llamándome “desastre con patas”; como es natural, los demás se rieron. Y para rematar el día, repartieron las notas del último examen; peor de lo que esperaba, y eso que me esperaba una nota muy mala.

Aquella tarde no me apetecía volver a casa; con todo lo que me había pasado sólo me faltaba escuchar la bronca de mis padres. Tampoco es que hubiera sido un día muy diferente a los demás, la verdad, pero estaba harta. Así pues, nada más salir del cole, huí caminando en dirección contraria a la habitual con la vista clavada en el suelo.

Al cabo de un buen rato fui a parar a un barrio que no conocía. Ya anocheecía cuando, dentro de un supermercado a oscuras y con la verja cerrada, vi unas sombras que se movían con rapidez de un lado para otro. Por curiosidad, o quizá porque necesitaba distraerme con algo, me asomé por uno de los ventanales. Unas ocho personas manejaban cables y ordenadores, pero apenas los distinguía debido a que casi no había luz. Al principio creí que rodaban una película ya que hablaban de enviar a no sé quién a otra dimensión, aunque cuchicheaban tan bajito que yo no les entendía muy bien.

Entonces montaron sobre un carrito de la compra a una persona más pequeña que yo pero con los ojos amarillos y relucientes y lo lanzaron contra otros veinte aparcados. Al chocar, el cuerpo de aquel ser se desvaneció, transformándose en una corriente eléctrica azulada que recorrió los carros hasta desaparecer del todo. Me agaché lo más deprisa que pude. “¿Se han cargado a un extraterrestre o ha sido un efecto especial de esos?”, pensé.

Mientras le daba vueltas al asunto les oí felicitarse entre sí y recoger los trastos. De repente, y sin darme tiempo a largarme de ahí, abrieron la verja y salieron por la puerta que yo tenía al lado; se trataba de un grupito de chicos de unos quince años. No sabía dónde esconderme, así que me senté pegada a la pared apretando mis piernas contra el pecho convencida de que me iban a pillar. Por suerte siguieron en línea recta para cruzar la calle y yo aproveché para meterme a gatas en el súper antes de que a alguno de ellos se le ocurriera mirar atrás.

El corazón me latía a mil por hora y no me atrevía ni a pestañear, sentada debajo de la caja registradora. “Tranquila, Astrid”, me dije a mí misma, “seguro que rodaban una peli para el insti o algo así. Además, ya se han ido”. Fue cuando escuché el ruido de uno de ellos acercándose. Contuve la respiración hasta que me di cuenta de que habían bajado la verja; conmigo dentro, claro. “Genial. ¿Y ahora cómo salgo de aquí?”. Tampoco es que tuviera muchas ganas de volver a casa, pero... pero no era plan de tirarme la noche entera ahí, y vaya, que mi estómago ya empezaba a protestar.

Cuando reuní el suficiente valor como para levantarme y echar un vistazo fuera, ya no se veía ni un alma. “Soy tonta. En cuanto abran el súper mañana y me descubran aquí, me va a caer una buena. Eso sin contar con el discursito que me van a pegar papá y mamá; sobre todo papá.”

Los ojos en seguida se me acostumbraron a la oscuridad y me lié a buscar el modo de salir de allí. Nada; todas las puertas me las encontraba cerradas y bien cerradas. Y por culpa de la verja, romper el cristal sería una pérdida de tiempo.

Me rendí y me cogí un par de bolsas de patatas fritas. “Al menos de hambre no me voy a morir”. Cuando ya me acababa la segunda, me fijé en los carritos de la compra que habían utilizado aquellos chicos para... para lo que fuera; todavía brillaban con un resplandor azulado. Caminé poco a poco hacia ellos y sentía como si me atrajesen de alguna manera; de hecho mis cabellos se movían hacia delante sin que hubiera ninguna corriente de aire. “Esto es absurdo”, me repetía a mí misma acercándome cada vez más, “si sigo así lo único que voy a conseguir es un calambrazo de los buenos”. Sin embargo no lo podía evitar. Dejé caer la bolsa de patatas al suelo y agarré con las dos manos la barra del mismo carrito que usaron los chicos para su experimento. Al instante noté una

fuerza que me arrastraba hacia la nada y un impulso eléctrico tan potente que perdí el conocimiento.

No sé si transcurrieron unos segundos o unas horas. El caso es que, al abrir los ojos, me vi tumbada boca abajo en medio de un prado rodeado de árboles enanos, de mi altura más o menos, y además era de día.

—Pero... ¿pero dónde... dónde diablos...? —balbuceé como si alguien me fuera a contestar.

No tuve tiempo de nada más, ya que se me plantó justo en mis narices una araña roja más grande que mi cabeza pero con boca de rata y dos patas que parecían guantes de boxeo. Paralizada por el susto, yo no sabía cómo reaccionar ante una cosa tan rara que danzaba de un lado para otro enseñándome los dientes.

Entonces me di cuenta de que había algo debajo de mi barriga que se retorció queriendo salir. Me aparté hacia un lado y un ser de un palmo de longitud con cuerpo de lagartija y cabeza de cobra se me encaró furioso. ¡Encima eso!

Intenté retroceder medio-sentada, vigilando a los dos bichos que me acorralaban cada uno por un lado mientras el cuerpo me temblaba sin parar. De repente la lagartija-cobra saltó hacia mí y me llevé los brazos a la cara. Como no pasaba nada, los bajé con cuidado y vi una mano humana metida en un guante negro con un símbolo bordado en forma de ciudad flotante rodeada por dos aspas; había agarrado al animal, el cual se retorció luchando por liberarse.

Levanté la mirada poco a poco. Aquella mano pertenecía a una persona normal, aunque más alta y corpulenta de lo que yo estaba acostumbrada a ver; vestía un uniforme militar azul oscuro, con pantalones lisos y chaqueta con medallas, en cuya gorra se dibujaba el mismo emblema que en los guantes. No fue hasta que empezó a hablar que supe que se trataba de una mujer:

—Te esperaba —dijo lanzando a aquella bestia bien lejos—. Sin embargo, no calculé que fueras tan pequeña.

—Ah, v-v-v-vale —respondí sin tener ni idea de qué iba la cosa; pero claro, todavía quedaba la pedazo de araña acosándome—. Le... ¿le importaría apartarme también esa... esa boca con patas?

—No te preocupes. Las arañas boxeadoras no son venenosas. Si no la molestas te dejará en paz —me comentó ayudándome a levantar—. Soy Arben Naira, General del Ejército de la Gran Ciudad. ¿Y tú? ¿Cómo te llamas?

Primero me sorprendí que me lo preguntara; luego sonreí después de mucho tiempo que no lo hacía.

—Mi nombre es... Astrid.

CAPÍTULO 2 (EL GUARDIÁN DE SECRETOS)

2-1

Yo caminaba detrás de la General por un sendero rocoso procurando sin mucho éxito detener el viento con las manos para que no me molestara tanto. “Suerte que hoy no llevo falda”, me dije apartándome los cabellos de la cara. A un lado se encontraba el bosque de árboles enanos que ya había visto al aterrizar y en el otro, detrás de un precipicio, un mar violeta bastante agitado y repleto de unos palitos verdes con una bola en la punta del tamaño de una pelota de ping-pong. Primero pensé que se trataba de alguna especie de planta marina, pero en seguida me di cuenta de que eran... ¡ojos!; sobre todo cuando uno de ellos me clavó la mirada. Entonces, como una oleada, el resto también se giró hacia mí siguiéndome los pasos hasta que se cansaron y se fijaron en otra cosa.

—Y... ¿Y eso? —pregunté señalando aquellos bichos.

—Eykerls. Nada que deba preocuparte —respondió la General en un tono seco y sin aflojar el ritmo.

“Yo... yo juraría que de esto no hay cerca de mi casa”, me dije sin acabarme de creer que realmente me había metido en otro mundo. La verdad es que no estaba segura de nada y encima no había manera de que la General me lo aclarara; yo le pedía una y otra vez que me explicara qué hacía yo aquí, a dónde nos dirigíamos y qué había querido decir antes con aquello de que “me esperaba” y ella siempre me contestaba:

—Paciencia, Astrid. Cada cosa a su momento.

—Pues vale. ¿Y siempre sopla tan fuerte el aire en este sitio? —comenté más que nada para hablar de algo.

—No. Este clima irregular lo hemos provocado nosotros por error. Nuestra ciudad se acercó demasiado a este planeta.

—Bueno, ya basta. Ahora sí que me he perdido —protesté poniendo cara de no entender ni jota. Ella se limitó a darme unos prismáticos y me señaló el firmamento.

—Pero... —dudé—. ¿El Sol no me quemará los ojos?

—Esa estrella no se llama Sol sino Ademórdena. Por otra parte, los binoculares incluyen un filtro.

Me subí las gafas en la frente y me coloqué aquel aparato ante los ojos; las lentes se adaptaron a mi vista y vi con perfecta claridad una ciudad espacial alejándose.

—Es tan grande como la luna de La Tierra —me dijo acercándose la mano. Le devolví los prismáticos; ella los estiró y quedaron plegados como si fuera una lámina de

hierro y se los guardó en el bolsillo de la chaqueta—. Hemos venido a solucionar unos asuntos. Cuando te presente a Kraizent, el Guardián de Secretos, ya lo comprenderás.

—Sí, ya; cada cosa a su momento —la imité.

Pero ella no me hizo mucho caso y seguimos caminando en silencio. Al menos ya tenía claro que me encontraba muy pero que muy lejos de casa. Lo que no tenía tan claro era cómo me las iba a arreglar para volver, aunque me imaginé que quizás el tal Kraizent lo debía saber y que por eso íbamos a verle.

Mientras le daba vueltas al asunto llegamos a un edificio amurallado enorme, como seis veces mi cole y eso que el mío no es de los pequeños. Se trataba de una especie de palacio a medio camino entre un castillo medieval y un templo chino o japonés, pintado de colores suaves y con adornos de tela sencillos pero bonitos.

La puerta, más oscura que el resto, la formaban un millar de barrotes de metal que se retorcían, de manera que no dejaban pasar ni una aguja. Al situarnos delante, los barrotes se movieron, replegándose en todas direcciones y ocultándose. Nada más cruzar volvieron a surgir, enroscándose entre sí hasta que no pudieron más. “Si pilla a alguien en medio, no lo cuenta”, pensé.

Entre la muralla y el templo, al cual se accedía subiendo unas escaleras, había un patio repleto de personas; bueno, eso de personas es un decir, ya que muy humanos no se veían, la verdad. Los que más destacaban eran unos gigantes que parecían los hijos de papá King Kong y mamá Godzilla y también otros tres, alargados y con una neblina oscura que les rodeaba; e incluso uno con pinta de masa de pelos, más alto que un jugador de básquet y con dos dientes enormes hacia abajo, como los de una morsa. Eso sí, la mayoría sólo llamaban la atención por ser muy musculosos y por llevar ropas de guerreros de toda clase: desde pieles hasta armaduras. Vaya, que impresionaban bastante. Lo peor de todo era que no paraban de observarme de arriba abajo como si fuera yo la rara.

—¿Y esta... gente? —susurré pegándome a la espalda de la General—. ¿Qué pintan aquí?

—El Guardián de Secretos también es el mejor maestro de artes combativas que existe. Y ellos, la mayoría grandes luchadores, han venido para que Kraizent les adiestre o les aconseje sobre cómo mejorar sus técnicas.

No le di mucha importancia hasta que, al subir por las escaleras, escuché algunos insultos que pronto se convirtieron en un abucheo brutal por parte de casi todos aquellos seres; algunos me amenazaban con matarme o cosas peores y otros empezaron a tirarme comida. Ni las abusonas de la escuela me habían tratado así.

—¿Cómo se atreve esa niñata humana a adelantárseme a mí, el gran Serraimbul?! —gruñó uno.

—¡He esperado durante veinte días una triste audiencia y ahora no merezco semejante ultraje! —protestó otro en un tono desafiante.

Fue cuando entendí el motivo de aquellas miradas asesinas. Aunque tampoco era para ponerse así; vale, me había colado, pero yo no tenía la culpa.

Seguí a la General intentando ignorarles hasta que un bol lleno de una masa verde y grasienta me golpeó en la cabeza, dejándome toda pringosa y el patio entero estalló en una carcajada. Yo ya no lo soporté más. Me paré y noté cómo se me escapaban las lágrimas, se me hizo un nudo en la garganta y me caí de rodillas. Entonces la General me alargó la mano y me ayudó a levantarme.

—Vamos, Astrid, en pie. Tienes que ser más valiente o no podrás cumplir tu misión.

2-2

Cruzamos la puerta del templo y las de unas cuantas salas más; bueno, en realidad lo que se dice puertas no había por ningún lado. Las habitaciones, con paredes rojizas y columnas redondas, eran un tanto oscuras y tan idénticas entre sí que por un momento hubiera jurado que caminábamos en círculo. Tras atravesar más de veinte, llegamos a una más grande y más alta llena de cortinas y con luz natural que venía del techo, situado como a unos diez pisos hacia arriba.

Yo ya me había tranquilizado un poco, sobre todo gracias a la General que me limpió el cabello en una fuente. Eso sí, la sensación de inquietud todavía me duraba; al fin y al cabo ignoraba que sería de mí y más después de haber escuchado eso de “la misión”. Y encima por más que se lo preguntara ella no soltaba prenda.

Suspiré y me fijé en que al fondo de aquella sala había un hombre gigantesco; yo le debía llegar por la rodilla. Su traje lo cubrían unas cadenas sujetas con un enorme candado en el pecho. De su cabeza, tapada por una capucha, sólo se le veía la cara: una masa oscura como un Universo sin estrellas, excepto sus pupilas, similares a dos pequeñas galaxias. Conversaba con un tipo un pelín más alto que yo envuelto en una sábana roja con dos agujeros para los ojos; parecía un idiota disfrazado de fantasma cutre.

—¿Quién es el fante de la manta? —le susurré a la General.

A pesar de que lo dije lo más bajo posible aquello retumbó como un eco. El pequeño se giró hacia mí y, con una voz potente pero amable, habló:

—Soy Kraizent, Guardián de Secretos de la Gran Ciudad. ¿Y tú eres...?

Yo era una tonta que se había quedado muda y a cuadros. Por suerte la General, haciendo una reverencia, contestó por mí.

—Os presento a Astrid. Edad, **doce** años. Una **niña** humana del planeta Tierra.

No me gustó que me llamara niña, y menos que lo recalcará tanto, pero como me había sacado del apuro me lo callé. Kraizent, tras darme la bienvenida, nos pidió que nos esperáramos un momento y volvió junto al gigantón.

Minutos más tarde, cuando el otro ya se había marchado, Kraizent se me acercó. A pesar de que iba tapado de la cabeza a los pies sus ojos eran muy expresivos y se notaba si sonreía o no sólo con mirarlos. Para romper el hielo Kraizent me comentó que aquel hombre o lo que fuera había venido para pedirle consejo sobre cómo combinar la Técnica de las Cadenas Circulares con su Cuerpo del Vacío; la verdad es que si me hubiera contado que buscaba una receta para cocinar un pollo con sabor a merluza también me lo habría creído.

—¿Qué? —me soltó de repente en un tono alegre—. ¿Sorprendida por mi aspecto?

—Pues sí —reconocí con la cabeza medio agachada—, pero no de la manera que me esperaba.

Él se rió; según me dijo, todo el que venía a visitarlo pensaba lo mismo, aunque pocos se atrevían a decírselo.

—El Guardián de Secretos también debe permanecer en secreto —añadió.

—¿Y no se lo ocurrió otra cosa que liarse una sábana por encima? —murmuré; pero en aquel sitio hasta el más pequeño susurro se oía como un trueno.

Otra vez me quedé de piedra y colorada y de nuevo Kraizent se lo tomó bien. Me explicó que su traje era obligatorio para el que ocupara su puesto y claro, al ser una tradición de decenas de miles de años, había perdido aquel “efecto intimidante de antaño”; vaya que había pasado de moda.

—Además —continuó—, el anterior Guardián pertenecía a una raza de seres altos y corpulentos y le sentaba mucho mejor que a mí.

Bromeamos los dos durante un ratito más y me ayudó a relajarme un poco, hasta que la General nos interrumpió advirtiéndome a Kraizent que quizá no resultaba una buena idea. “¿Que no es buena idea el qué?”, me pregunté.

—Ahora no, General —la hizo callar Kraizent con un gesto algo brusco—. Lo primero son las necesidades de Astrid.

Y me animó a que le consultara lo que yo quisiera. Yo, tras dudar un poco, le solté lo típico:

—¿Don... dónde estoy? Lo siento, ya sé que suena un poco tonto.

—No es preciso que te justifiques. Es una duda muy comprensible. Trataré de simplificar la respuesta al máximo.

No tardé en arrepentirme ya que Kraizent se enrollaba como mi profe de historia, que no para de hablar desde que entra por la puerta de clase hasta que sale. No es que no fuera interesante, pero con lo aturdida que me sentía después de llegar a un lugar tan extraño de sopetón, ya sólo me faltaba una avalancha de palabras:

—El Universo se divide en cuatro planos de existencia superpuestos, en uno de los cuales se encuentra el planeta Tierra y lo que veis a través de vuestros telescopios. El caso es que tu dimensión y la nuestra se unen mediante portales espacio-temporales que se abren al azar. Y aunque yo no los dirijo, sí que los vigilo todos. Cuando he notado tu presencia te he atraído lo más cerca posible de aquí.

—Sí, vale, pe...

—Nuestro mundo en concreto lo componen varios miles de planetas con vida, el sesenta por ciento de los cuales posee civilizaciones más o menos avanzadas. Ahora mismo nos hallamos en El Planeta de los Mil Lagos, el cual carece de una especie inteligente original; sin embargo los primeros en llegar fueron los Colmillos Negros, una raza guerrera que se asentó en la zona cálida del planeta y han sido testigos de cómo otras razas ocupaban el resto de regiones.

—Es que yo lo único que...

—Hablando de razas: ya te habrás percatado de que la mayoría presentamos un aspecto bastante parecido al tuyo. De hecho se cree que casi todos nosotros descendemos de humanos que alcanzaron esta dimensión hace millones de años por razones que aún se desconocen; en realidad muchos consideran el planeta Tierra un simple mito, conocido por el pueblo llano como El Hogar Original. Como es obvio notarás diferencias, tanto en algunas particularidades físicas como culturales; no obstante, en lo básico casi todos somos iguales. Ayuda bastante el hecho de que dispongamos de un sistema de traducción. No te voy a aclarar cómo funciona, pero sí que traduce incluso las frases hechas o las expresiones faciales.

—Eso está muy bien. Lo que pasa es que...

—Por otra parte, y quizá esto sea lo más chocante para ti, somos muchos los que dominamos la energía. Llámalo magia o cómo te apetezca. Los hay que superan sus capacidades físicas, disfrutando de una fuerza y agilidad sobrehumana, y los hay que controlan los elementos; es como aprender una profesión como otra cualquiera. Los más expertos incluso poseemos la capacidad de frenar nuestro envejecimiento. Yo, por ejemplo, y según tu registro de tiempo, cumplí los seis mil añ...

—¡¡Que yo sólo quiero volver a casa!!

Y por fin calló. Me supo mal, pero a mí ya me salía humo de las orejas. Kraizent me miró un momento y luego soltó:

—Fácil de decir. Difícil de hacer.

Y me contó, sin darme tiempo a digerir todo lo anterior, que él me podía abrir un portal hacia la Tierra, pero que no sabía a qué país o en qué época iría yo a parar, por unos problemas con el espacio-tiempo y etcétera. Resumiendo, que yo necesitaba una especie de calibrador que me permitiera regresar al punto exacto del que salí.

—Ya —dije temiéndome lo peor—. Y ese calibrador o lo que sea lo protege un monstruo gigantesco, ¿no?

—No exactamente. El problema principal reside en que existe otra persona que lo busca: una mujer llamada Evein, una guerrera y maga bastante peligrosa. Sería grave si ella consiguiera semejante arma. Y como ya posee el resto de...

—Disculpe, Kraizent —nos interrumpió la General—. Si me lo permite...

—Ahora no, General —respondió él lanzando una mirada asesina que la dejó tiesa, para después seguir como si nada comentándome que aquel calibrador se trataba de una espada llamada La Costilla del Dragón, capaz de “rasgar el espacio-tiempo” o algo así.

—Perdone, pero... —yo ya no sabía si aquello iba en serio o no—. ¿Eso significa que he de luchar contra la tal Evein para volver a casa?

—Es muy probable, sí —reconoció Kraizent como si eso fuera lo más normal del mundo.

—Pero... bueno, no es por nada, ¿verdad?, pero a mí eso de enfrentarme con ella... pues como que no. Y aunque me encantara la idea yo soy incapaz de ganar a una guerrera y maga y no sé qué más.

—No sufras por ello —insistió Kraizent—. Te entregaré parte de mi energía y te enseñaré a utilizarla. De esta manera, conjurarás hechizos y...

—¿Por qué yo? —por fin me salió la pregunta que quería realizar desde el principio—. ¿Qué tengo yo de especial?

Y es que aquello no me parecía lógico; lo más razonable era que Kraizent o la General o cualquiera de los luchadores que esperaban en el patio se pelearan con esa Evein y no yo. Kraizent me contestó que cuando yo utilizara La Costilla del Dragón para regresar a mi planeta ésta se quedaría atrapada entre nuestros dos mundos, donde Evein jamás llegaría a alcanzarla; o sea, que a los dos nos interesaba. Luego añadió que me acompañaría en el viaje un tal Zechnas que me haría de guardaespaldas; eso ya me gustó más.

—Si optas por afrontar la misión, empezará tu travesía en el momento en que Zechnas se encuentre disponible; o sea, dentro de diez días.

“¡Diez días!”, me alarmé, “diez días en este mundo de locos”. Pero, por otra parte, quizá estaría bien tomarse unas vacaciones de mi vida normal, que tampoco era una maravilla. Eso sin contar con que si salía del templo, aquella gente de antes me destrozaría sin piedad. De todas formas eso no me importaba tanto como que después me tocaría embarcarme en una aventura con toda la pinta de ser muy peligrosa. Esos diez días me servirían para pensar con calma qué debía hacer; en ese momento me sentía demasiado confusa y agobiada.

—Bueno —dije resignada—. No me sobran opciones precisamente, así que... acepto.

—Sabia decisión —se alegró Kraizent, acallando de nuevo las quejas de la General—. Primero, tras recoger a Zechnas en el valle Léveñsdysn, te dirigirás a Cirnaria para tomar un transporte hasta Arushta, donde Nebral Záharü...

—Un... un momento, por favor —le interrumpí llevándome las manos a la cabeza—. Que con tanto nombrecito raro me va a estallar el cerebro.

—Cierto, no había caído en ese detalle —asintió Kraizent como si hubiera previsto mi reacción—. En ese caso, a parte de Zechnas te acompañará un guía. Ya elegiremos a alguno de ahí fuera, ¿te parece bien?

—Sí, mejor —suspiré aliviada—. ¿Y qué voy a hacer durante estos diez días?

—Entrenarte, por supuesto.

No me imagino qué cara puse, pero Kraizent en seguida me recordó su promesa de enseñarme magia y claro, para manejarla bien necesitaba entrenamiento. La General sería la responsable de prepararme para... para lo que fuera. “Bueno, no puede ser peor que ir a clase”, me intenté animar.

Una vez cerrado el trato, Kraizent me dirigió hacia detrás de unas cortinas y me pidió que cambiara mi ropa por otra más “adecuada a mi adiestramiento”, según me dijeron. Así pues, salí de la sala, dejando a Kraizent y la General solos. Mientras me desvestía, oí como los dos hablaban, pero tan bajito que no me enteré de nada.

CAPÍTULO EXTRA (KRAIZENT)

Al abandonar Astrid la sala, la General y Kraizent permanecieron inmóviles y en silencio. Se notaba la tensión en el ambiente, algo que no les ocurría desde hacía décadas. Kraizent era consciente del motivo: la General se negaba en redondo en enviar a una niña a realizar una labor tan peligrosa; sin embargo no había otra alternativa. Se requerían demasiados días para abrir un portal a la otra dimensión y sólo un ser de aquel mundo podía cumplir el encargo.

—Kraizent —interrumpió la General los pensamientos de su superior—, en menos de un cuarto de día puedo traerte la Costilla del Drag...

—Sabes que esa no es la cuestión, ni mi objetivo principal.

—Pero lo más probable es que muera.

—Por supuesto, General. Se trata de una misión suicida.

CAPÍTULO 3 (ENTRENAMIENTO EN LAS ALTURAS)

3-1

Cuando me desperté me sentí un poco desorientada. Justo antes de abrir los ojos creía que lo del viaje a otro mundo había sido un sueño; vaya, que en realidad me encontraba en mi cuarto y que mamá entraría de un momento a otro para pedirme que me levantara de una vez. Pero no, en lugar de un dormitorio pequeño y lleno de muebles viejos se trataba de una sala enorme y vacía que se iluminaba lentamente a pesar de la falta de ventanas y lámparas. Además fue la General la que me vino a buscar:

—En pie, Astrid –me soltó con su tono militar de siempre, aunque con una pizca de tristeza–. Hora del desayuno.

Aparté las sábanas y entonces me di cuenta de que llevaba puesto el traje que me habían regalado: un vestido marrón con cuello alto y mangas muy anchas, que me colgaban de los brazos, con unos pantalones también amplios y que me cubrían los pies sin llegar al suelo. Era cutre con ganas pero muy cómodo y justo a mi medida.

—Espabila, Astrid –me metió prisa la General.

Me coloqué unas zapatillas de deporte negras y un tanto simplonas situadas al borde de la cama y la seguí. Cruzamos como diez habitaciones idénticas a la mía, yendo hacia delante, derecha, delante, izquierda, atrás, otra vez derecha... y yo me liaba; desde luego ese lugar lo habían diseñado para que la gente se perdiera. Supuse que la única sala diferente era la de Kraizent hasta que llegamos al comedor; lo habían decorado de manera que se parecía mucho al restaurante al que fui un par de meses antes con mis abuelos.

—¿Te gusta? –me preguntó Kraizent, sentado delante de una mesa repleta de platos pequeños con comida–. He imitado tanto las costumbres de tu planeta como los alimentos. Así, al menos durante unos instantes, te olvidarás de que te has visto atrapada en un mundo extraño con seres extraños.

—Ah pues... muchísimas gracias –le agradecí de verdad.

Había de todo: espaguetis, pizzas, pastas de crema y de chocolate, muslitos de pollo, calamares a la romana... bueno, y acelgas, ensalada de coliflor, aguacates y esas cosas que, según todos los padres del mundo, tienen muchas vitaminas y están muy ricas, pero no hay quien se las trague. Por suerte no me obligaron a probar nada que yo no quisiera y, con el hambre que traía, disfruté como nunca. Lo peor fue el ambiente: tanto la General como Kraizent se mostraban amables conmigo, cada uno con su propio estilo, pero entre ellos... vaya, ni se miraban a la cara. Claro que me daba un poco igual; ya me he acostumbrado a este tipo de cosas en casa, aunque no sé si eso es bueno o malo.

Al cabo de un rato, Kraizent, con un movimiento suave de las manos, hizo desaparecer la mesa entera junto con los adornos, transformando aquella sala en una clavada a todas las demás. A mí me fastidió bastante, ya que aún no había acabado:

—Ey, eso se avisa antes —me quejé.

—A media mañana ya pararemos para echar otro bocado —me comentó Kraizent comprensivo pero sin darme opción a contestarle.

Para acabarme de convencer añadió que no era recomendable llenarse tanto la barriga, y menos justo antes de un entrenamiento, y me ordenó que saliéramos los dos juntos metiéndome prisa. Así pues dejamos a la General sola sin despedirnos siquiera; cuando me di cuenta de esto ya nos habíamos alejado mucho de ella. La verdad es que yo tenía la cabeza en otra parte; no me acordaba de lo del entrenamiento y me puse a pensar en cómo sería y también en para qué me serviría, ya que de la misión en sí no me habían explicado casi nada. “Bueno, es igual”, me dije, “en diez días me sobraré tiempo para enterarme, supongo”.

Tras recorrer un montón de salas más llegamos a la de la Kraizent, o al menos donde le conocí. En esta ocasión me fijé más en los detalles, quizá porque la primera vez yo me sentía un poco confusa por tantas cosas que me habían pasado de sopetón. El techo era el doble o el triple de alto que en las demás y justo sobre nosotros se abrió un agujero del tamaño de una cama redonda a través del cual se observaba el cielo a unos diez pisos de altura.

—¿Preparada, Astrid? —me preguntó Kraizent muy serio—. Antes de empezar, mentalízate: no resultará fácil ni...

—Disculpe —le interrumpí antes de que se enrollara demasiado—. ¿No me iba a entrenar la General?

—¿No quieres que sea conmigo?

—No, no es eso. Es que yo creía que...

—Es mejor que te inicie yo. La general es buena adiestrando tropas pero le falta delicadeza y empatía para enseñar a una chica novata. Cuando cojas el ritmo ya tomará ella el relevo, ¿de acuerdo?

Asentí con la cabeza. La verdad es que prefería que siempre fuera Kraizent; no sé por qué, confiaba más en él.

Tal y como me ordenó, me planté a su lado como una estatua. Kraizent murmuró unas palabras y los dos nos elevamos poco a poco, cruzando las plantas del edificio a través de aquel agujero. No notaba nada debajo de mis pies ni tampoco viento empujándome o algo así; simplemente flotaba. No me atreví ni a pestañear hasta que salimos del edificio por el techo. Claro que eso tampoco me alivió mucho que digamos; aquella terraza consistía un cuadrado tan pequeño como el comedor de mi casa y sin barandilla; vaya, que entre eso y el pedazo de boquete de en medio bastaba con “un ligero despiste y adiós muy buenas”, como diría mi madre.

—No te quedes embobada y sígueme —me soltó Kraizent andando tan tranquilo hacia el borde para luego subir por unas escaleras de aire.

—Ey, un momento. ¡No me deje sola!

Me acerqué a él con cuidado de no caerme y, al colocar el pie sobre el primer escalón transparente, éste cedió un poco. “Ánimo, Astrid”, me dije, “si a Kraizent no le ocurre nada, a ti tampoco”. Eso sí, él sabía volar y yo no. Avancé un poco más sin mirar abajo; aquel trasto invisible se tambaleaba y encima Kraizent cada vez se alejaba más de mí. “¿Por qué narices he de soportarlo?”, me repetía una y otra vez, “a pesar de lo absurdo que es eso de enfrentarme contra la tal Evein, lo cual acepto porqué, en fin, lo acepto y punto, pero... pero esto ya es demasiado fuerte”. Y claro, al final tropecé y me estampé los morros contra la escalera de aire. Por suerte, al ser tan blandita no me hice daño; por desgracia, al descubrir que me había tumbado en medio de la nada a más de cien metros de altura, casi vomito el desayuno allí mismo.

—Valor, Astrid —me ayudó a levantarme Kraizent; había retrocedido para echarme una mano, pero en seguida se apartó de mí—. Lo siento. Esto debes superarlo tú sola.

—¿¡Y eso por qué?! —exploté, para luego ponerme a llorar—. Yo no... a mí no...

—Conmigo no valen las lágrimas de cocodrilo. Tu mayor defecto es tu falta de entereza —una manera muy fina de llamarme cobarde, pero tenía razón—. Y el presente ejercicio es uno de los que te impondré para corregirlo. Hoy te acompaño; no obstante, a partir de mañana lo realizarás tú sola sin que nadie te lo ordene. Si no lo logras, no sólo fracasará en tu misión, sino también en tu vida.

—Qué exagerado —murmuré mientras él reanudaba la marcha.

Respiré hondo y continué; entonces vi el final de la escalera: un altiplano cubierto por hierba. Luego me giré hacia atrás y me mareé, pero al menos comprobé que iba por la mitad. No se trataba de un camino muy largo; más o menos como recorrer el patio de mi escuela tres veces. Eso sí, llegué a tierra firme agotada, como si hubiera participado en una maratón con una mochila de treinta kilos en la espalda.

—La cabeza erguida, Astrid —me soltó Kraizent; también podría haberme felicitado o algo así—. En cuanto te recuperes, empezaremos. Aprovecha el rato para reconocer el terreno. Aquí pasarás gran parte de los próximos diez días.

“Pues genial”, intenté contestarle pero no me salió, así que me sequé el sudor frío y obedecí. Nos encontrábamos en un lugar algo más pequeño que un campo de fútbol rodeado de precipicios desde donde se veía el patio del templo, lleno de guerreros esperando, y daba un poco de vértigo asomarse; aunque no tanto como subir, claro. Al menos el terrero era blandito y estable y con la hierba más mullida que haya pisado jamás.

De repente Kraizent me lanzó una piedra al estómago, rápida como una bala, y me acertó de lleno.

—¡Ey! ¡¿A qué ha venido eso?!

—No te ha dolido, ¿verdad? Fíjate bien en lo que te ha golpeado —me miré la barriga; la roca se había destrozado por el impacto. Al agacharme para recoger los restos comprobé que eran más duros que el granito—. Todavía no te he proporcionado poderes mágicos, tal y como te prometí. En el momento en que lo haga poseerás fuerza, agilidad y resistencia sobrehumana, a parte de la capacidad de crear hechizos, por supuesto. No obstante, ahora mismo sigues siendo una chica normal de La Tierra. Entonces te pregun...

—Bueno, ¿me lo vas a contar, o no? —qué tío. Cómo le gustaba enrollarse.

En fin, el caso es que me explicó que mi traje se endurecería un instante antes de recibir un ataque. Justo al acabar la frase, Kraizent me envió una ráfaga de rocas del tamaño de un puño. La tela se tensó y adoptó la forma de una armadura; las piedras reventaban al chocar contra mí y, si no fuera por el ruido que hacían, yo ni me enteraba. Luego quise probar a ver si también me cubría la cabeza, así que estiré el cuello del traje y escondí las manos. ¡Funcionaba! Bueno sí, parecía una tortuga jorobada, o sea, más ridículo imposible, pero vaya, funcionaba.

—Además —continuó Kraizent mientras yo me ponía bien la ropa—, con su habilidad para pegarse al cuerpo en caso de necesidad, te ayudará en los movimientos en caso de que pelees o salgas huyendo. De hecho, durante tu subida por las escaleras de viento, el Uniforme de Aprendiz Lim-hé se ha ajustado a tu anatomía a la perfección.

Y para demostrármelo, al muy bruto no se le ocurrió otra cosa que hacerme levitar encima del precipicio. Tenía razón, el traje me quedaba como uno de esos de los superhéroes; claro que en ese momento no era lo que más me importaba.

—Vale, sí —pataleé nerviosa sobre el abismo—. Déjalo ya, por favor.

Después de soltarme en tierra firme, me entregó parte de su energía: sus manos se iluminaron y noté una corriente de aire y agua, fría y caliente al mismo tiempo que entraba por mi cuerpo a través de la piel, recorriéndolo entero; me asustó un poco, pero no fue desagradable.

—Gracias a esto —dijo Kraizent antes de que me habituara del todo a la aquella sensación extraña—, has adquirido las cualidades que te prometí. Y tal y como te prometí te enseñaré cómo utilizarlas. Si no lo consigues dentro del plazo, introduciré el conocimiento en tu subconsciente para que...

—Ey, un momento —le interrumpí—. Si puede hacer eso... ¿Por qué no lo hace y punto?

—Porqué así lo asimilarás mejor y por tanto lo aplicarás de un modo más adecuado y efectivo. En estos diez días aprenderás a manejar los hechizos elementales y quizá algún otro; y lo más esencial, a forjar tu carácter. Tus compañeros de viaje se encargarán del resto. Ahora basta de charla —por fin, ya me salía humo de las orejas—. Empezaremos por ejercicios básicos para que te acostumbres a tus nuevas capacidades físicas y más tarde te iniciaré en los principios de la magia.

Y ala, nos tiramos la mañana entera realizando saltos de ocho metros hacia arriba y hacia delante, doblando gruesas barras de metal con las manos y dar como cien vueltas al altiplano sin cansarme ni un poquito. Sólo paramos un momento para comer algo. Eso fue lo peor, ya que me obligó a ir y volver por la escalera de viento yo sola.

El entrenamiento siguió por la tarde y todo el día siguiente. Era duro pero yo aguantaba. En parte porque si quería volver a casa no me quedaba otra que obedecer, o eso creía en ese momento, pero también porque Kraizent me caía bien y además me defendía delante de la General. Me refiero a que, las pocas veces que paseaba sola por el templo, les pillaba discutiendo en voz baja. La General estaba convencida de que yo fracasaría en la misión o algo así y le pedía a Kraizent que enviara a otro. Sin embargo Kraizent no le hacía ni caso y afirmaba que conmigo todo iría según lo previsto.

“La General también se piensa que soy una inútil, como todos los demás”, me decía cuando les escuchaba hablar de mí, “pero Kraizent confía en que lo lograré y que yo sí valgo para algo”. Así pues, me tomé el entrenamiento más en serio a pesar de no saber muy bien de qué iba todo esto. Pero fue a partir del tercer día que acepté a Kraizent como a... como a alguien muy importante para mí.

3-2

Aquel día fue el único de los diez que llovió con fuerza, pero no por eso dejé el entrenamiento al aire libre. Desde que había llegado a este mundo, dedicaba todo mi tiempo a lo mismo: tras despertarme, cuando todavía no había salido el Sol, desayunaba y me marchaba yo sola a la sala donde nos habíamos conocido Kraizent y yo. Levitaba por el agujero y subía las escaleras hasta el altiplano, donde él me esperaba.

Kraizent era bastante pesado; repetía las cosas mil veces y encima enrollándose de mala manera. De todas formas he de reconocer que enseñaba bien: en dos días y pico me había acostumbrado al traje, endureciéndolo a mi voluntad, y ya calentaba y enfriaba las piedras utilizando mi energía. Además aprendí a lanzarme a mí misma como una bala humana al menos durante ocho segundos en cualquier dirección y me movía con más agilidad que ninguna persona que yo conozca. Visto así parecía genial y todo eso, pero el cuerpo me dolía una barbaridad de las agujetas y más de una vez pensé en renunciar. Normal; sólo parábamos para comer y dormir y para que Kraizent me hinchara la cabeza con sus sermones. Aún así me sentía satisfecha por lo que había conseguido y me apetecía controlar los elementos, a ver si sería tan genial como en las películas. Ya dominaba la creación de nieve y hielo a partir de la humedad del aire y por fin le había llegado el turno al fuego.

La mañana del tercer día había sido muy soleada, pero después de la comida las nubes habían cubierto el cielo oscureciéndolo tanto como si fuera de noche. Aunque yo casi ni me enteré ya que me concentraba al máximo en la magia, con los dos brazos medio estirados y la mano derecha sujetando la muñeca de la izquierda con las palmas abiertas hacia arriba. Al mismo tiempo Kraizent me orientaba; o me daba la paliza, que en su caso era lo mismo:

—Astrid, así sólo calientas el aire. Debes combinar el oxígeno con la materia orgánica del ambiente. Y no olvides generar una capa de vacío alrededor de tu mano o te quemarás a ti misma.

“Qué sí, *pesao*”, pensé. Me lo había repetido mil veces. Lo sabía, sí, pero...

—Astrid, concéntrate. No te preocupes tanto por lo difícil que es hacerlo y hazlo.

Aquello me fastidió, como siempre, pero decidí obedecerle más que nada para que se callara. Respiré hondo y me imaginé el fuego brotando de mi mano. Entonces lo noté: unas chispas aparecieron primero poco a poco y luego más y más hasta que encendieron una llama diminuta... la cual se apagó con una gota de lluvia.

—No, no. ¡Ahora no! —me desesperé al ver que mi esfuerzo moría ahogado—. ¿¡Por qué justo ahora!?

Me enfadé como nunca, gritando y pateando la tierra fangosa mientras el agua caía cada vez con más fuerza. Cuando me calmé un poco, Kraizent, como si no hubiera ocurrido nada, me soltó:

—¿Ya te has serenado? Prosigamos pues con el adiestramiento.

Fue oírlo y flipar en colores. ¿Es que a ese tipo no le funcionaban los ojos o qué? ¿Qué no veía que no podía ser con la que caía? Y claro, me volví a enfadar.

—Astrid —me dijo muy tranquilo—. Por mucho que te quejes no detendrás la lluvia.

—Ya, pero... ¡Ostras, es que así es imposible!

—En tal caso, practicaremos de nuevo los hechizos de frío.

Y convirtió el agua de su alrededor en nieve y me la lanzó en la cara. Yo, más que harta de todo, quise hacer lo mismo, pero no lo controlé bien y creé una granizada justo sobre mi cabeza. Aprovechando que Kraizent perdía el tiempo riéndose, me las arreglé para formar una bola de nieve de las grandes y se la estampé en los morros. Justo al abrir la boca para burlarme de él, otra bola se me encasquetó entre los dientes. “Esto es la guerra”, pensé, y nos liamos a dispararnos proyectiles blancos durante un buen rato hasta que de repente Kraizent se puso a brincar gritando que se le había colado nieve dentro de la capa. Casi me parto en dos de la risa: el pobre quedaba ridículo, botando de acá para allá intentado sacarse la nieve sin quitarse aquella sábana. Ya me dolía la barriga y todo cuando Kraizent saltó a mi lado:

—Ey, es la primera vez que te veo reír sin complejos. Y lo has hecho en un día tan *horrible* como hoy.

Aquel comentario me pilló por sorpresa. Y sí, tenía razón; nunca había visto llover de esa manera, estaba calada hasta los huesos y me moría de frío... pero me lo pasaba genial. Kraizent y yo seguimos haciendo el tonto, cogiéndonos de los hombros y

yendo de un lado a otro del precipicio, burlándonos de la gente que corría a refugiarse. “¿Por qué huyen? Con el buen tiempo que hace”, decíamos los dos. Luego Kraizent se relajó y me habló un poco más serio:

—Astrid, hay cosas que no puedes cambiar, por mucho que lo desees. Lo que sí puedes cambiar es tu actitud frente a lo que te rodea y disfrutar de la vida incluso cuando llueve.

Recordé los malos momentos que me habían sucedido en el cole y en casa y dije que sí con la cabeza agachada no muy convencida. Kraizent siguió con su discurso, mientras se alejaba de mí y concentraba energía en su mano:

—Ríe, esfuérzate en las cosas que consideras importantes, ten claro lo que desees y así, algún día... —levantó el brazo y un rayo de luz surgió de él apartando las nubes como una onda expansiva—... serás capaz de abrir el cielo.

Ya no había ni una sola mancha oscura en el horizonte y el Sol volvió a brillar, secándome el pelo y la ropa y calentándome el cuerpo.

3-3

El entrenamiento avanzaba y a Kraizent se le veía satisfecho de cómo aprendía: “Más deprisa de lo que me esperaba y eso que esperaba mucho de ti”, me repetía. Claro que también me miraba a veces con cara de pena, como si le supiera mal enviarme a aquella misión. Supongo que la General le debía haber comido la cabeza con que yo era muy pequeña y cosas por el estilo, así pues yo le decía que no se preocupara, que todo saldría según lo planeado. No sé por qué, pero eso parecía entristecerle aún más.

Había finalizado el quinto día y ya oscurecía. Yo me dedicaba a respirar, tumbada boca arriba sobre la tierra húmeda de aquel altiplano, agotada pero contenta de haber dominado por fin los hechizos de fuego y hielo y el Shiokatón, uno para atravesar barreras mágicas. Cuando recuperé un poco el aliento, Kraizent me ayudó a levantarme. Sentía mi cuerpo como adormecido.

—Creo que tendrá que remolcarme hasta el templo, maestro —le solté medio en broma.

—Ningún problema. No obstante, antes hablaremos sobre los ejercicios que realizaremos a partir de mañana.

Era una costumbre suya. Cada día acabábamos igual, así que no le di importancia. Pero en aquella ocasión se le veía diferente. Más serio. “No, por favor, otro sermón no”, pensé ya harta de sus interminables discursitos.

—¿Qué opinas de tu misión? —preguntó de golpe y porrazo.

Eso no me lo esperaba y me costó un poco contestarle, quizá porque me preocupaba su reacción o bien porque no quería enfrentarme a esa idea:

—Pues que... que a usted, la Costilla del Dragón y demás... no le importa nada.

—Correcto —me soltó el tío como si tal cosa. Si no fuera porque estaba hecha polvo, le hubiera arreado una buena bofetada—. ¿Y conoces la razón por la cual te envió a ti a buscarla?

—Creo que... no, eso ya no.

Le había dado mil vueltas desde el día en que había aterrizado en aquel mundo y aquello no me cuadraba: ¿Por qué Kraizent en persona perdía su precioso y ultrasolicitado tiempo conmigo? No entendía porqué no me entrenaba la General, tal y como habíamos quedado al principio o porqué no utilizaba ese tiempo para ir él mismo a por la Costilla del Dragón y romperla o encerrar a la tal Evein o algo así. Y vaya, que no, que no me cuadraba: ¿Por qué se molestaba tanto en enseñar magia y demás a una inútil como yo por algo que no le interesaba? Entonces caí:

—¿El objetivo de la misión es otro? —pensé en voz alta.

—Admirable —aplaudió Kraizent—. Tus deducciones son correctas y sin embargo te falta información. Como ya sospecharás no te voy a contar la auténtica finalidad de tu tarea, puesto que sería contraproducente a mis intereses, pero sí sus riesgos.

—Un momento, eso no lo entiendo —me llevé la mano a la cabeza más confundida que otra cosa; ya no sabía si enfadarme o no—. ¿Por qué no me lo puede explicar? ¿De qué intereses me habla?

—Cada cosa a su momento. Por una serie de razones mi posición es delicada, sin embargo eso tampoco te incumbe. Lo fundamental es que Evein ya investiga este planeta para averiguar dónde se esconde La Costilla del Dragón. Dicha arma emana energía, por lo que sólo existe la posibilidad de que se halle en tres lugares: la Cueva del Espejo Oscuro, Las Montañas de los Colmillos Negros y el Templo de las Cien Puertas Malditas, que es donde te dirigirás tú. Gracias a las pistas falsas que he...

—Por favor —le supliqué por decimoquinta vez—. ¿No podría dejar de enrollarse un poquitín? Si total, tampoco pillo la mitad de las cosas.

—De acuerdo. Resumiendo: Evein considerará el Templo de las Cien Puertas Malditas como última opción, por lo que dispondrás de unos cuatro días de margen para llegar a tu destino.

Quise preguntarle porqué no me mandaba directamente al Templo Comosellame con magia, pero pensé que quizá el viaje fuera más importante que la propia Costilla del Dragón. Al fin y al cabo, aquella arma sólo nos interesaba a Evein y a mí y Kraizent quería aprovecharse de eso para... ¿para qué?

—No obstante, Evein es precavida —continuaba Kraizent a su bola—. Cuando se percate de que tú y tu grupo os dirigís hacia las Cien Puertas, enviará contra vosotros a uno de sus lugartenientes.

Kraizent creó un mapa en el aire con su magia. Según me mostró, de camino al Templo “yo y mi grupo” atravesaríamos tres ciudades y entre la segunda y la tercera dibujó un grupo de árboles mal hechos.

—Este es el Bosque de la Prisión Andante, hogar de uno de los hombres más peligrosos de Evein. Te lo diré con claridad, Astrid: no sé si sobrevivirás al encuentro ni siquiera si lograrás llegar hasta él o, en el caso que lo consigas, si superarás las siguientes pruebas.

—Bueno pero... —comenté todavía algo desconcertada—. Para eso me entreno, ¿no?

—Sí y no. En teoría he calculado lo que pasará, sin embargo me he equivocado al pensar que necesitarías diez días en aprender lo que has aprendido en cinco, por consiguiente también me puedo equivocar en el resto. Si te enseño justo lo que preveo que va a ocurrir y ocurre algo inesperado, no sabrás cómo reaccionar y morirás antes de tiempo —“¿antes de tiempo?”, pensé, “espero que sea una forma de hablar”—. Por ello lo mejor es no contarte nada más y prepararte para que seas capaz afrontar cualquier eventualidad, a pesar de que quizá eso constituya un mayor riesgo. De todos modos, yo confío en ti; confío en que harás lo que debes hacer cuando llegue el momento y finalizarás la misión con el éxito deseado.

Me dio la sensación de que se callaba algo importante; sin embargo, se limitó a preguntarme si de verdad iba a seguir adelante. “Tampoco tengo otro remedio si quiero volver a casa, ¿no?”. Se notaba que Kraizent se sentía culpable por utilizarme de esa manera, pero también se le veía que no le quedaba alternativa.

—No se preocupe por mí —le solté más decidida que nunca—. Nadie antes había confiado en mí. Todos me trataban como a una inútil; papá, mamá, los profes, los chicos de la clase... Pero usted me ha dicho que valgo mucho y yo... yo no le decepcionaré. Se lo juro.

—Bien —cerró los ojos y suspiró—. Ya es de noche. Vayamos a cenar y a dormir. Mañana aumentaré la severidad de los ejercicios.

3-4

Creía que los días anteriores habían sido duros pero comparados con lo que vino después aquello parecían unas vacaciones. Eso sí, dormía de maravilla; siempre me tiraba sobre la cama y, antes de caer en el colchón, ya soñaba con los *Krainzitos*.

Practicamos tantas cosas que me podría tirar horas para contar todo: pruebas de concentración, de resistencia, de coordinación... y así hasta el infinito. Estuvimos una mañana entera sólo para “ejercitar las emociones”: primero yo le atacaba en plan más o menos tranquilo y luego él me hacía enfadar para que yo le atacara de nuevo y después me preguntaba por la diferencia. Aquello me sonaba a rollo Star Wars que tanto le gustaba al friki de mi tío: la rabia y el odio te llevan al lado nocturno o algo así y le dije que ya me lo sabía: los malos sentimientos son... em... malos y bla bla bla, aunque un poco mejor explicado.

—No exactamente —mencionó Kraizent su frase favorita—. Cuando te enrabias, aumenta la adrenalina, tu pulso se acelera, tus sistemas...

—Ayy. No sea pesado, maestro —como le gustaba enrollarse al tío.

—Resumiendo: Te vuelves más fuerte, más ágil y más insensible al dolor.

—No lo entiendo. Entonces es mejor, ¿no?

—Y al mismo tiempo pierdes percepción y equilibrio, te cansas más deprisa y por tanto tu vulnerabilidad aumenta. Todo tiene ventajas e inconvenientes, sino todos seríamos igual siempre.

—Sigo sin entenderlo.

—Astrid, no existen emociones positivas ni negativas, sino momentos adecuados para expresarlas. Si te hacen daño a propósito, es normal sentir odio y rabia. Y, siempre y cuando no te dominen, no tienes porqué sentirte culpable por ello. No hay ninguna parte de ti, ni emocional ni física, de la cual debas avergonzarte.

No sabría explicar muy bien porqué, pero eso me hizo sentir mejor. Claro que me chocó un poco oír aquello de alguien que se escondía tras una capa ridícula. Él se dio cuenta de lo que yo pensaba y me prometió que me dejaría ver su casa en La Gran Ciudad y también su cara la próxima vez que volviera a su mundo, siempre y cuando consiguiera regresar al mío primero, por supuesto.

Kraizent también incluía ejercicios que repetíamos a diario, como uno en el que me tiraba al suelo, yo me levantaba y él me volvía a tirar y así como veinte mil veces, hasta que uno de los dos se cansara; eso sí, a mí me tocaba la peor parte.

Durante las pausas, mientras comía, me bañaba o cuando me quedaba tumbada boca arriba respirando, repasábamos en voz alta las lecciones y, bueno, también hablábamos de nuestras cosas: yo de mis padres y de una amiga a la que hacía demasiado tiempo que no veía y él de cuando entró en La Gran Ciudad: suspendió el examen de ingreso a no me acuerdo qué y luego, por sugerencia de alguien, probó con otra cosa y se graduó por los pelos; y Arben Naira, la General, se alistó por una recomendación, siendo ella una adolescente bastante tímida; nadie daba un duro por Arben y se metían todo el rato con ella. Y ahora los dos habían alcanzado el cargo más alto posible; eso sí, les había costado un montón. Sé que eso me lo contó para animarme a trabajar duro, pero no creo que mintiera.

Y de vez en cuando, al subir por la escalera de aire, yo miraba hacia el patio repleto de guerreros esperando; todavía me daba un poco de vértigo al hacerlo, pero me controlaba. Todos ellos eran unos bestias, menos un chico. Des de tan alto no lo distinguía bien; sólo vi que vestía unos pantalones oscuros y que tendría catorce años como máximo. “Supongo que no será él mi guía”, me decía a mí misma. Aunque en el fondo me importaba poco quién fuera. A medida que se acercaba el día de marchar, me preocupaban más las auténticas intenciones de Kraizent. ¿Y si Evein y yo íbamos directas a una trampa mortal? “Calma, Astrid”, me intenté animar, “todo saldrá bien. Kraizent no me enviaría a morir. No, seguro que no lo permitiría.”

CAPÍTULO 4 (TRES ENCUENTROS)

4-1

Salí de la casa de Kraizent por la misma puerta por la que había entrado diez días antes. Por fin después de tanto entrenamiento había llegado el momento de empezar la misión y me sentía más tranquila de lo normal.

Mientras acompañaba a Kraizent, que bajaba por las escaleras buscando un guía para mí, me fijé en que el patio seguía igual que la primera vez: repleto de guerreros grandes y fuertes, con la diferencia que había bastantes más y que ya no me miraban con odio sino con envidia e incluso algunos con respeto, algo normal me imagino; muchos se tiraban allí un montón de días o incluso semanas esperando a que Kraizent los atendiera sólo un ratito. Según había oído decirle a la General, desde la muerte de su anterior discípulo que Kraizent no le había dedicado tanto tiempo a nadie y eso a pesar de que le habían visitado miles de luchadores famosos del Universo entero. No es por nada, pero ya tocaba que alguien me valoraba un poco y la verdad es que me sentaba genial.

Cuando ya casi habíamos bajado, me fijé en que alguien me observaba con más curiosidad que los demás. Se trataba de la misma persona que había visto antes: un chaval unos dos años mayor que yo, el cual me sacaba un palmo de altura por lo menos y que sólo vestía unos pantalones oscuros y unas sandalias viejas. Me chocó un poco su piel grisácea pero el color que le caracterizaba era el negro: con unas finas líneas negras onduladas que parecían tatuadas y que recorrían su cuerpo, su cabello negro todo alborotado y largo por la parte de arriba, sus cuatro colmillos negros que le daban un aspecto más salvaje todavía y una especie de guante sólido negro, adornado con una gema roja que mantenía su puño izquierdo cerrado y del cual surgía una sombra idéntica a la de una espada y densa como el mercurio (y muy-muy negra). Además estaba bastante cachas y hacía lo imposible por demostrarlo.

Kraizent, por su parte, fingía dudar a quien escoger para la tarea cuando en realidad se dirigía directo hacia aquel chico. Eso me sorprendió bastante. Al fin y al cabo era el más poca cosa y también el más joven de todos los de ahí. Aunque claro, él sólo trabajaría de guía así que, puestos a elegir, yo prefería uno de más o menos mi edad antes que un mastodonte de aquellos.

A medida que nos acercábamos a él, el pobre chaval se ponía más y más nervioso, hasta el punto que casi se desmaya cuando Kraizent se le plantó delante:

—Hola, chico –le saludó Kraizent–. Si no me equivoco, perteneces a la tribu de los Colmillos Negros, ¿no es así?

—¡S...s...sí, señor! –se cuadró el chaval de manera que por poco se parte la frente en dos con la espada que llevaba enganchada en la mano–. ¡Mi nombre es Ancarás Freith Nimairotuyd Koiwefar El-ñeirt! ¡Edad catorce años! ¡Domino las téc...!

—Suficiente –le hizo callar Kraizent–. Creo que tú serás perfecto.

El chico saltó de alegría y tardó unos segundos en tranquilizarse; cuando lo consiguió, dijo muy pausado y realizando una reverencia:

—Considero un honor ser su alumno.

—Me refería a que serás perfecto para hacerle de guía a mi discípula —le aclaró Kraizent, señalándome a mí. Un mazazo en la cara le hubiera dolido menos:

—Ma... ¡¿Mande qué!?!

—Bien, tu raza colonizó este planeta antes que las demás. Seguro que conocerás al dedillo la ruta hasta el Templo de las Cien Puertas Malditas.

—¡Por supuesto que sí! —chuleó el chico para luego volver a perder la compostura—. U... un momento, no, o sea, ¿por qué he de conducir a una niñata humana hacia...?

—¿Acaso rehúsas el favor que te pido?

—P-p-p-p-por supuesto que no, señor Kraizent —soltó muy nervioso para luego lanzarme una mirada asesina.

“No es justo”, pensé, “¿Qué culpa tengo yo?”. Con la ilusión que me hacía ir con alguien cercano a mi edad y nada más empezar ya la había tomado conmigo. Por desgracia eso no fue lo peor que me pasaría ese día, ni mucho menos.

4-2

Caminaba junto con mi guía, por el mismo sendero rocoso por el que había venido la primera vez, aunque el aire ya no soplaba tan fuerte. Además, en esta ocasión los Eykerls, aquellos ojos que asomaban por el mar, no me perseguían con sus verdes pupilas (esa frase trillada la pillé de un libro que me obligaron a leer en quinto); ya me conocerían de sobra los bichos esos, digo yo.

Ya hacía un buen rato que nos habíamos marchado los dos de la casa de Kraizent y todavía me retumbaban los oídos del último sermón de mi *maestro*. Antes de salir, mientras la General le explicaba la ruta al chico de los colmillos negros, Kraizent me recordó el entrenamiento entero. Sobre todo me insistió en que debía conseguir el Anillo de Shag-Laah a cualquier precio, ni que fuera robándoselo a su dueño: un tal Nebral que vivía en la ciudad de Arushta.

—Permanece siempre alerta, Astrid —insistió—. Te he preparado bien, sin embargo siempre surgen imprevistos...

—Sí, ya lo sé —sonreí—. Cómo te gusta machacarme los tímpanos.

—Mucha suerte, Astrid —me respondió, devolviéndome la sonrisa detrás de su capa roja.

No había llegado a verle la cara; sólo sus ojos y sus manos. Aún así, había llegado a intimar bastante con él e incluso a valorarlo como... no sé... como a un amigo; y creo que Kraizent también sentía algo parecido por mí. Incluso se había planteado no enviarme a aquella misión.

Dejé de pensar en eso y me fijé en que aumentaba el número de plantas y de árboles enanos que nos rodeaban y el sendero se volvía menos rocoso. No se oían los ruidos que se supone que se oyen en los bosques, ni siquiera el sonido del viento. Tan sólo de vez en cuando se escuchaba a alguna araña boxeadora golpear un arbusto para que cayera su fruto y cazarlo al vuelo con su boca. El paseo hubiera resultado agradable si mi compañero de viaje no hubiera sido un borde y un pedazo de... de antipático:

—Que sepas, niñata —me repitió por decimoquinta vez señalándome con su guante-espada—, que sólo he aceptado porque Kraizent me ha prometido media hora de clase a solas con él.

—Ya lo sé, pesado.

—Y entérate que porque yo sea tu guía no soy tu criado. Al contrario: **tú** tienes que obedecerme a **mí**.

—Que siiiiií. Y no te me acerques tanto con esos dientes tan sucios.

—¡¿¡Sucios!?! —gritó haciéndose el ofendido—. ¡Pintarse los cuatro colmillos de negro es el más grande honor recibido por los guerreros de mi raza, considerada la segunda más poderosa del Universo, y tú te atreves a mancillarlos con esas palabras!

“Y encima teatrero”, suspiré armándome de paciencia. No se me ocurrió otra cosa que rezar para que al menos el guardaespaldas fuera un poco mejor, aunque luego pensé que quizá el chico tuviera razón. Al fin y al cabo me había burlado de una tradición de su pueblo que no hacía daño a nadie. Justo cuando iba a disculparme, el Colmillos Negros empezó a meterse con mis gafas o “alambres con cristales”, como las llamaba él. Pero lo peor vino cuando me ordenó dirigirme a él como el Señor Ancarás Freith Nimairotuyd Koiwefar El-ñeirt; así, todo seguido. Yo ya me había acostumbrado a los nombres raros, pero esto me sonaba ridículo y, después de meditarlo un rato, opté por una solución de lo más normal:

—Ey, haremos una cosa. Te llamaré Pepe.

—Co... ¡¿Cómo que Pepe!? ¿Qué clase de nombre raro es ese?

Él no paraba de protestar, pero como no me daba una alternativa razonable y al fin y al cabo le sentaba genial, así se le quedó.

Hubiéramos podido tirarnos todo el viaje discutiendo sobre el tema sino hubiera sido por qué *ella* apareció.

Una mujer de rostro sereno y pálido, ligeramente azulado, con los labios morados y el pelo corto y blanco y vestida con una chaqueta gris estilo militar que le

llegaba hasta los tobillos avanzaba con tranquilidad hacia nosotros en línea recta, atravesando lo que se le cruzara por delante: las plantas, las piedras e incluso los troncos de los árboles reventaban sin que ella los tocara, como si prefirieran suicidarse antes que interponerse en su camino.

—¡E... Evein Axracsé! —exclamó Pepe, parándose en seco y retrocediendo un par de pasos.

Yo también la había reconocido ya que Kraizent me había enseñado imágenes de ella. Su aspecto no impresionaba mucho; con otro tipo de ropa la tomaría por una Universitaria con maquillaje *fashion* y para tratarse de una adulta no se la veía muy alta ni tampoco era una masa de músculos, como la General. Pero aún así, su presencia bastaba para producirme un escalofrío en la espalda; claro que quizá esto fuera culpa de Pepe que se había escondido detrás de mí. “¿En teoría no es al revés?”, pensé antes de quejarme:

—Ey, sal de ahí. Y dime de qué conoces a Evein.

—Silencio insensata —me suplicó Pepe al mismo tiempo que Evein cruzaba por delante de nosotros cómo si no existiéramos y fijo que me había escuchado hablar de ella. No me gustaba que me ignoraran así y, aunque fue una tontería por mi parte, le solté:

—Si vas a ver a Kraizent por lo de la Costilla del Dragón, pierdes el tiempo. Ya me ha enviado a mí para ir a buscarla.

Antes de acabar la frase ya me arrepentí. La mujer se detuvo y giró un poco la cabeza, lo justo para clavarme una mirada de esas que duelen. Mi traje, al notar que me ponía tensa, se endureció y se me pegó al cuerpo para ayudarme a pelear mejor... o huir más deprisa. Iba a pedirle consejo a Pepe cuando me di cuenta de que se había largado. Tuve el tiempo justo de ver cómo se escondía entre los matorrales; menuda ayuda. Entonces Evein sonrió y murmuró con frialdad y con los ojos puestos en la casa de Kraizent:

—No sé qué pretendes, Guardián de Secretos, pero de momento acepto tu juego.

Y se marchó por otro camino distinto, que ella misma creó a través del bosque.

—¿Por qué no me ha atacado? —me pregunté en voz alta. No es que yo quisiera pelear, todo lo contrario, y hasta que la no perdí de vista no me quedé tranquila. Luego suspiré aliviada mientras mi traje volvía a la normalidad y me fui a buscar a mi *héroe*:

—Eh, señor guerrero. Cuando se le haya pasado el susto, me avisa, ¿ok?

—¡Menos cachondeo, niña! —dijo Pepe, saliendo de un arbusto con una rana peluda sobre la cabeza y señalándome con su guante-espada—. Lo tuyo no ha sido valentía, sino estupidez. Evein es una de las más grandes luchadoras y estrategas que existen. Y tú...

—Vale, vale. Ya lo he pillado. Lo siento, ¿de acuerdo?

Pepe refunfunó algo saliendo del matorral, pero no me dijo nada más y empezamos a andar de nuevo.

—Perdona —le consulté al chico cuando vi que se había calmado por fin—. Lo que no comprendo es por qué Evein se ha despreocupado así de nosotros.

—Es obvio que te falta práctica para afrontar y juzgar este tipo de situaciones —chuleó un poco—. Si ella nos hubiera eliminado en ese instante, Kraizent habría enviado a otros a la misión o incluso se hubiera encargado él mismo. Y a Evein le resulta mucho más fácil perseguir a dos chavales novatos para luego quitarles la Costilla del Dragón que desafiar directamente al Guardián de Secretos.

—Parece que la conoces muy bien.

—Sólo de oídas. Mi maestra me explicaba historias sobre los seres más importantes de la historia, como Sel-o-Kreim o los discípulos de Kraizent. Todos ellos muertos con heroicidad en batallas épicas.

“Yo también soy discípula suya”, pensé, “espero que a mí no me ocurra lo mismo”.

—La fama de Evein se remonta a unos cuatro mil años atrás —siguió hablando Pepe—, cuando consiguió alistarse en La Orden: una organización en la cual sólo entraban los mejores. Seis siglos más tarde, La Orden fue destruida y Evein se dedicó a recopilar las piezas que componen a Nhord-Ghrat, pero nadie sabe por qué. Fueron muy célebres las cruzadas que realizó tanto en su época de soldado de élite de La Orden como cuando peleaba por el Esqueleto del Dragón. Sin embargo ahora, después de la reciente guerra contra Zérep, ya nadie se acuerda de ella. Eso no significa que no siga siendo peligrosa. Dispone de más de cuatro milenios de experiencia en combate, tanto en el cuerpo a cuerpo como en emboscadas y demás tácticas militares. Hay que ser prudentes y evitar enfrentarnos a ella o que se enfade con nosotros.

—Bueno, quizá sí —le comenté un tanto indiferente—. Aunque claro, si competimos con ella acabaremos cara a cara de todas formas, ¿no?

—No seas tonta, niña. Tu objetivo es apoderarte de La Costilla del Dragón. La General me lo ha repetido y recalado hasta la saciedad. Si Evein la atrapa primero, huimos y punto, ¿lo captas?

—Huir... ¿otra vez? —pensé en voz alta. Pepe me miró sin entender a qué me refería—. Llevo toda la vida huyendo. Tú haz lo que quieras, pero yo ya no huyo más. Y ahora camina, yo no tengo ni idea de por dónde hay que seguir.

—Sí... sí. De acuerdo.

Me sorprendió mucho que, de repente, Pepe se comportara así de sumiso, pero aún me sorprendió más oírme tan segura de mí misma. La verdad es que debía agradecersele a Kraizent, a pesar de lo mucho que me machacó, en todos los sentidos. Nunca imaginé que al final me tomaría en serio esta misión absurda.

Mientras caminábamos en silencio por un camino cada vez más repleto de vegetación, me arrepentí de no haberle consultado a Pepe más cosas sobre Evein. Tampoco sabía cómo hacerlo en ese momento después de haberme mostrado tan fría antes cuando sacamos el tema y no me apetecía liar las cosas. El caso es que él iba delante y bueno, al principio no me di cuenta, pero luego me fijé que con su guante-espada apartaba los matorrales de manera que yo pudiera pasar después. No, si a veces demostraba algo de educación. Supongo que se sentía culpable por dejarme tirada cuando se nos acercó Evein.

Tras un buen rato, Pepe se animó a preguntarme sobre si conocía de algo al guardaespaldas; al fin y al cabo, nos estábamos desviando de la ruta sólo para irlo a buscar. Eso me gustó. Ya era hora de que habláramos de cositas para entretenernos como las personas normales. Pero al comentarle de que se llamaba Zechnas, Pepe puso de nuevo su mejor cara de menosprecio.

—Ay, ¿y ahora qué tripa se te ha roto? —me quejé.

—Ni... ¿Ni siquiera sabes lo que es una Zechnas?! ¡Pero de debajo de qué piedra has salido tú, niñata!

“Ya empezamos”, pensé. Había durado demasiado la calma. Al explicarle por decimoctava vez que yo de su mundo lo ignoraba absolutamente todo, él se dignó a contestarme:

—Zechnas no es el nombre de una persona. Es el de la raza más poderosa que existe.

4-3

A medida que avanzábamos, nos topábamos con árboles cada vez más grandes y una vegetación más y más espesa, hasta que llegó un punto en el que costaba andar por mucho que Pepe se hiciera el chulo con su guante-espada. Al final tuve que pedirle que se tranquilizara un poco, más que nada para que no me sacara un ojo con tanta acrobacia. Así pues, caminábamos apartando las hojas y las ramas que se me metían por la boca y se me enredaban en el pelo; casi parecía que nadábamos en un mar verde.

Al sacar por fin la cabeza de los matorrales, en medio de un claro vi a una mujer que emitía una luz dorada. Quitando el hecho de que brillaba, se trataba de una señora normal, algo más joven que mi madre y en mejor forma física, con un cabello rubio cubriéndole la espalda. Pero lo más sorprendente de ella era su vestuario: una armadura compuesta por unas cintas amarillas pegadas a su cuerpo con unos relieves muy bonitos. Las dos más grandes se ajustaban como un bikini y luego llevaba una en el cuello, otra en las muñecas y los tobillos, dos por cada brazo y pierna y una en la frente que hacía las veces de diadema. Además, de cada cinta le salían dos pinchos hacia arriba, como si fueran los cuernos de un toro, pero más alargados y planos, aunque en las extremidades sólo había uno por cada lado; cada pareja de pinchos era de un tamaño distinto dependiendo de la parte del cuerpo, siendo los del bikini los más grandes. Total que gracias a su aspecto de arma humana imponía un rato.

Se encontraba medio de espaldas y ni se inmutó cuando la saludé. Quise insistir, pero Pepe me detuvo: una Zechnas adulta jamás se dirigía a alguien que no fuera de su raza. ¿Eso quería decir que no podríamos charlar en todo el viaje? Pues vaya plan.

Cuando ya empezaba a hartarme de tanto esperar, de entre la maleza salió una niña mucho más pequeña que yo, como una versión en miniatura de aquella mujer.

La Zechnas adulta se arrodilló frente a la cría y le habló con dulzura; eso sí, seguía ignorándonos.

—Bueno, hija. Hoy cumples seis años. Y ya sabes lo que eso significa, ¿verdad?

—Sí, mamá —asintió ella con cara de no estar muy conforme.

—Sé valiente —insistió la madre, poniéndole con suavidad las manos sobre las mejillas—. Son tiempos difíciles para nuestra raza. Ante todo ten cuidado con los Angfush y el polen de Hongo Azul.

La mujer no paraba de darle consejos a la pequeña mientras ésta le iba diciendo que sí mirándonos de reojo de vez en cuando.

—Oye, Pepe, ¿de qué va esto? —le susurré al oído.

—No me llames Pepe —me contestó apretando los dientes y procurando no alzar la voz.

Según me contó mi *colega*, las madres Zechnas obligaban a sus hijas a unirse a grupos de aventureros desde los seis hasta los quince años para que cogieran práctica y maduraran tanto física como mentalmente. Una costumbre muy guay, sí; pero claro, a mí no me apetecía nada hacer de niñera. Sin embargo Pepe me advirtió que no la rechazara. Bueno, en realidad creo que no teníamos otra opción; de todas formas Pepe me dio un buen par de razones, por si acaso. Primero, que la mini-Zechnas nos ayudaría muchísimo; incluso a esa edad poseían una fuerza extraordinaria y aquella armadura dorada las protegía, volviéndolas casi invulnerables. Y segundo, porqué rechazar la propuesta de una Zechnas adulta era un suicidio.

—¿Quieres decir que esa pequeñaja es más fuerte que tú? —le solté.

—Sí. Más fuerte, más rápida y más resistente. Yo sería incapaz de causarle ningún daño por culpa de su escudo energético. Sin embargo en combate no me ganaría, por supuesto. A esa edad son muy inocentes: no controlan bien su poder y su técnica es pésima. Sus golpes no me alcanzarían. Pero si lo que me preguntas es si Eveïn se la cargaría, la respuesta es sí. Sin ningún problema.

—Entiendo —dije pensativa—. Entonces sólo venceríamos a Eveïn combinando la fuerza bruta de la niña, tu habilidad y experiencia y mis...

—¿Tú lo flipas, niñata?! ¡Ni siendo cuatro lo lograríamos! Además, yo sólo soy el guía. ¡No pienso enfrentarme a Eveïn! Sería una estupidez.

—Vale, vale, ya lo he pillado.

Se le notaba nervioso, supongo porqué le afectaba al orgullo reconocer que no estaba a la altura. A pesar de eso, me daba igual; yo conseguiría la Costilla del Dragón con su ayuda o sin ella. Mientras discutíamos, aquellas dos ya habían acabado y la madre se marchaba sin habernos mirado a la cara siquiera. En cuanto a la niña, se quedó allí de pie y tardó un buen rato en acercarse.

—Hola —dijo por fin con una voz tímida y agachando la cabeza—. Soy Zechnas. Mucho gusto en conocerles.

No, definitivamente no era la bestia parda que me imaginaba, pero me resigné; al menos parecía más amable que cierto tipejo, aunque no pensé que me resultaría muy útil. Eso sí, mi opinión sobre ella cambiaría por completo cuando la vi en acción.

CAPÍTULO 5 (EL NAVEGANTE DEL RÍO EÓLICO)

5-1

El próximo destino era Cirnaria, una ciudad de mercaderes. Allí pillaríamos nuestro primer transporte: el Navegante del Río Eólico; Pepe no me quiso contar nada sobre él con la excusa de que ya lo vería.

Nada más salir del claro del bosque donde conocimos a la *mini-guardaesaldas*, Pepe nos guió hacia un pasillo muy oscuro de árboles apiñados. Al principio íbamos a tientas y tanto daba que cerrara los ojos o no, yo sólo notaba que subíamos poco a poco hasta que llegamos a las ramas. Éstas formaban un túnel, enredándose entre sí para crear el suelo y las paredes; el techo consistía en un montón de hojas apelonadas y medio transparentes que dejaban entrar una luz verdosa muy agradable.

—Esto es el Laberinto de Ramas —me informó Pepe, siempre con la vista clavada en el camino—. Hay muchas rutas a elegir aquí dentro. Y cada una de ellas conduce a una ciudad distinta.

—¿Y tú ya sabes por cuál hay que tirar? —le pregunté mientras vigilaba que la niña no se nos perdiera.

—Por supuesto —se ofendió el chico—. Mi olfato es excelente.

Ese comentario me sonó raro, como casi todo en este mundo, pero pronto de cuenta que en cada bifurcación se percibían varios perfumes y que nosotros avanzábamos por donde olía a naranjas. Como el sendero estaba *vivo*, no se podían colocar carteles y ese método era el más práctico. Según Pepe, el aroma a aceite conducía a una villa-restaurante, el de pólvora a una ciudad militar y así hasta más de treinta pueblos en una red de cientos de kilómetros que se ampliaba cada año; o mejor dicho, crecía.

Aquello me parecía muy bien, sin embargo mi principal preocupación en ese momento consistía en hacerme amiga de la niña, ya que se la veía muy apocada. Lo primero eran las presentaciones: yo, Astrid; el de los colmillos negros, Pepe...

—¡Que no me llamo Pepe!

...pero ella insistía en que no tenía; a todas las de su raza les tocaba el nombre de Zechnas y punto. Así que decidí regalarle yo uno:

—Oye. ¿Y te gusta Zechni? Sería el diminutivo de Zechnas. O mejor aún, Zeni.

—Bueno, vale —me contestó medio sonriendo.

Creo que si la hubiera bautizado como Señorita Vaca Burra me lo hubiera aceptado igualmente. Mucho “guardaesaldas” y “la especie más poderosa” y no sé qué más, pero seguía siendo una cría muy modosita, hasta demasiado para mi gusto. Aunque

en el fondo yo la entendía; sólo con seis años, su madre la había obligado a marchar de casa con unos desconocidos.

—Una cosa —se me ocurrió consultarle a Zeni—. ¿Y tú papá?

La pequeña puso una cara rara, de no esperarse algo así. “¡Oh, no!”, pensé, “¿Y si le he dicho algo que no debía?”.

—¿Y qué es un papá? —me soltó ella con toda la inocencia del mundo. Aquello sí que me dejó descolocada.

—Pu... pues un papá es... es... ¿y ahora cómo se lo explico? Un... un señor que se ha juntado con la mamá, ¿captas?

—Pierdes el tiempo —comentó Pepe con sequedad—. Las Zechnas carecen de padres. Sólo existen mujeres en su especie.

Y me explicó que ellas se quedaban embarazadas, así sin más, al llegar a la edad adulta. Y claro, sólo nacían chicas.

—¿Eso significa que no sabes lo que es un hombre? —le pregunté a Zeni.

—¡Ah, sí! ¡Eso sí lo sé! —exclamó levantando la mano—. Me lo dijo mi mamá. Pero nunca he visto a ninguno y me hace ilusión.

—Ah, pues estás de suerte. Aquí hay uno.

Y cogí a Pepe y se lo planté delante. Ella se lo miró toda curiosa mientras Pepe chuleaba sacando pecho. Entonces Zeni, con una reverencia, le soltó:

—Lo... lo siento mucho por ti.

—¡¡No me lo digas como si tuviera una enfermedad incurable!! —protestó Pepe.

Hubo un momento de tensión, sobre todo cuando se me escapó la risa, pero al menos sirvió para que la niña se relajara y, poco a poco, empezó a hablar cada vez con más naturalidad.

Gracias a esto me enteré de cosas interesantes, como que la armadura que llevaba Zeni era pura energía mental y se adaptaba a su cuerpo a la perfección, incluso para dormir. Además, se trataba de una protección tan eficaz que las adultas se podían bañar en lava sin problemas.

—Lo malo es que hay que andarse con cuidado —soltó Pepe en plan sabiondo—. Si alguien roza uno de los salientes de su coraza le espera una buena.

—Bah, no será para tanto —me burlé.

Y tuve la maravillosa idea de agarrar con la punta de los dedos una de las puntas que le salían de la diadema. Me pegó un calambrazo que casi me desmayó allí mismo.

Aunque lo peor fue escuchar a Pepe veinte veces su “ya te lo advertí” con retintín incluido.

También supe que las Zechnas eran una especie protegida y, a pesar de encontrarse en muchos planetas, sólo vivían unas quinientas. Pepe me contó que hacía unos dos años, durante la guerra universal contra un tal Zérep, los lugares habitados por Zechnas se salvaron de la destrucción gracias a ellas; el resto de mundos civilizados quedaron arrasados. Y claro, eso provocó que su prestigio aumentara mucho.

Miré a Zeni sorprendida por lo que acababa de oír, pero la niña se limitó a sonreírme como si la cosa no fuera con ella.

Y de repente, cuando todo parecía ir de maravilla, ocurrió: noté en mi cuerpo aquella sensación de nuevo y ya nada evitaría lo inevitable.

—A... ¡Alejaos de mí! —grité desesperada.

Los dos retrocedieron mientras mi traje se removía, absorbiendo la humedad del aire y convirtiéndome en una fuente de agua humana. Luego vino el ciclo de centrifugado; fue tan fuerte, que me elevó un palmo del suelo.

—¡Extraordinario! —exclamó Pepe con un cierto tono de burla—. Un traje con lavado automático. Es la primera vez que veo uno.

Sí, fantástico y muy práctico y tal; fijo que mi madre pagaría una fortuna por uno de estos, pero me fastidiaba no poderlo controlar. Al iniciarse el ciclo de secado, que era bastante agradable todo hay que decirlo, nos pusimos de nuevo en marcha.

Un buen rato más tarde salimos por fin de aquel laberinto de ramas, bajando por otro túnel formado por varios troncos, y fuimos a parar a una ladera rodeada por los árboles. Más arriba se veía una muralla construida con madera rojiza: era Cirnaria. Allí tan sólo teníamos que cruzar el pueblo para coger el llamado “transporte eólico” que había al otro lado. Fácil, ¿no? Pues no.

5-2

Antes de entrar en Cirnaria, Pepe nos pidió a las dos que nos esperáramos allí un momento, tras lo cual subió la ladera y se metió en el pueblo. Al cabo de unos minutos volvió con un manto marrón que utilizó para cubrir a Zeni de manera que sólo se le veía la cara. A ella no le importó mucho, pero a mí sí:

—¿Se puede saber porqué lo has hecho? —le pregunté.

—No conviene que averigüen que es una Zechnas. En muchos lugares las consideran peligrosas. Y Cirnaria ha instalado Angfush: unos dispositivos anti-Zechnas. No son mortales pero sí fastidiosos.

Yo no acababa de pillarlo: ni lo de los Angfush ni, sobre todo, lo de las Zechnas; ¿no se trataba de una especie protegida y muy respetada y tal? Claro que en seguida

recordé que en mi planeta animales como el tigre también lo son y no por eso a la gente le gusta que corroteen por las ciudades.

El pueblo, debido a que lo rodeaba una muralla, no lo vi bien hasta que no cruzamos la entrada. Lo primero en llamarme la atención fue que sólo disponía de tiendas, fabricadas con madera de tonalidades distintas aunque un tanto apagadas; supongo que lo hacían así para que la mercancía, expuesta bien a la vista, resaltara más. Los tenderetes se apilaban uno encima del otro hasta los tres pisos y a través de ellos se abrían paso las calles, tan anchas como apelotonadas de gente. A los comercios de arriba se accedía trepando por unos postes o por unas pequeñas escaleras que daban a unas plataformas para andar por allí... quien se atreviera, por qué muy seguras no aparentaban, la verdad. Eso sí, lo más impresionante era la enorme cantidad y variedad de seres que circulaba de todos los tamaños, formas y colores: desde enanos encapuchados con unas enormes garras saliéndose de la espalda, dedicadas a manosear cualquier cachivache que se le cruzara por delante, hasta gigantes alargados que les bastaba con levantar la mano para alcanzar el puesto más alto y amasijos de tentáculos que subían y bajaban por los postes como si les fuera la vida en ello.

Yo flipada en colores y Pepe tuvo que empujarme varias veces para obligarme a caminar. Procurando no tocar su armadura, cogí a Zeni de la mano, ya que su curiosidad la alejaba de nosotros y tenía miedo de que se perdiera.

Mientras avanzábamos, descubrí que en la mayoría de las casetas vendían frutas raras o algo por el estilo, porqué luego vi una que se quería escapar. También que cada siete u ocho tiendas había una plaza con una extraña fuente en medio, sin agua y pinta de exprimidor con una luz en la punta, desde donde se podía acceder a otras cinco avenidas más. En la base de la fuente se leía la palabra Angfush y Pepe procuraba alejarse lo máximo posible de ellas. Fue justo cruzar la cuarta plaza que escuché el grito de un tendadero furioso:

—¡Eh, chiquilla! ¡Devuélveme eso!

Me giré pensando que se refería a mí, pero en realidad señalaba a Zeni. Ella estaba tan tranquila comiéndose una fruta de esas que sin duda había cogido de la tienda. La niña, al notar que algo raro sucedía, nos dijo con naturalidad que le había entrado hambre.

Fue cuando entendí porqué las Zechnas no eran bien recibidas: no conocían el concepto ni de dinero ni de propiedad privada. Si les apetecía algo, lo agarraban y listo. Y claro, eso en una ciudad de comerciantes, pues como que no.

—Ya la liamos –se mosqueó Pepe, llevándose la mano a la cara.

—No hay para tanto –le comenté—. Se paga y punto. Fácil, ¿no?

El chico, tras protestar un poco, se acercó junto con Zeni a la tienda. Al ir a pagar la fruta, Zeni ya sujetaba otra con los dientes y al ir a pagar la segunda, ella ya se encargaba de la tercera y al ir a pagar la tercera... bueno, incluso yo perdí la paciencia.

—¡Ya vale, ¿no?!! –explotó Pepe a la quinta.

—Es que me muero de hambre —soltó ella con un sentido de la lógica aplastante.

Yo también iba a pedirme algo cuando el tendadero señaló a Zeni, preguntando sino se trataba de una Zechnas. Y a Pepe no se le ocurrió otra cosa que ponerse nervioso:

—¡¡NO!! O sea... por-supuesto-que-no. Qué clase de idiota metería a un bicho de esos en un lugar como este. Yo no, desde luego.

—Eres todo un genio disimulando, ¿eh? —le susurré.

—Tú calla. Y vigila a la niña. Las Zechnas son imprevisibles.

La advertencia no llegó a tiempo. Zeni, harta ya de fruta, trincó uno de los pilares de la caseta y lo arrancó de cuajo: la tienda se derrumbó junto con los otros dos pisos de arriba mientras Zeni le pegaba un mordisco al tronco sin inmutarse. Los dueños en seguida salieron de debajo de los escombros, más enfadados que heridos.

—Beeej. Sabe a pintura —comentó la pequeña sacando la lengua.

—¡¡Yo me la cargo!! —se enfureció Pepe para luego señalarme con la punta de su espada—. Tú. Dile algo, ¿no?

—¡Uau! —exclamé—. ¿En vuestro mundo los troncos son comestibles?

Vale lo reconozco, no fue lo más inteligente que he dicho en mi vida, pero es que me salió de dentro. En fin, intenté calmar a Pepe al mismo tiempo que me preguntaba por qué aquella gente no venía a por nosotros, hasta que una sombra nos tapó la luz del Sol. Temiéndome lo peor levanté la vista: un bicho enorme, cuya cabeza sobresalía por encima de los edificios, nos miraba con cara de pocos amigos. Sus dos brazos parecían vagones de tren articulados y en los hombros tenía otros dos más cortos y delgados, uno de los cuales rascaba su morro salido en cuya boca plagada de colmillos puntiagudos cabría un coche de los guapos; y para acabarlo de rematar llevaba como arma un árbol que ríete tú de las secuoyas gigantes. Pero lo más sorprendente de aquella cosa era su voz, más propia de un niño de tres años que de una mole como esa:

—¿Qué diablos pasa aquí?

Yo, después de escucharlo, me entró la risa tonta; la verdad es que casi me echo a llorar allí en medio y a Pepe no se le veía mucho mejor. Entonces Zeni, todavía cubierta con la manta, se elevó en el aire y se colocó justo delante de la cara de aquel gigantón.

—¿Estás amenazando a mis amigos? —le soltó la niña.

—No —contestó el bicharraco con su vocecilla—. Sólo les voy a encerrar en...

No sé si utilizó toda su fuerza; a mí me dio la sensación de que sólo lo empujaba un poquillo. El caso es que aquel monstruo quedó empotrado en un bloque de pisos después de atravesar cinco más dando volteretas.

Zeni se dirigió hacia él para recuperar la capa que éste había cogido al salir disparado. Luego, volviendo con nosotros pasito a pasito, se la colocó de nuevo con cuidado. Aunque claro, eso ya no hacía ninguna falta; hasta los más despistados la habían calado. Pero a Zeni eso le importaba un bledo y también que todos los ojos, incluidos los de algunas frutas, la siguieran mientras la gente se apiñaba a su alrededor, manteniendo las distancias a medida que la pequeña avanzaba.

—Ha... ¡ha sido genial! —la felicité cuando se me acercó para darme la mano.

—Oh, no ha sido nada —sonrió con inocencia—. Mamá me dijo que era mi trabajo en el grupo o algo así.

—¡Larguémonos! ¡¡YA!! —gritó Pepe a la desesperada.

Y utilizando su guante-espada para no electrocutarse con su armadura, el chico cogió a Zeni por la cintura, se la puso bajo el brazo y a mí me agarró de la muñeca y empezó a correr arrastrándome. Al instante llegaron como ocho o nueve bichos más como el de antes, que nos perseguían junto con el pueblo entero. Aún así yo no entendía por qué Pepe se agobiaba tanto; sí, vale, resultaba impresionante ver aquella masa de seres raros enfurecidos, apelotonándose detrás nuestro y nombrando diversos métodos de tortura, pero Zeni había demostrado ser más peligrosa que todo el pueblo junto. Además nos alejábamos cada vez más de ellos.

Entonces, al pasar junto a una de las fuentes-exprimidor, me fijé en que se le encendía su parte más alta como si fuera una bombilla rojiza y desplegó cuatro patas redondeadas que se clavaron en el suelo. La fuente se levantó y nos tomó como objetivo.

—¡Lo que faltaba! —se quejó Pepe jadeando—. ¡Ya han accionado a los Angfush!

Hay que reconocer que aquel trasto era ágil. Sorteaba los edificios y la gente sin apenas rozarlos, haciendo equilibrios y girando por completo sus articulaciones. En un momento ya nos pisaba los talones. Justo cuando se nos tiró encima, apareció de no sé dónde la madre de Zeni y fue atrapada por las cuatro patas del Angfush. Antes de que pudiéramos parpadear, el trasto lanzó un fogonazo que nos tiró a los tres hacia atrás y salió volando hacia el infinito con la Zechnas adulta.

—¿Qué narices pinta ella aquí? —me pregunté en voz alta, luchando por salir de un saco de berenjenas lloronas. Y Zeni no se lo quería creer. Trató de ayudar a su madre, pero Pepe se lo impidió, sujetándola de un brazo:

—Tranquilízate. Nadie, salvo La Gran Ciudad, es capaz de dañar a una Zechnas experimentada.

—Peroperopero... mi mamaaá...

Zeni no paraba de balbucear con lágrimas en los ojos, así que Pepe intentó calmarla, hablándole bajito:

—Escucha. Los Angfush sólo la alejarán, nada más. Ahora-tenemos-que-
¡huiiiiiir!

Tarde. Los de la aldea nos habían acorralado y Zeni no se encontraba en condiciones de vencerlos. Era mi turno. Me levanté con rapidez, recitando el hechizo que más me había obligado a practicar Kraizent:

—¡Remolino de fuego!

Una burbuja ardiente nos envolvió a los tres y se expandió creando una nube de llamas. Los tenderetes, de madera y tela, se incendiaron en seguida y provocaron un auténtico caos. Pepe me felicitó y retomamos la huida. La verdad es que me supo mal; yo sólo pretendía asustarlos un poco, no destruir su civilización.

Tardamos unos minutos en atravesar lo que quedaba del pueblo, esquivando los ardientes restos de los edificios que caían sobre nosotros mientras aquella gente nos perseguía de nuevo. Pero al cruzar la muralla de salida nos topamos con un precipicio.

—¿¡Y ahora qué!? —exclamé asustada al ver que ya casi nos alcanzaban.

—¡No te pares y sígueme! —gritó Pepe dirigiéndose al borde del barranco donde flotaba una especie de teleférico blanco, sin cables y pequeño como un armario grande y con una antena hacia arriba tan larga que no se veía el final.

El chico abrió la puerta y, empujándonos adentro, cerró, estiró de una palanca y salimos disparados hacia delante. Del acelerón, tanto Pepe como yo caímos sobre Zeni y nos pegamos un calambrazo con su armadura. Me volví a levantar toda adolorida y miré hacia atrás por una ventana: estábamos tan lejos que Cirnaria apenas se distinguía. Suspiré aliviada: “espero que en el próximo pueblo no nos pase nada”, pensé sin saber que lo que me esperaba allí sería aún peor.

CAPÍTULO 6 (ARUSHTA, LA CIUDAD SIN CALLES)

6-1

Volábamos en línea recta a gran velocidad, como unas tres veces más rápido que en coche por la autopista. Des de ahí arriba se podía observar una enorme explanada de árboles que cubría las colinas y, a pesar de que este mundo era conocido como El Planeta de los Mil Lagos, no vi ninguno. El cielo, plagado de nubes, se oscurecía debido a que el Sol... bueno, la estrella Ademórdena ya empezaba a ocultarse.

—No está mal, ¿verdad? —dijo Pepe orgulloso refiriéndose a nuestro medio de transporte—. La antena de la cabina termina en una vela desplegable que se eleva hasta una especie de río de aire situado a unos diez mil metros de altura. La palanca que he accionado nada más subirnos sirve para agrandar o empequeñecer la vela y de esta forma se controla la velocidad. En condiciones normales es capaz de dar la vuelta al mundo en menos de cuatro días. Además...

—Vale, vale —le corté harta de tanto rollo—. Lo que a mí me interesa saber es qué hacía allí la madre de Zeni.

—¡Ah, eso! Las madres son madres, sean de la especie que sean. Las Zechnas vigilan a sus hijas a escondidas para que no les ocurra nada demasiado grave. Y un Angfush puede dejar malherida a una cría de Zechnas.

—¡Ey, para el carro! —le interrumpí de nuevo—. No digas Angfush así como si nada. Te recuerdo que vengo de un mundo muy diferente al tuyo y que no me entero de la mitad de las cosas.

—Qué pesadez de niña —refunfuñó Pepe.

Tras la discusión de rigor, el chico acabó contándome que se usaban aquellos robots para enviar a las Zechnas bien lejos y así escastrarlas para que no molestaran más.

—Se utiliza ese método porque se trata de una raza prestigiosa y casi indestructible —añadió Pepe—. Por otra parte, percibo la presencia de la madre de Zeni muy cerca de aquí; eso significa que ya nos vigila de nuevo.

Eso último me tranquilizó bastante:

—Qué bien —sonreí—. Con una mujer tan fuerte de nuestro lado lo tenemos chupao.

—No te equivoques —me corrigió Pepe—. La Zechnas sólo ayudará a Zeni y sólo si ella corre un peligro muy grave. Además, Evein es una estrategia excelente. Seguro que encontraría el modo de atacarnos sin que eso suceda.

—Gracias por los ánimos —ironicé en un tono cansado.

La verdad es que me sentía un poco mareada después del susto en aquella ciudad, así que me quité las gafas y saqué la cabeza por la ventana. El viento, bastante frío y tan potente que parecía que me iba a arrancar el cabello, me fue de maravilla para relajarme. Pensé que, al fin y al cabo, la mala experiencia en Cirnaria me había ido bien para practicar ya que hasta aquel momento nunca había vivido una situación de peligro real. “Peor será cuando me enfrente al compañero de Evein en el Bosque de la Prisión Andante”, me dije preguntándome cómo sería el tipo ese. Pero antes debíamos pasar por Arushta para que un tal Nebral me entregara el anillo de Shag-Laah. “Supongo que al menos eso será fácil”, suspiré.

Anocheceía y yo me moría de hambre, pero como lamentándome no conseguiría que la comida lloviera del cielo, me resigné. Zeni se había dormido en un rincón, medio tapada por la manta. Yo también me caía de sueño, así que cerré la ventana y me tumbé a su lado procurando no tocar su armadura, quedándome frita en un periquete.

6-2

Un golpe seco me despertó de repente y tardé un par de segundos en situarme: seguíamos dentro de aquella especie de cabina de teléfonos y nos habíamos parado; eso sí, Zeni dormía como si nada. Entonces vi a Pepe accionar unos botones y aquel trasto aceleró de nuevo.

—Nada importante —me dijo el chico al ver que me había levantado—. Sólo otra estación. El Navegante se detiene cuando se aproxima a algún pueblo y hay que volverlo a arrancar.

—Pues ya podría ser más silencioso el cacharro este —me quejé—. Me ha dado un susto de muerte.

—Menuda cara tienes, niña —me replicó Pepe más enfadado de lo normal para luego soltarme de un tirón que ya era la cuarta vez que aquello sucedía y que ya se había hartado de ser el único en preocuparse del tema y que por culpa de eso había dormido fatal y no sé qué más. La verdad, yo ni me había enterado. Cuando me fui a disculpar noté que las tripas me protestaban.

—Oye, ¿y por qué no bajamos a desayunar?

—¡Ni se te ocurra! Ahora ven y observa.

Disimulé un bostezo y me acerqué a él, colocándome las gafas para echar un vistazo por la ventana. En medio de un bosque de ramas, como si alguien la hubiera dejado caer allí a lo bruto, había una ciudad pentagonal rodeada por una muralla muy alta construida con miles de filos curvados hacia fuera, de diferentes tamaños y dispuestos de una manera un tanto desordenada. En el centro se elevaba una torre puntiaguda por la cual circulaba energía eléctrica en forma de relámpagos. La verdad es que no parecía un lugar muy acogedor. Pepe añadió que, si la liábamos allí como en Cirnaria, no lo tendríamos tan fácil para escapar y que no merecía la pena y tal.

—Sí, vale, lo he pillado —le interrumpí medio mareada por el hambre.

—Tranquila. En Arushta aceptan Zechnas. Además, dentro de poco cruzaremos el Valle de Nedalán. Es buen sitio para alimentarse.

Cuando llegamos hasta el citado lugar, Pepe aminoró la velocidad del vehículo y despertó a Zeni, para luego darle unas cuantas instrucciones. Zeni abrió la puerta y se lanzó hacia el bosque situado debajo de nosotros. Al cabo de un rato volvió cargada de unas frutas pequeñas y rosadas y los tres nos pusimos a comer. A mí no me gustaron demasiado, con un sabor muy dulce al principio y un tanto amargo al final, pero con tal de llenar la barriga me hubiera tragado lo que fuera.

Unas horas más tarde aquel trasto se paró de nuevo y salimos: la estación no era más que una plataforma cutre de madera aguantada por un solo poste y con una escalerita vertical al lado, de esas hechas sólo con barrotes. Y para rematarlo, nos encontrábamos a tanta altura que ni se distinguía el final de la dichosa escalera. Antes de que tuviera tiempo de decir que yo no bajaba por ahí ni loca, Pepe se deslizó por el poste a gran velocidad y Zeni... bueno, ella simplemente se tiró al vacío. Así que tragué saliva como unas quince veces y empecé a descender peldaño a peldaño con la habilidad de una tortuga coja. Sí, vale, yo había aprendido a flotar en el aire y todo eso, pero cualquiera se atrevía a probarlo sin que nadie me vigilara. Además, entre el hambre que llevaba y que me dolía el cuerpo de haber dormido fatal, no me concentraba ni a tiros. Y encima cada dos por tres soplaban un viento infernal que me zarandeaba de un lado a otro y encima aquello crujía que no veas a cada pasito y... y... y notaba que alguien me miraba. Era Zeni, que volaba a mi alrededor con su eterna cara de curiosidad.

—Hola —me saludó con su pachorra de siempre—. El señor hombre me ha dicho que venga a por ti.

Y procurando que mi piel no tocara su armadura, me cogió por la cintura separándome de la escalera.

—¡No, Zeni! ¡¡Espera, esperaaaaa!!!

Ni caso; no, si cuando a Zeni se le metía algo en la cabeza, ni con comida la convencías. Grité y pataleé hasta que iniciamos la caída en picado. Nunca he practicado puenting ni nada por el estilo, pero no puede ser peor que aquello: fuimos tan rápido que me dio la sensación que mis órganos internos me habían abandonado para luego regresar de golpe cuando frenamos en seco a un palmo del suelo.

Zeni me dejó a gatas y tiritando en frente de Pepe soltando un escaso “ya está”, como una niña obediente a la que le ordenan que aparte el gato de en medio porque molesta y ella va y lo tira por el balcón.

Una vez recuperada del susto, me levanté y me fijé en que nos habíamos metido en una especie de comedor sin techo, un poco más grande que el de mi casa, con una entrada sin puerta en cada una de las cuatro paredes que nos rodeaban, como el triple de altas que yo, y con butacas, sillones y hamacas en las cuatro esquinas.

—Esto... ¿es una casa de Arushta? —le pregunté a Pepe.

—No. Sólo una sala de bienvenida y de reposo para viajeros. Vamos —añadió empujándonos a Zeni y a mí por una de las puertas—. Es mejor que localicemos a Nebral antes de que anochezca.

Tenía razón. Nuestro objetivo era conseguir su anillo mágico. Eso sí, no esperaba conocer también a una nueva compañera de viaje.

6-3

Ya desde el primer momento me di cuenta de que se trataba de una ciudad muy distinta a Cirnaria. Al salir de la sala en la que habíamos aterrizado nos topamos con otra más grande llena de libros y mesas, en una de las cuales dos tigres-humanos con alas hablaban en voz baja. Luego fuimos a parar a un enorme patio alargado donde un montón de niños, niñas y unas bolas peludas con cola jugaban a colgarse de unos tubos de colores que se retorcían en el aire y luego a otra habitación pequeña repleta de ropa de manera que no se veía ni un centímetro de la pared y luego... bueno, aquello no se acababa nunca.

Al principio Arushta se me hizo algo claustrofóbica, sobre todo por los muros altos que rodeaban cada parcela, pero me acostumbré en seguida. Además, como cada vez que cruzábamos una puerta nos encontrábamos en un sitio completamente distinto, una no se aburría: desde pequeños dormitorios con habitáculos cerrados en las esquinas que, cuando tuve la necesidad, descubrí que escondían lavabos, hasta enormes plazas con un montón de gente hablando, jugando y comiendo, pasando por verdaderos bosques repletos de vida y casas de una sola habitación con su cocinita y todo.

Eso sí, aquello era un laberinto. Por suerte cada dos por tres se alzaba una torre que servía para ver dónde estabas y a dónde ibas. Pepe, en calidad de guía, se encargaba de trepar a lo alto, pero a veces también subíamos Zeni y yo, más que nada por curiosidad. Las torres variaban de diseño, aunque la mayoría consistía en un palo con peldaños alto como un edificio de tres pisos con una plataforma protegida por un techo igualito a un gorro de paja gigantesco y alargado. Lo habitual es que contara con tres ventanas, cada una señalando a una dirección diferente, y desde allí arriba podíamos observar la ciudad entera: debían haber miles de parcelas, todas repletas de movimiento. En más de una ocasión nos quedábamos las dos embobadas hasta que Pepe nos obligaba a bajar para continuar el camino.

Tras un buen rato dando vueltas y preguntando donde vivía Nebral a más de cincuenta personas, animales y cosas, nos tropezamos con *él* en una sala-panadería con su horno y todo. Bueno, eso de *él*... su cuerpo parecía femenino, pero no así la cara y su voz era bien masculina. En cuanto al resto, ni fu ni fa: ropa holgada y blanca formada por camiseta y pantalones, con el cabello muy voluminoso pero corto y de una tonalidad marrón tirando a granate.

—Disculpe —me adelanté a Pepe—. ¿Es usted Nebral?

—Sí señorita, el mismo —me contestó con una sonrisa agradable—. No obstante, si solicitáis mis servicios como rastreador, os advierto que ya no me dedico a eso.

—¿Es usted un Explorador de Batalla? —le preguntó Pepe con algo de admiración.

—Sí. Creía que ya lo sabíais. Como me habéis llamado por mi antiguo nombre...

Y nos explicó que había trabajado para La Gran Ciudad y hacía poco tiempo que se había instalado en Arushta. El caso es que se le veía muy simpático y nos pidió con mucha amabilidad que le acompañáramos hasta su casa y le seguimos; la verdad es que me daba corte pedirle así sin más que nos entregara el anillo de Shag-Laah, así que, por el momento, me lo callé.

Mientras cruzábamos el Barrio de los Tímidos, con entradas más pequeñas y salas repletas de cortinas, le consulté a Pepe al oído si aquel ser era un hombre o una mujer. El chico me contó que se trataba de un varón perteneciente a una raza en la cual los machos daban el pecho a los bebés y que por eso tenían ese aspecto *peculiar*. Entonces Nebral se percató de que cuchicheábamos y yo, para despistar, le pregunté qué tal se estaba en Arushta y si vivía solo y demás.

—Bueno —contestó después de pensarlo un momento—. Al principio cuesta un poco acostumbrarse a que la gente entre y salga de tu casa como si fuera una calle peatonal, pero luego es... divertido. Y no, no vivo solo. Vine con mi mujer y mi hija adoptiva.

—Adoptiva, ¿eh? —dijo Pepe—. ¿Y de qué especie es?

—¿Y de qué edad? —pregunté yo.

—¿Y de comer, qué? —se interesó Zeni, la más sincera de los tres.

La verdad es que era normal. Desde el día anterior sólo nos habíamos llevado a la boca un poco de fruta por la mañana y ya habían transcurrido muchas horas desde entonces; demasiadas. Nebral nos pidió un poco de paciencia hasta la hora de la cena para luego comentar que se había encontrado a la niña con dos o tres años de edad cuando exploraba el Bosque de los Troncos Negros y que dentro de poco cumpliría los once. Al contármelo pensé si aquí medirían el tiempo igual que en mi planeta; en seguida recordé que Kraizent me había explicado que el Sistema de Traducción también se encargaba de eso. Qué práctico.

—Vaya —bromeó Pepe—. Esa cría no será una Diablesa Negra, ¿eh? Esos bichos le arrancarían la yugular a un Ikibi gigante de un solo mordisco sin ningún probl...

—Acertaste —asintió Nebral ante la mirada aterrada de Pepe—. **ES** una Diablesa Negra. Ahora la conoceréis.

6-4

Diablesa Negra. Se las llamaba así no porqué pertenecieran a la raza de los diablos, sino por su agresividad y su fuerza sobrehumana además de unos dientes de aquí te espero. Supongo que debía ser como lo del diablo de Tasmania, una especie de

rata muy bestia de Australia o de por ahí. Y lo de “Negra”... pues eso sí, les venía porqué eran negras de pies a cabeza; de hecho, les bastaba con situarse en un sitio con algo de sombra para quedar camufladas.

También me enteré que de pequeñas eran muy obedientes pero a partir de los nueve años aumentaba su nivel de violencia y atacaban cualquier cosa que se les cruzara por delante. Ni siquiera un hombre adulto bien entrenado sobreviviría a la emboscada de una cría de Diablesa Negra.

Mientras Pepe intentaba compartir su miedo conmigo, me fijé en que el cielo ya oscurecía por culpa de unas nubes de lluvia. Eso no me importaba mucho si no fuera porqué no había visto ni un solo techo: más que *la ciudad sin calles*, Arushta merecía apodarse *la ciudad sin casas*.

Al poco rato llegamos donde Nebral vivía: un sitio cuadrado con sus cuatro esquinas ocupadas por un par de colchones en una, una mesa en la otra, una cocina en la de más allá y una personita escondida en la más oscura.

Me resultó imposible distinguir su perfil; si la descubrí fue tan sólo por el blanco de sus ojos. Y bueno, por una blusa de tirantes con falda y de una pieza y de color rosa con topos violetas hortera hasta vomitar; ni mi abuela llevaría algo así.

—Venga, Marla, sal de ahí y saluda —dijo Nebral en un tono paternalista—. Disculpada, al principio es bastante tímida con los extraños, pero pronto se le pasará.

Pepe no se lo quería creer: una Diablesa Negra tímida y con vestidito. Tras hacerse rogar un poco, ella salió y se presentó:

—Hola —al abrir la boca mostró sus enormes dientes, puntiagudos y blancos—. Me llamo Marla y tengo casionce años.

Marla, de más o menos de mi altura pero más atlética, se cogía las manos con los brazos estirados por delante del cuerpo y clavaba la mirada en el suelo; me recordaba un poco a Zeni cuando la conocí. Su piel, idéntica a la de una serpiente, era tan negra que apenas se apreciaba una silueta con falda. Tardé un rato en acostumbrarme pero al final pude ver las facciones de su cara, sobre todo cuando le daba la luz y ésta se reflejaba en sus escamas. Su cabello, más largo que el mío, le llegaba hasta la mitad de la espalda y estaba algo encrespado e incluso parecía duro.

Nebral, al notar que Pepe no se movía de la impresión, nos explicó que, por miedo a que de mayor se volviera tan agresiva como las de su especie, se había preocupado mucho de educarla al estilo humano. Yo me pregunté qué significaba para ellos eso de “educar al estilo humano”, pero bueno, en seguida comprobé que Marla se portaba igual-igual a las niñas pijas de quinto de primaria de mi cole.

Justo cuando le dijimos nuestros nombres a la *diablesa-humanizada*, por la puerta de la izquierda entró una mujer, esposa de Nebral y madre de Marla y con más pinta de herrero de la Edad Media que de ama de casa, y tras darnos la bienvenida mandó a su hija a ducharse.

—Nooo —se quejó Marla, como olvidándose de repente de nuestra presencia—. Mamá, ¿otra vez?

—Sí, otra vez. Y llévate a los invitados contigo.

Ella buscó ayuda en su padre, poniéndole la carita de pena que todos hemos debido poner alguna vez, pero fue inútil.

—Cariño —dijo Nebral con ternura—, tu madre tiene razón. No sabemos cuándo volverá a llover y...

—¡Ayyy, papaaaá! —renegó Marla golpeando el suelo con el pie—. Ayer lo mismo, no es justo.

Yo no acababa de pillar de qué iba esto: ¿llover, ducharse? Pero como nos prometieron una buena cena al volver, acepté encantada y les seguí la corriente.

La madre nos entregó a los tres *ropa de ducha* (o sea, a Pepe, a Marla y a mí, ya que Zeni no la necesitaba) la cual consistía en un simple camisón blanco. Marla y yo nos cambiamos detrás de una cortina ante la extrañeza de Zeni y Pepe, que no entendían porqué nos escondíamos.

—Es una costumbre humana —le oí comentar a Nebral mientras Zeni asomaba la cabeza con disimulo para intentar descubrir qué hacíamos.

Salimos de ahí con un poco de prisa, “antes de que se llene” según dijo la madre de Marla. En el camino vi cómo la gente instalaba unas piezas de metal o plástico cubriendo el cielo. Cada habitante colocaba su pedacito de techo con ayuda una pértiga, enganchándolos entre sí con una coordinación perfecta. Y no los encajaban rectos sobre las paredes que daban forma a la ciudad, sino en diferentes alturas, como si quisieran que el agua que caería siguiera un camino. Bueno, en realidad era lo que pretendían: la mayor parte se dirigiría hacia unos pozos, situados en medio de algunas esquinas, y el resto serviría para las duchas.

Una vez en la Zona de Aseo, Pepe insistió en venir con nosotras tres, pero Marla se negaba. Yo ya sabía que el chico no actuaba de mala fe; al fin y al cabo, él lo hacía así en su casa y en Arushta era algo habitual.

—¡¡Qué no, qué no y qué no y punto!! —gritó Marla ya harta—. Ayyy, Astrid, ayúdameee.

—Oye Pepe...

—¡Que no me llamo Pepe! —se quejó.

—Vale, sí, escúchame un segundo. Piensa en Zeni —Pepe se la miró sin comprender muy bien a qué me refería—. Ya sabes lo curiosa que es ella y lo largas que tiene las manos. Zeni nunca ha visto un chico al natural y, con lo fuerte que es, allí dentro correría peligro tu... em... integridad masculina.

Bueno, le costó un poco pero lo captó. Ya llovía cuando Pepe se fue hacia otro lado y nosotras nos metimos por una puerta en la cual Marla colgó una tablilla, lo cual debía significar que estaba ocupado.

Aquel sitio no se veía muy grande, más o menos como un probador de ropa, pero suficiente para las tres. El techo era puntiagudo hacia abajo, en plan mini estalactitas, y un poco transparente de manera que se observaba perfectamente cómo el agua se acumulaba. Marla estiró de una pequeña cuerda y el agua cayó a lo bestia tan fría que al principio me estremecí pero me acostumbré en seguida. Después, tras tirar de otro resorte, el agua disminuyó y Marla cogió de un rincón un pote de jabón que nos echó a mí y a Zeni y luego a sí misma por la cabeza. Me froté el cabello y no tardó en salir una espuma rosada con un perfume tan desconocido para mí como agradable.

—Huele bien, ¿eh? —comentó Marla sonriendo, tras lo cual leyó el envase—. “Este producto contiene entrañas de serpiente bípeda, ojos de calamar barbudo y...”

—Oye, Marla —la interrumpí—. Me gusta mucho, en serio. Dejémoslo así, ¿vale? Por favor.

No sé si entendió mis motivos pero al menos me hizo caso. Entonces, al girarme hacia Zeni, vi que a ella el champú se le resbalaba por encima; de hecho su cabello ni siquiera se mojaba.

—Ah, ya lo pillo —dijo Marla al darse cuenta—. Las Zechnas se protegen con un escudo alrededor y tal. Y claro, así como que no.

Pero yo no me rendí y hablé con Zeni para que se lo sacara. Ella se quedó pensativa un momento y de pronto noté cómo se apagaba la luz dorada de su piel y su armadura se disipaba al tiempo que su pelo, hasta entonces un tanto rizado hacia arriba, se alisaba. Ante la sorpresa de Marla, empecé a limpiar a Zeni mientras la pequeña se divertía con las burbujas de jabón.

—Vaaaya —soltó Marla—. Creía que las Zechnas sólo se fiaban de otras Zechnas.

Y me explicó que nunca se deshacían de su sistema de protección ya que sin él se sentían indefensas y que eso significaba que Zeni confiaba mucho en mí. Yo le quité importancia y seguí con lo mío.

Nos tiramos allí metidas un buen rato charlando y riendo, quizá demasiado: justo cuando le limpiábamos las dos a la vez el cabello a Zeni, picaron a la puerta pidiéndonos que saliéramos y no sé qué más ya que Zeni se asustó, colocándose su armadura de golpe y pegándome un calambrazo que me dejó tiesa... y K.O.

6-5

Me despertó el olor a comida. Ya era de noche y todavía llovía, con el agua recorriendo el techo irregular y semi-transparente, aunque se podía ver bien gracias a que las paredes brillaban un poco. Me encontraba en la casa de Nebral, tumbada sobre una cama con Zeni y Marla mirándome. Lo primero que hizo la más pequeña fue

disculparse por electrocutarme; tras perdonarla me fijé en que Marla no parecía afectada por el shock.

—¿Y a ti no te ha ocurrido nada de nada? —le pregunté sorprendida.

—Uy, no —rió—. Como me protegen las escamas... van de perlas; todo el mundo debería tenerlas.

No sé qué cara le metí pero Marla, sin parar de sonreír, me animó a acariciarle el brazo de arriba a abajo. Resultó más suave de lo que me imaginaba y además estaba caliente. Luego probé en dirección contraria; raspaba.

—No, así no —se estremeció Marla—, que me da repelús.

—Sí, a mí también —se me escapó, pero ella no se lo tomó mal.

Luego nos sentamos en la mesa y nos pusimos a comer. La cena consistía en un plato de caldo muy líquido y sin color que contrastaba con un aroma muy fuerte; acompañaban la sopa con un pan marrón oscuro por fuera y violeta-blanco por dentro. Al morderlo lo noté mucho más blando de lo que aparentaba y relleno de bolitas que reventaban a medida que lo iba masticando; me producía una sensación extraña en los dientes y la lengua pero me supo a gloria.

—Rico, ¿eh? —comentó Nebral al ver mi cara de felicidad—. Lo elaboran con...

—No, no me lo diga, por favor —le supliqué con la boca llena; no quería estropear ese momento sublime por nada del mundo.

Marla hablaba por los codos y sólo pegaba algún bocado cuando su madre le insistía. Mientras ella nos hinchaba la cabeza con sus anécdotas y aficiones varias, cruzaban por la casa muchas personas, saludando o pasando de puntillas para no molestar; incluso hubo gente que se sentó a comer un rato con nosotros.

Cuando Marla me explicó no sé qué de unas pulseritas y un perfume, Pepe no aguantó más y, llevándose las manos a la cabeza, murmuró:

—Una Diablesa Negra... un ser capaz de partirle la columna vertebral a un Asrom de un abrazo... vale lo del vestidito y que sea tímida, pero encima... ¡¡pija!!

—Oyeee, que yo no soy pijaaa —soltó Marla con acento... em... pijo—. Papaaá, dile algo.

—Ya es suficiente, cariño. Además, estos chicos deseaban preguntarme algo.

Tenía razón, ya ni me acordaba. Al fin y al cabo habíamos venido a Arushta para conseguir el anillo de Shag-Laah. Cuando le expliqué que me enviaba Kraizent y que mi objetivo era la Costilla del Dragón, a Nebral se le oscureció el rostro. Eso sí, peor fue cuando mencioné a Eveïn.

—Evein Axracse –murmuró sorprendido—. Había escuchado que aún vivía, sin embargo no calculé su...

—¿La conoce? –le interrumpimos Pepe y yo al mismo tiempo que Zeni se acostaba por su cuenta; ésta a su rollo, como siempre.

—Fue muy famosa como integrante de La Orden durante la época de la Tiranía de los Virreyes.

Recordé que Pepe ya me había hablado de que Evein había pertenecido a esa Orden, claro que no me importaba mucho, la verdad; pero por si acaso acerqué la oreja a ver si al final aprendía algo interesante. Y bueno, ya que les faltaba un elemento tan imprescindible como una tele, la mejor manera de entretenerse era escuchando una historia. Lo malo fue que Nebral propuso que lo explicara Marla; al parecer se lo habían enseñado en clase hacía poco y le entraba en un examen. Y yo que creía que lo mejor de este mundo era que no había cole.

—¿Bueno qué, no os fiáis de mí, no? –se quejaba Marla—. Si me lo séee. No hace falta que ahora... Valeee, ya lo hago. Bueno, pues... pues... La época de la Tiranía de los Virreyes se prodij... se product... fue después de la muerte de... de... de uno que nadie quería saber el nombre o algo así y y y que mandaba mucho y mal y resulta que los Birrayos eran amigos suyos que se repartieron el pastel o eso me dijo mi amiga Anka que es muy lista pero un poco sosainas. Pero a lo que iba, que Los Órdenes y La Ciudad Grande se pelearon con ellos y... y ganaron.

—Marla, hija –le espetó su madre bastante molesta—. Cuando una persona habla se supone que es para que los demás se enteren de algo.

—Vamos, mujer –le defendió su padre—. Ha mejorado bastante desde la última vez.

Ambos empezaron a discutir y Marla puso una cara rara, como si no se decidiera por cuál de los dos decantarse.

—¿Qué te pasa? –se susurré.

—Es que... es que no me gusta que papá me tome por una niña pero tampoco que me riña como lo hace mamá y me gusta que me defiendan cuando me riñen pero así es como si yo fuera una niña y como que no y claro... no lo has pillado, ¿verdad?

—Aunque parezca mentira, sí; bastante.

—¡¡¿Veeeis?!! –se levantó Marla de repente, golpeando con las dos manos en la mesa—. ¡Ella sí me entiende! ¡Sois vosotros los que no escucháis bien!

—Bueno, ya basta –se metió Pepe muy serio—. ¿Le importaría continuar, señor Nebral?

—Oi mira, el colmillitos se hace el ofendido –se burló Marla todavía de pie.

—Ya es suficiente, cariño —le obligó a sentarse su padre—. Ahora termina de cenar en silencio.

Ella intentó resistirse, pero como estaba cantado que llevaba las de perder se resignó mientras Nebral nos contaba la historia de verdad:

—Evein nació durante los Días de la Expansión, justo cuando murió el más grande héroe de su época a manos de El Innombrable. Evein creció bajo la leyenda de dicho héroe, llegándolo a admirar más que a ninguna otra persona. A los quince años abandonó su hogar, cargada tan sólo con una espada que su padre ya no utilizaba y renegando de su familia, a quienes consideraba unos fracasados. Se entrenó durante más de cuatrocientos años aceptando cualquier trabajo para sobrevivir y obedeciendo a cualquier maestro para aprender artes guerreras con el objetivo de entrar en La Orden, también conocida como El Brazo Ejecutor de La Gran Ciudad. Se trataba de una organización compuesta por los mejores guerreros en la cual militó su héroe hasta el día de su muerte. Por aquel entonces finalizaba la época convulsa de la Tiranía de los Virreyes y se iniciaba la era de La Gran Ciudad. Durante la primera, los lugartenientes de El Innombrable se esforzaban por mantener su influencia sobre los planetas conquistados por su líder y La Orden los combatía. Durante la segunda, La Gran Ciudad se convirtió en una especie de protectora, procurando no controlar a nadie y vigilando que nadie controlara a los demás. Ambos modelos convivieron durante más de cinco siglos.

—¡Ey, que eso ya lo he dicho yo antes! —saltó de nuevo Marla.

—¡Come y calla! —se adelantó su madre a todos los demás.

—Como he mencionado, Evein fue testigo del paso entre las dos etapas al mismo tiempo que subía de categoría dentro de La Orden, hasta convertirse en guerrero de élite. A pesar de su éxito, Evein se sentía vacía debido a que ya había alcanzado sus objetivos. Y cuando desaparecieron los últimos restos de la Tiranía de los Virreyes, intuyó que La Orden, y por tanto el legado de su héroe, carecía de significado. Se dice que La Orden, ante la falta de retos, se fue disolviendo poco a poco; sin embargo, la realidad es que al nuevo gobernador de La Gran Ciudad, Kraizent, no le interesaba su existencia: La Gran Ciudad ya disponía de un ejército propio liderado por la joven General Arben Naira y La Orden no se sometía a La Gran Ciudad, actuando por su cuenta. En otras palabras: a Kraizent La Orden le molestaba pero ésta gozaba de demasiada popularidad entre la gente. Así pues, Kraizent engatusó de alguna manera a Evein para que destruyera a La Orden. Evein, que acabó con casi todos los miembros de dicha organización, no se percató de su error hasta que fue demasiado tarde y no tuvo otro remedio que matar a su líder, por aquel entonces su mejor amigo, y desterrarse a un planeta sin civilización. No me preguntes porqué más tarde se enfrascó en la búsqueda de las armas de Njord-Ghrat; eso es algo que no he averiguado aún.

Nos quedamos todos un rato en silencio. No sé qué pensaban los demás, pero me planteé si alguien como yo sobreviviría ante un rival tan poderoso. Nebral, como leyéndome el pensamiento, me comentó muy serio:

—En calidad de Explorador de Batalla poseo la facultad de leer las capacidades mágicas de las personas. Tú, Astrid, sin contar con tus aptitudes físicas sobrehumanas,

sólo dominas los conjuros de fuego y hielo y el Shiokatón; éste último, cuyo fin es atravesar barreras energéticas, no sirve en un combate real. Con eso tus posibilidades de victoria se reducen a cero, no sólo contra Eveïn sino incluso contra su lugarteniente, que te aguarda en El Bosque de la Prisión Andante.

—No es justo —me quejé—. ¿Entonces para qué me lo ha enseñado Kraizent? Con lo que me ha costado el entrenam... Un momento. ¿Cómo sabe eso? O sea, lo del aliado de Eveïn en el bosque.

—No subestimes mis fuentes de información. Que me haya retirado no significa que ignore lo que ocurre a mi alrededor. Retomando lo anterior, el anillo de Shag-Laah te permite realizar combinaciones y en consecuencia tus débiles hechizos elementales resultarán fatales e imbloqueables para la mayoría. Sospecho que Kraizent ya lo había calculado para que...

—Bueno, ¿me lo dará o no? —pregunté ya harta de tantos rodeos; ni que se lo estuviera pensando.

—Antes aclaremos una cosa —dijo tras respirar hondo—. Astrid, por lo que deduzco tú provienes de un mundo ajeno al nuestro. Supongo que eres consciente que a Kraizent no le importa en absoluto el esqueleto de Nhord-Ghrat.

—Sí, lo sé —sonreí—. Incluso lo comenté con él y todo.

Noté que Pepe se sorprendía al oírme pero no tanto como me imaginé.

—Bien —siguió Nebral—. Te confiaré el anillo. No obstante, antes te impondré una prueba.

—¿Y eso por qué? —me indigné. “¿Tanto rollo y ahora me suelta eso?”.

—No basta con una buena arma para ganar una guerra. Hace falta sabiduría y habilidad para sacarle provecho.

“¿Una guerra?”, pensé extrañada, “¿de qué me habla este tío?”. Casi le contesto a las malas, pero como quizá aquello tenía relación con que se hubiera retirado, me lo callé por si acaso. De todas formas me dejó muy claro que, o se hacían las cosas como él había decidido o anulaba el trato.

Al cabo de un rato acabamos de cenar y luego ayudamos a recoger los platos y a preparar las camas. Nebral, tras disminuir la luz de las paredes, se acercó a Pepe y a mí muy serio enseñándonos el anillo; la verdad es que parecía más un brazalete que otra cosa: se trataba de un simple aro dorado del que salía como una antena con una pequeña araña de seis patas en la punta, de manera que si alguien se lo colocaba en la muñeca el bicho quedaba a la altura de uno de los dedos.

—Lo siento si os parezco intransigente pero debéis demostrarme que sois capaces de afrontar los peligros que os esperan. Kraizent nunca actúa sin un motivo sólido y no duda en sacrificar incluso a sus amigos y discípulos si con ello saca beneficio.

—Que sí, que vale —le solté medio bostezando.

Nebral se enrolló durante un buen rato más hinchándonos la cabeza con sus historias y que no deseaba que nos ocurriera lo mismo que a él y no sé qué más. Creo que quería justificarse por no entregarnos el anillo por las buenas o algo por el estilo. Yo le repetí que sí, que haríamos una prueba o lo que quisiera, siempre y cuando fuera mañana; yo ya no podía ni con mi alma.

Después de la charla, nos fuimos por fin a la cama. Nada más tumbarme noté que el cuerpo se me volvía muy pesado, como si todo el cansancio me viniera de golpe. Mientras me dormía, oí a Marla y a su padre discutir en voz baja; eso me recordó a las broncas que me metía el mío de vez en cuando, pero me sentía demasiado cansada como para preocuparme. “Mañana superaré lo que sea, estoy segura”, pensé justo antes de cerrar los ojos.

CAPÍTULO 7 (EL ANILLO DE SHAG-LAAH)

7-1

Apenas amanecía y ya caminábamos hacia el lugar donde Zeni, Pepe y yo nos enfrentaríamos contra Nebral para conseguir el dichoso brazalete-anillo. Al poco rato llegamos a una parcela alargada, más o menos como una pista de atletismo, que habían vaciado para la ocasión. Media ciudad se había desplazado hasta allí para disfrutar del espectáculo, incluida Marla que animaba a su padre sentada sobre una pared con las piernas colgando como tantos otros, aunque la mayoría se lo miraban desde unos postes altos con asientos. Por suerte, a pesar de la enorme cantidad de gente el ambiente no estaba muy cargado; no nos gritaban ni esas cosas que se hacen en los partidos, como los que se tragan mi padre y sus amigos por la tele. Parecía que habían acudido para contemplar una obra de teatro más que para una competición. Todos excepto Marla, claro; ella no paraba de agitar los brazos y de chillar como una posesa que su papá era el mejor.

Nos colocamos frente a Nebral a unos cuatro autobuses de distancia; nosotros tres en una punta y él en la otra. Nebral nos pidió que no nos moviéramos y recitó unas palabras muy extrañas. Entonces la tierra situada entre él y nosotros empezó a retorcerse como si hubiera cobrado vida, pasando de sólida a líquida, de simple barro a un mar de agujas de piedra.

—Bien –nos dijo tras la demostración, sosteniendo con la punta de los dedos el brazalete-anillo—. La prueba consiste en quitarme a Shag-Laah. Yo no me apartaré en ningún momento ni esquivaré nada.

—Oiga –le solté—. ¿No podríamos solucionarlo con una partidita al Trivial?

No coló, pero en fin, tenía que probarlo, ¿no?

—Déjate de bromas, Astrid –me advirtió en plan amenazante—. Si no te concentras fracasarás. Incluso concentrándote al máximo es muy probable que fracasas.

Me dio bastante rabia que me subestimara y encima con esa pose de superior, así que me burlé de él y de su estúpida prueba:

—¡Eh, menos humos, señor explorador retirado! Kraizent me ha entrenado y tú no eres nadie para...

De repente la tierra se abalanzó sobre mí en forma de cientos de lanzas, deteniéndose a menos de un milímetro de mi cara. Me quedé inmóvil y no me atreví ni a parpadear. Cuando los pinchos se retiraron para volver a ser un lago de barro, las piernas me fallaron y caí de rodillas.

—Lo siento –se disculpó Nebral mientras Pepe me ayudaba a levantarme—. Pero esto no es un juego. Debes ser consciente de lo que te sucederá en el peor de los casos.

Regeneraré tus células lo antes posible, por supuesto, pero el dolor que sentirás en el instante en que mis jabalinas de piedra te atraviesen la carne y los huesos será ilimitado.

—Cómo... te atrev... –tartamudeé con los ojos llorosos.

Tragué saliva y conseguí chillarle de todo con toda mi rabia, secándome las lágrimas de vez en cuando. La verdad es que me temblaba tanto la voz que no me entendí ni yo pero vaya, creo que se lo dejé bien claro. Sin embargo él me lo dejó más claro todavía cuando lanzó un muñeco de madera en el centro del lago de barro y un millón de agujas lo perforaron al instante; sólo de verlo ya me dolió.

—No es necesario que te explique nada acerca del miedo y otras emociones –dijo Nebral tras rescatar los restos del muñeco–. Si has sido discípula de Kraizent él ya te habrá iniciado en el tema. No obstante, nunca te has enfrentado a una situación de peligro real. Si no me derrotas en este ambiente controlado ni sueñes con sobrevivir al Bosque de la Prisión Andante.

Antes de que acabara de hablar, un sudor frío ya cubría mi piel, me costaba respirar y aún más mantenerme en pie y me dolía la barriga una barbaridad. Cuando quise darme cuenta, había retrocedido unos pasos.

—Ey, niñata –soltó Pepe de golpe–. Cuando termines de gimotear, me avisas, ¿vale?

—Pe... ¡¡Pero tú de que vas!! –me enfadé de verdad.

Des de luego el chaval era la delicadeza personificada; aunque casi no me salían las palabras, le grité que yo no era una guerrera como él y demás.

—Si te sobra energía para explicarme por qué eres débil, úsala para fortalecerte.

Ahí estuve a punto de pegarle pero en serio. Y entonces me fijé en su cara: triste y con la mirada perdida en el tiempo, como si me repitiera algo que le hubieran dicho en el pasado. Además, ¡qué narices!, tenía razón. ¿Para qué había aceptado esta prueba ridícula? ¿Y la absurda misión de luchar por la Costilla del Dragón? No se trataba tan sólo de volver a casa sino de que ya me había hartado de huir y esconderme siempre que me encontraba con algún problema. Pero esta vez no. Esta vez lo iba a lograr.

Respiré como me había enseñado Kraizent e intenté concentrarme. Me seguía temblando el cuerpo entero pero, ¡ostras!, no volvería a permitir que se burlaran de mí y menos delante de todo un pueblo. Me quité las gafas y se las entregué a Pepe

—¿Preparada, Astrid? –me preguntó guardándoselas dentro de su guante sólido.

—Sí, claro que sí –le dije más que nada para convencerme a mí misma–. Vamos a demostrarle a ese tipejo quienes somos.

Pepe y yo nos lanzamos hacia Nebral, esquivando a duras penas las lanzas de piedra que surgían del suelo. Zeni, como esperando nuestra reacción, nos adelantó y atravesó en línea recta y sin dificultad las trampas de Nebral. Cuando la pequeña ya lo alcanzaba, él la desvió con una corriente de arena y la pobre se estampó contra el suelo de morros, abriendo un buen surco en la tierra con la nariz. Quise ayudarla, pero cada dos pasos que conseguíamos avanzar lo retrocedíamos al instante para evitar que uno de esos pinchos nos ensartara la cabeza como una aceituna.

Zeni se volvió a levantar y le volvió a atacar y Nebral la volvió a apartar; en esta ocasión la niña atravesó una pared y venga, de nuevo en pie y a por él, una y otra y otra vez, hasta que a la de trece Nebral la envió justo al principio de un empujón con una mole de granito. Ella se quedó allí de rodillas, medio llorando entre tosidos y gritando que ya se había hartado. Y yo también, la verdad: entre que las fuerzas me fallaban y encima las rascadas en la cara que me picaban por culpa del sudor, no tardé en llegar a mi límite. Así pues le hice una señal a Pepe y, saltando hacia atrás, salimos de aquel campo infernal.

Mientras recuperábamos el aliento, Nebral nos advirtió que hasta ese momento tan solo pretendía rozarnos pero a la próxima iría en serio. Recordé lo que le había sucedido al muñeco y sentí una fuerte punzada en el estómago de puro nervio. Intenté tranquilizarme igual que antes pero claro, Pepe lo echó a perder insistiendo en lo mucho que me dolería si me acertaba una sola de aquellas agujas. Y para rematarlo del todo, Marla se puso a chillar que saliéramos corriendo de ahí o su papaíto nos daría la del pulpo. No, si esos dos se habían puesto de acuerdo para fastidiarme, fijo.

—Fin del descanso —le oí decir de repente a Nebral.

El lago de barro avanzó un poco y tuvimos el tiempo justo de esquivar varias lanzas de piedra. Una de ellas me tocó la pierna, perdí el equilibrio y acabé sentada en el suelo. Me subí el pantalón y vi la señal de un golpe.

—Oye, Astrid, ya es suficiente —me comentó Pepe—. Uno: ni siquiera con Shag-Laah podríamos vencer a Evein. Y dos...

—¡Cállate y déjame pensar! —exclamé.

No quería chillarle pero necesitaba un poco de silencio para aclararme. Me pasé la manga por la frente y me hice un poco de daño al rozarme una herida. También tenía dos en una mejilla y otra en la barbilla, pero ninguna en el resto del cuerpo; sólo algún moratón.

Me levanté y me dirigí hacia Zeni, que se secaba las lágrimas. Me arrodillé delante de ella y le pregunté si se encontraba bien. Ella me hizo que sí con la cabeza no muy convencida pero, al susurrarle lo que se me había ocurrido para darle una lección a ese tipo, Zeni se animó y su armadura brilló con más fuerza.

Le conté mi idea a Pepe y, aunque a él le parecía una locura, aceptó. Así pues, uno se colocó a mi derecha y la otra a la izquierda y se lanzaron al ataque. Tal y como me imaginaba, el chico se movía con más agilidad gracias a que ya no debía preocuparse por mí; y es que en el fondo era buen chaval, siempre y cuando alguien lo amordazara, claro. Zeni, cumpliendo al pie de la letra mis órdenes, lo copiaba con más torpeza que compensaba con más potencia. Y yo mientras tanto esperaba mi oportunidad.

Nebral se concentraba al máximo para detener a aquel dúo pero sin quitarme el ojo de encima. Yo también fijaba la vista en él reuniendo la energía mágica tal y como me había enseñado Kraizent.

Al contar hasta veinte y siguiendo mi plan, Zeni dejó de imitar a Pepe y provocó una gran destrucción de las suyas: estiró los brazos hacia los lados y generó una luz tan potente como la de una explosión, abriendo un agujero en el suelo del tamaño de un elefante. Nebral desvió su atención hacia ella, momento que yo aproveché para ir a por él, disparándome a mí misma como si fuera una bala de cañón.

Cuando Nebral se giró hacia mí, ya sólo me faltaba alargar la mano y alcanzar el brazalete-anillo. De pronto la tierra se levantó a mi alrededor en forma de boca, con las lanzas de piedra apuntándome al cuerpo como enormes dientes puntiagudos. Justo antes de que me enterrara viva, cerré los ojos; aquello me iba a doler de verdad.

CAPÍTULO ESPECIAL (AHORA LE TOCA A MARLA)

—¡Ostras, Marla! —me gritó en la oreja mi amiga Anka—. Tu papá se ha cargao a la niña del antifaz de cristal.

—Sí, ya —la aparté de un empujón—. ¿No estoy ciega, valeee?

No sé que se pensaba esta. Que yo sea una Diabla Negra no quiere decir que yo sea una bestia salvaje; bueno, en realidad no sé lo que quiere decir, pero vaya, eso no. Y vaya, que... que no me gusta ver gente peleándose y ya está. Pero una cosa es eso y otra poder presumir de papá delante de todas mis amigas. Y que conste que no es por eso, ¿eh?, pero yo siempre he estado de lado de mi papá, y vaya, que... que le animaba todo el rato sentada en aquel muro, pero creo que ahí se pasó tres pueblos.

Astrid y Zeni son un poco raritas, igual que Pepe, pero en el buen sentido, ¿eh? y bueno, que me caen simpáticos y tal, y yo sólo quería que perdieran por lo de mi papá, pero me sabía mal que... que lo pasaran mal. Y sí, creo que ahí papá se pasó un poco; bueno un poco bastante, sobre todo cuando amenazó a Astrid con los pinchos. Pero ella venga otra vez, con ganas de seguir adelante.

Y cuando los filos de piedra la enterraron, me dio un vuelco el corazón, como si me hubiera pasado a mí. Hubo un segundo de silencio... incluso la bruta de Zeni se quedó quieta y la pesada de mi amiga Anka se quedó muda. Y entonces la roca se rompió y apareció Astrid, cubierta de pies a cabeza con su ropa como una Glansa (tortuga) escondida en su caparazón, golpeando a papá en la nariz y tirándolo contra el suelo. Pobre papá, con lo guapo que era.

—¡Es por eso que no fuiste nunca a por mi cuerpo! —le gritó Astrid contentísima, subida en la barriga de papá y con Shag-Laah en la mano—. ¡Sabías que mi traje se endurecería y resistiría tus ataques!

Se hacía la chula pero le salían las lágrimas a chorro y se notaaaaba que los golpes le habían dolido un montón. Aún así se la veía superbien y eso me puso alegre ya que ella siempre tenía una cara triste... o *melanbólica*, como dice mamá.

Zeni y Pepe se acercaron; los dos también estaban hechos polvo, tanto que les costaba hasta sonreír. Pepe se sacó de su guante sólido aquella cosa rara que siempre usa Astrid no sé para qué y se lo devolvió:

—Toma. Tus alambres con cristales.

—Ah; gracias Pepe.

—¡Que no me llamo Pepe!

Ahí lo vi claro. Yo ya me lo olía de antes pero la forma de él de mirarla a ella no dejaba lugar a dudas. Y Astrid... bueno, creo que Astrid no se daba cuenta y que no se daría cuenta ni en cien años. Hay gente que es muy torpe para esas cosas.

Pero en fin, a lo que iba. Yo al principio me lo pasaba en grande, viendo como papá les daba una lección a esos tres. No por nada malo, ¿eh?, pero así eso de acompañarles, pues como que no. La noche anterior papá no paró de decirme que si Marla esto que si Marla lo otro... vaya, que quería que yo les guiara hasta los Ikibis, con la excusa de que yo me llevaba bien con ellos y así les sería más fácil usarlos como transporte. A mí eso me olía mal; seguro-seguro-seguro que era cosa de mamá, ya que siempre decía que papá me mimaba demasiado y que... sí bueno, que se alegraba que yo fuera tan dóooooocil a pesar de ser una Diablesa Negra y todo eso, pero que no podía ser que siempre estuviera pegada a papá y bla bla bla... Bueno vaya, que quería que me espabilara. ¡Cómo si yo fuera tonta! Si yo ya soy mayor; tengo casionce años, caraiii.

Pero vaya, que yo no la entendía; a la Astrid, quiero decir. ¿Para qué se esforzaba tanto en conseguir algo que-que... que vaya, que no? Y más cuando parecía que no tenía nada que hacer, porque yo creo que ganó a papá de pura potra. Pues eso, que ni lo entendía ni lo entiendo ahora pero el caso es que al verla sentía algo extraño y, vaya que sí, que deseaba que ganara y bueno, que quiero saber qué la empuja a seguir y tal. Papá me dijo que sólo les condij... candu... ¡condujera, eso! hasta el Bosque de La Prisión Andante pero luego me dio su colgante como si sospechara que yo iría más allá. Ayer noche yo lo dije bien claro y requeteconvencida que no ¡y que no! Que sólo les acompañaría hasta ahí y punto. Pero ahora ya no sé qué pensar.

Por el momento lo único que sé es... bueno eso, que quiero aprender un poco más de ella. Primero la ayudaré a llegar al bosque ese y luego... bueno, luego ya veremos.

CAPÍTULO 8 (VIAJE EN IKIBI)

A primera hora de la tarde salimos de la casa de Nebral. Marla iba delante y cargaba en la espalda una mochila más grande que ella, tan pesada que ni Pepe ni yo juntos podíamos levantarla. Tras cruzar unas cuantas parcelas nos paramos frente a una pared, nos subimos encima y Marla gritó:

—¡Eeeeeeeeeooooooooo! ¡Cuatro para el valle de Iki-Grif!

Entonces, como cuando había llovido, unas cuantas personas construyeron un camino, colocando un pedacito granate cada uno con ayuda de unas pértigas que salían de unos agujeros en el suelo. Al poner el pie sobre las baldosas que formaban aquel sendero improvisado, noté cómo cedían un poco; no me hizo mucha gracia y menos al enterarme de que íbamos a subir hasta alcanzar el borde de un precipicio situado a cuatro kilómetros, la mitad de ellos para arriba. Me recordaba a la escalera de viento de Kraizent. Lo peor es que aquella gente desmontaba el camino a medida que avanzábamos y no es que fuera muy ancho que digamos. “Si tropiezo, será lo último que haga en mi vida”, pensé.

Decidí concentrarme en Marla quien nos explicaba los motivos por los cuales su padre nos había obligado a pasar aquella prueba tan bestia, como queriendo disculparlo. No necesitaba escucharlo y como me había curado los golpes ya se lo había medio perdonado. Lo que a mí me intrigaba era el nuevo colgante de Marla y le pregunté qué era aquella cruz palpitante y de un color rojo intenso.

—Ah, ¿esto? —respondió ella agarrando el collar—. Es el último recuerdo que le queda a papá de su... “época dorada”.

Ella suspiró cerrando los ojos para luego adoptar un tono más alegre, contándonos que se trataba de un tele-transportador. Los exploradores de La Gran Ciudad lo utilizaban para recorrer largas distancias en un instante, incluso de un planeta a otro, y su padre se lo había regalado en caso de que necesitara huir. Marla siguió hablando, esta vez con la cabeza agachada:

—Me dijo que me lo regalaría cuando fuera lo bastante mayor como para vivir mis propias aventuras, pero no sé si estoy preparada.

La veía un poco chafada, así que decidí cambiar de tema:

—¿Y qué llevas en esa pedazo de mochila?

—Me alegra que me lo preguntes —soltó muy rápido, sonriendo y depositando aquel trasto en el suelo de baldosas.

Lo abrió, mostrándonos una burrada de comida y bebida, aparte de ropa de recambio y jabón y colonia y un peluche similar a una niña con tentáculos y... vaya, que aquello parecía un súper en miniatura. Pepe no se lo podía creer:

—Pero... pero... ¡¿Cómo se te ocurre cargar con... con esas porquerías?!

—Ayyy, no seas como mamá. Son cosas im-pres-cin-di-bles. ¡Ah, sí! Y también tengo sales de baño, pasta de dientes, un pote de crema para mantener las escamas bonitas, un aparato para hacernos unas mechas...

Eso ya fue demasiado. Pepe se abalanzó sobre la mochila y, deteniendo a Marla con una pierna, se lió a tirar todo de cachivaches al vacío. Marla intentó acercarse para impedirlo, pero el chico era mucho más hábil que ella.

—¡No, eso no, eso no! —gritaba desesperada agitando los brazos—. ¡Qué me costó doce pagas comprármelo! ¡Y eso tampoco, que es un regalo de...! ¡AAAAHH! ¡¡Para ya, animal!!

Nada, ni caso. Pepe seguía con lo suyo mientras Zeni y yo nos lo mirábamos sin saber muy bien cómo reaccionar. Al final el chico vació más de la mitad, dejando tan solo los alimentos y cuatro mantas peludas.

—Esto... —temblaba de rabia Marla medio llorando—. ¡Esto no te lo perdonaré nunca en la vida!

Y se puso a caminar de nuevo a toda pastilla y sin esperar a nadie.

Un buen rato más tarde abandonamos aquel camino yendo a parar al borde de un precipicio. Allí empezaba un sendero oculto por la hierba y repleto de piedras grises, grandes y afiladas. El ambiente se había tensado un poco, aunque como yo tampoco sabía cómo arreglarlo decidí pensar en mis cosas esperando a que se les pasara la tontería. Entonces me acordé del anillo de Shag-Laah; o del brazalete con antena y una araña dorada en la punta. Tanto rollo para conseguirlo y aún no sabía para qué me serviría. Lo saqué del bolsillo y le pedí a Marla una explicación sencillita.

—De acueeeerdo —abrió la boca por primera vez desde el trágico incidente mochilero—. Si el señor aguafiestas me lo permite, os lo contaré, ¿vaaalee?

Pepe quiso contestar, pero el sentido común hizo que se callara; bueno, eso y un codazo de los míos en el estómago. Marla supuso que el chico la ignoraba y, tras dudar un poco, renunció por fin a su pose de ofendida.

Tal y como me ordenó, me coloqué el aro en la muñeca y la antena se movió de lado a lado hasta detenerse en frente del dedo corazón; la araña abrió sus patas y luego las cerró, cogiéndome el dedo. También me lo sujetó con sus quelíceros, como les llamaba Pepe a los dientes de las arañas.

—¡Ey, que me ha mordido! —grité agitando mano.

—Tranqui, relájate, relaaaaájate —me repitió Marla hasta que me calmé—. Mira, tú puedes crear fuego y hielo ¿no? Pero no a la vez ¿no?

—Claro que no —le solté sin entender de qué iba la cosa.

Kraizent me había enseñado que si aprendía la magia del hielo, la del fuego me saldría sola ya que se realizaba igual pero al revés; eso sí, necesitaba unos segundos entremedio. Igual que aspirar y soplar: primero uno y luego lo otro, pero al mismo tiempo... imposible.

Pepe sugirió que una prueba me lo aclararía mejor que mil lecciones, así pues apunté hacia una roca cuatro veces más grande que yo y le lancé una llamarada. Nada, ni una rascada. Después la congelé y lo mismo, se quedó tal cual. Y por fin lo intenté con los dos; entonces noté como si mi mente se dividiera por la mitad y, gritando a la vez fuego y hielo, destrocé la roca así por las buenas.

—¿Pero no deberían los dos hechizos anularse entre sí? —pregunté sorprendida por lo que acababa de hacer.

—Sí y no —siguió explicando Pepe—. En realidad no los ejecutas juntos sino alternados: incineras a tu rival a mil grados y un instante después lo congelas a cien bajo cero y así docenas de veces por segundo. Pocos son capaces de resistir un contraste tan potente y tan rápido.

Sonaba lógico; además, si alguien se defendía del calor se helaba y viceversa. Sólo con Shag-Laah se podía lograr algo así y sólo existía uno. Por desgracia nuestros enemigos también dispondrían de recursos mucho más bestias. Pero lo peor fue cuando me enteré de que, si realizaba más de cuatro ataques, la araña me absorbería la vida. Al oírlo me saqué de prisa y corriendo el brazalete-anillo del dedo, guardándomelo en el bolsillo, y en seguida me quejé a Pepe por haberme obligado a desperdiciar una tirada por una simple demostración. El chico me aclaró que aquello sólo contaba ante un rival y añadió que Shag-Laah se alimentaba de la energía de su portador para funcionar. En realidad si Pepe lo usaba una vez le robaría todos sus conjuros y a la segunda lo mataría. Pero como a mí me protegía la magia de Kraizent, pues que no me pasaría nada hasta la quinta. “Bueno”, pensé, “algo es algo”.

Iniciamos de nuevo la marcha hasta que el sendero terminó en un prado sin rocas y con la hierba mucho más alta, llegándome hasta la cintura. La verdad es que no me enteraba mucho por dónde íbamos ya que caminaba cabizbaja dándole vueltas a lo de Evein: había escuchado ya mil veces lo peligrosa que era y demás, pero ¿qué significaba *peligrosa* para la gente de este mundo? Si contra un simple explorador que ni luchaba en serio ni nada habíamos sudado tinta, no quería ni imaginarme lo que nos ocurriría contra una guerrera con más de cuatro mil años de experiencia como Evein.

De repente noté que nos parábamos y alcé un poco la vista: nos encontrábamos en medio de cuatro postes negros.

—¿Y estas cosas? —pregunté.

—Estas cosas son mis **piernas**, niña —se oyó una voz grave y un poco chillona.

Entre las dos patas de delante se asomó una cabeza puntiaguda más negra que Marla y tan grande como un coche que me observaba con sus alargados ojos. Pero en lo que más me fijé fue en los dientes: se le veía capaz de partir en dos a un caballo. Sin pensármelo siquiera, salí a trompicones de ahí chillando como una posesa; bueno, no tardé ni un segundo en percatarme de que no corría ningún peligro y claro, los otros tres ya me miraban como si fuera yo el bicho raro.

En cuanto a aquella bestia, la llamaban Ikibi; sus cuatro patas, alargadas y acabadas en punta, se clavaban en la tierra y tenían forma de triángulo, como las de un saltamontes, de modo que el cuerpo quedaba por debajo de sus rodillas. Además ocupaba el tamaño de un par de autobuses, tanto a lo alto como a lo ancho.

—No te asustes —rió Marla sin mala intención—. No comen humanos. Bueno, sólo a veces.

—¡Qué bien! ¡Eso me tranquiliza un montón!

Y que no, que no gustaba ni pizca aquella situación, pero tragué saliva y me acerqué de nuevo; eso sí, manteniendo las distancias. Para olvidarme de que estaba a tiro de una bestia carnívora gigante, me fijé en aquel prado tan inmenso del cual yo no distinguiría el final ni con prismáticos. La niebla cubría el horizonte donde podían verse unas montañas que se confundían con el cielo. En frente nuestro, hacia la izquierda, había un lago enorme y casi sin movimiento, como sacado de una postal. Y, paseando por ahí, cientos de animales. La mayoría eran Ikibis; se les identificaba con facilidad gracias a su color negro que resaltaba sobre el verde claro. Aunque también abundaban unos seres rosados, con manchas más rosas todavía, gordos y lentos y con seis cortas patas muy anchas. Según Pepe se llamaban Grifhtush y, al igual que los Ikibis, servían como medio de transporte.

Marla, por su parte, hablaba con el Ikibi tratando de convencerle para que nos trasladara hasta el Bosque de la Prisión Andante. Pepe me aclaró que esos bichos carecían de sentido de la orientación y, para llegar a nuevas zonas de caza, necesitaban que alguien les guiara.

Cuando se pusieron de acuerdo, el Ikibi se agachó y nos colocamos primero en su cabeza y luego en su espalda, la cual incluía un hueco para sentarse; eso sí, era muy duro.

—Ya sé que es incómodo —dijo Marla—. Pero es muy rápido. Los Grifhtush son más blandos pero muy lentos. Y como hay prisa...

—Sí, ya —ironizó Pepe—. Y el hecho de que los Grifhtush segreguen una sustancia pegajosa no es relevante, ¿verdad?

Marla se enfadó con el chico, diciendo que aquello era mentira para luego resaltar que no valía la pena estropear su mejor vestido por culpa de un estúpido viaje. Pero en fin, el caso es que el Ikibi resultó ser bastante veloz y no botaba al correr, así que ya me iba bien. El problema vino cuando Marla sacó algo para picar.

—¡Eh! –gritó el Ikibi girando su enorme careto puntiagudo con dientes hacia nosotros–. ¡Nada de comer **chucherías**!

—¡No valeee! –se quejó Marla–. Los Grifhtush te dejan.

—Sí, **claro** –refunfuñó agitando la cabeza–. **Debe** ser por **eso** que tienen la **espalda** pringosa.

“Estupendo”, pensé, “otra vez me toca pasar hambre”. Pero lo peor fue enterarme de que no llegaríamos al bosque hasta la mañana siguiente, por lo menos.

—Pues vaya –me quejé–. Y ahora es demasiado pronto para irse a dormir, ¿no?

—¿Y si cenamos? –preguntó Zeni con inocencia.

—¡¡Que no se puede!! –le gritaron Pepe y Marla a la vez.

Creo que Zeni no lo entendía; a pesar de eso obedeció sin rechistar, supongo porqué su madre la obligaba a cumplir las órdenes del grupo.

Para matar el tiempo les hablé de La Tierra, lo que desde mi punto de vista les interesaría más: como el aspecto de las ciudades, las casas y las calles, los coches, trenes y aviones, los ordenadores, videojuegos e internet... muchas cosas ya las conocían y otras no. Lo que más les sorprendió fue el uso de relojes; y pensar que antes de venir a este lugar yo era incapaz de vivir sin mirar la hora cada dos por tres.

Luego Marla y Zeni se liaron a explicarme detalles de su mundo, pero de tal manera que yo no pillé ni una:

—Yo fui de excursión con mi mamá a las Llanuras de Nascla y y y allí habían un montón de Hongos Azules muy chulos que creciiiian en plan ¡Fuah! y y yo quise coger uno pero mamá me riñó porque decía que son muy malos pero eran lo más bonito del mundo y y...

—Calla, calla. Lo mejor son las Dríneas, ¿eh?; se parecen a las Nerwa pero más guays. ¿A qué sí? ¿A que tengo yo razón?

—Ya basta –las paró Pepe–. ¿No veis que la mareáis? Además, eso carece de interés.

—¿Ah, siií? –se enfadó Marla–. Pues cuenta tú algo, listillo.

—De acuerdo. Se trata ni más ni menos que del hecho más trascendental de los últimos milenios –se hizo el interesante–. Unos dos años atrás, un conquistador llamado Zérep perteneciente a otra dimensión se dispuso a dominar el Universo. Antes de entrar en nuestro mundo, Zérep creó de la nada un ejército para que le allanara el terreno: los Universales, unos seres poderosísimos que surgieron de repente en casi todos los planetas habitados. La Gran Ciudad, conociendo de antemano las intenciones del conquistador, convocó a la totalidad de magos y guerreros, incluidos nosotros, los

Colmillos Negros, y los envió a detener a los Universales. Al mismo tiempo, Kraizent preparaba a su mejor discípulo para que desafiara a Zérep.

—¡Ah, sí! —se metió Marla—. Mi papá también me contó esa historia. No por nada, ¿eh?, pero él también estaba allí. Papá no es bueno peleando pero sí, em, estrategeando.

—Un buen estratega —le corrigió Pepe.

—Es lo que he dicho, ¿valeee? Pues resulta que mi papá mandaba a un montón de gente muy fuerte y tal, pero nada que no; que esos Univeros eran chunguísimos y uno solo se pulió a toda la pandilla de papá. Entonces mi papá tuvo una idea de las suyas. Como por ahí vivía una Zechnas, la usó para cargarse al Univero.

—¡Ah! —levantó la mano Zeni de repente—. ¡Yo! ¡Yo también!

—Un momento —se quedó boquiabierto Pepe—. ¿Tú padre es el Explorador de Batalla Záharu?

—¡Toma ya! ¿A qué es famoso? Yo me llamo Marla Záharu. Marla por parte de mamá y Záh...

—Menos lobos, caperucita. Si ni siquiera sabes porqué Nebral es tan conocido.

Me chocó que formaran así los nombres, o sea con dos apellidos y listo, pero todavía más que el padre de Marla fuera tan importante. Pepe, con la *colaboración* de Marla, me explicó que las Zechnas sólo luchaban para defenderse a sí mismas o a sus hijas, por lo que pedirles ayuda era una tontería. Sin embargo, Nebral tuvo la ocurrencia de atraer los Universales hacia las zonas donde habitaban Zechnas; como el truco funcionó, avisó al resto de planetas para que le imitaran.

—Ahora a mí, ahora a mí —repetía Zeni sin que nadie le hiciera caso.

—Por desgracia —añadió Pepe—, existen pocos lugares donde vivan Zechnas y sólo estos se beneficiaron de la táctica de Nebral; en los demás el enfrentamiento desigual se prolongaba peligrosamente. Y llegó el día: Zérep por fin había logrado atravesar la barrera que separaba nuestras dimensiones. Allí le esperaba el discípulo de Kraizent listo para el combate y ambos decidieron pelear sobre la superficie de una estrella moribunda. Sabían que durante el duelo su energía destruiría galaxias enteras. En el transcurso la batalla, la estrella se convirtió en un agujero negro y los dos seres fueron absorbidos y desaparecieron.

—¡Ah, sí! —se metió Marla de nuevo mientras Pepe se llevaba la mano a la cara—. Mi papá me dijo que todos estaban contentos y tristes; contentos porqué el Zérep ese ya caput del todo y tristes porqué el héroe... o sea, el que nos había salvado más de una vez y tal...

—Marla, por favor —le exigió Pepe con rabia contenida—. Que así no acabaremos nunca.

—Oye tú, que tengo derecho, ¿eh, Astrid? ¿A que me prefieres a mí?

—Yo también yo también, que ya me toca —suplicaba Zeni levantando el brazo y señalándose a sí misma.

—¡Dejadme terminar, niñas! —les chilló Pepe más que harto.

Marla quiso contestar, pero me miró a mí y vio que perdería la partida pero fijo y así Pepe pudo continuar y nos contó que, tras la muerte de Zérep, aún existían muchos Universales sueltos por ahí y a nadie le quedaban ya fuerzas para detenerlos. Entonces La Gran Ciudad desplegó una energía brutal jamás vista, mayor incluso que la de Zérep, y eliminó a los Universales en un instante. Les resultó tan fácil librarse de ellos que la gente se preguntó por qué no lo habían hecho antes y salvar así a las miles de vidas que perecieron en la invasión. Justo después de aquello, La Gran Ciudad informó a quienes participaron en el combate que ya no les necesitaban y todos ellos se dispersaron, abatidos y sintiéndose inútiles. Supongo que por eso Nebral se fue a vivir a Arushta y se cambió el nombre.

—Antes de la batalla contra Zérep —bajó Pepe el tono de voz, como si le supiera mal pronunciar aquellas palabras—, a La Gran Ciudad se la consideraba como una defensora de nuestro Universo, pero ahora la gente desconfía de ella. Como es normal, Kraizent se justificó: reservaron esa energía hasta el último momento por si su discípulo fallaba, ya que Zérep constituía un peligro más grande que todos los Universales juntos. Sin embargo existe una versión no-oficial: La Gran Ciudad enfrentó a los Universales contra las Zechnas de alto rango para averiguar su capacidad real, pero como ni siquiera ellos sirvieron para ese propósito, los aniquilaron.

—Alto ahí —solté sorprendida—. No lo entiendo. ¿Quieres decir murió tanta gente en una guerra evitable sólo por eso? ¿Por curiosidad?

—No. Piensa un poco: los magos y guerreros al servicio de La Gran Ciudad demostraron ser muy poco eficaces ante enemigos de ese nivel. Si se produjera otro conflicto como ese, conocer el poder de las Zechnas se convertiría en una cuestión de vida o muerte. El problema es que nadie sabe como son ahora de fuertes. Y La Gran Ciudad no puede hacer según qué cosas si pretende recuperar la confianza de la población y eso incluye atacar a una especie tan prestigiosa.

“Me cuesta creer que Kraizent hiciera algo así a propósito”, pensé un poco dolida, “debe existir otra razón que...”.

—¡¡Que me toca a miiiiiiiií!! —gritó Zeni; la verdad es que ya llevaba un buen rato insistiendo—. Cuando yo era pequeña...

—¿Pequeña? —la interrumpió Marla—. ¿Y ahora cómo...?

—Déjala, pobrecita —la obligué a callar—. Venga, Zeni, ¿qué ibas a decirnos?

—Pues pues —siguió Zeni más deprisa de lo que su boca le permitía—, pues que a mi mamá le atacó un tipo de esos, que vino ¡Flash! y mamá me cogió y el tipo hizo

¡Plof! contra el suelo y luego mamá que es muy fuerte porqué es la mamá más fuerte del mundo le hizo así con la mano ¡Zam! y el tipo salió volando y y y ¡Ya está!

—Se explica genial la cría, ¿eh? —se burló Marla.

—Mírala ella —se metió Pepe—. Al menos la niña respeta el orden de las palabras, no como otra que yo me sé.

—¡¿Y tú qué?! —se enfadó Marla—. ¡Que eres más seco que un bocata de sal!

—Yo tengo hambre —Zeni a su bola, como siempre.

—¡Que no hablamos de eso! —le gritaron Marla y Pepe a la vez.

—Bueno, ya vale los tres —me puse seria—. Ya se ha hecho de noche y como no hay forma de convencer al Ikibi para que nos deje cenar, mejor vamos a dormir que mañana nos espera un día muy duro, ¿vale?

Los tres respondieron que sí con la cabeza y Marla sacó cuatro mantas peludas de su mochila. Cada uno la usó a su manera: Pepe, todavía sentado, se la colocó por encima y parecía una tienda de campaña; Marla se abrazó a ella, en plan osito de peluche; Zeni, procurando que nadie la viera, le pegó un mordisco y luego se tiró un buen rato escupiendo pelos; y yo me enrollé a mí misma, como si fuera un canelón; así me tapaba y de paso me servía un poco de cama.

Cerré los ojos y, no sé porqué, se me ocurrió que quizá la historia que me habían contado entre todos se relacionaba de algún modo con la misión y con que nos acompañara Zeni. “No es hora de pensar en eso”, me dije, “vamos directos hacia el Bosque de la Prisión Andante. Allí me espera un aliado de Evein”. Como me había comentado el padre de Marla, hasta ese momento no me había enfrentado a ningún peligro real. “Mañana será la primera vez”.

Como me deprimía más y más, decidí no romperme más la cabeza e hice un esfuerzo por relajarme. “Seguro que supero esta prueba igual que he superado las demás”, me intenté animar, “al fin y al cabo me he entrenado para eso, ¿no?”. Sí, sentía que lo lograría y que no me importaba el peligro o al menos eso creía, pero... ¿y los demás? ¿Querrían seguirme hasta el final? ¿Y quién me daba a mí el derecho de arriesgar sus vidas?

CAPÍTULO 9 (LA PRISIÓN ANDANTE)

9-1

Me despertó un ruido de paquetes abriéndose; era Marla sacando comida de su mochila. Procuraba no alertar al Ikibi, que caminaba a buen ritmo con los ojos cerrados.

—Aprovechemos para comer algo ahora que se ha dormido –susurró Marla.

Cuando acabamos de desayunar unos panecillos rellenos de líquido con grumos crujientes, me levanté y me estiré un poco; me dolía el cuerpo de no haber descansado bien, ahí tumbada en un sitio tan duro y estrecho.

—¿Falta mucho para llegar? –pregunté a Marla más que nada para hablar de algo.

—Un ratito todavía –contestó ella, guardando los restos de la comida en la mochila.

—Ey –soltó Pepe despreocupado–. ¿Y cómo es que una criaja mimada como tú viaja con nosotros? No me digas que te ha obligado tu papaíto.

Desde luego el tío no perdía ni una ocasión para ser desagradable.

—¡¡Oye, que yo no soy como tú, ¿valeee?!! –se rebotó Marla–. ¡Para que te enteres, ¿eh?, a mí nadie me obliga a nada! Si estoy aquí es porque me da ¡a mí! la gana y porque papá y yo hemos hecho un trato, ¿valeee?

—¿Y que trato es ese? –me colé en la discusión para calmar los ánimos.

Ella, al percatarse de su metedura de pata, agachó la cabeza y le cambió la tonalidad de sus escamas negras; supuse que se sonrojaba. Y luego nos confesó muy bajito que, cuando volviera a casa, sus padres le contarían de dónde vienen los niños. Pepe no tardó ni dos segundos en cachondearse de ella, reprochándole a lo bruto que cómo era posible que “no dominara el tema” y yo, claro, intenté defender a Marla diciendo que a sus diez años era normal, cosa que a ella le gustó menos aún, hasta el punto de tomarse mi comentario como una traición:

—¡Yo NO soy una cría analfílica... analfabótica... que no sabe nada!! –soltó Marla orgullosa girándonos la cara con los ojos cerrados–. No es que no lo sepa. Tengo mis teorías.

Yo, sintiéndolo mucho, tuve que llevarme la mano a la boca para que no se me escapara la risa. Por suerte para mí ella no se dio cuenta: las carcajadas de Pepe centraron su atención y su ira en forma de mordisco salvaje.

—Tampoco hay que ponerse así –comentó Pepe cuando logró desencajar la mandíbula de Marla de su hombro –. Si acaso ya te lo explicaré yo.

Ella se lo quedó mirando, levantando una ceja; no confiaba del todo en él, pero la curiosidad podía más y aceptó. Eso sí, yo le sugerí a Pepe que se lo dijera al oído para que Zeni no lo oyera, aunque la pequeña pasaba de nosotros y se dedicaba a incordiar al Ikibi, pinchándole la cabeza con uno de los salientes de su armadura mientras el pobre bicho no sabía muy bien cómo reaccionar.

Fue curioso de ver; a pesar de que no escuché nada de nada, me lo imaginaba por las expresiones de Marla: al principio prestaba mucho interés, pero luego empezó a abrir los ojos cada vez más hasta el punto en que creí que se le caerían de la cara.

Cuando Pepe acabó, Marla le hizo un repaso al chico con la vista de arriba abajo sonriendo nerviosa y luego a mí de reojo como esperando una confirmación.

—¡Anda ya! —soltó de repente, alejándose de Pepe—. Eso no te lo tragas ni tú. Cuando llegue a casa ya le preguntaré a papá.

—¿Qué le has contado? —le susurré a Pepe, acercándome a él.

—La verdad, por supuesto. No hay nada más impactante e insólito que la propia verdad.

Sabiduría made in Pepe. En fin, decidí no pronunciar ni una sola palabra por el bien de mi salud mental y la de los demás y procuré concentrarme en admirar el paisaje. Me recordaba al primero que me encontré al aterrizar en ese mundo: con un lago frente a mí y mucho verde alrededor. Pero a medida que avanzábamos el panorama se volvía más y más tétrico, con cada vez menos plantas y más árboles altos, gordos y retorcidos y casi sin hojas. Justo cuando circulábamos por delante de un bosque inmenso lleno de aquellos árboles que se alzaban como una muralla de madera viva, Marla hizo un sonido parecido a un chasquido con los dientes y el Ikibi se paró.

—Fin de **trayecto** —gruñó el animal agachándose para que bajáramos—. El Bosque Ouroboros, también **conocido** como el hogar de La **Prisión** Andante.

Marla agarró la mochila y de un bote saltó hacia el suelo, Zeni voló un poco y Pepe... ¡Pepe se ofreció a ayudarme!

—¿Qué? ¿No quieres? —me preguntó al ver que yo no reaccionaba.

—No es eso, pero... ¿desde cuándo eres amable?

—¡Pues te espabilas solita! —se enfadó de golpe dejándome atrás. Tampoco había que tomárselo así, ¿no?

—Mucho **cuidado**, niños —nos advirtió el Ikibi levantándose de nuevo—. Huelo a **Hongo** Azul. Y resulta **dañino** para vuestra **amiga** amarilla.

“Supongo que se referirá a Zeni”, pensé sin saber de qué iba la cosa.

—Sin problema —dijo Pepe quitándole importancia—. Este planeta carece de ese tipo de setas. Además, hoy en día las madres Zechnas entrenan a sus hijas para evitarlo. ¿No es así, Zeni?

—¿Eh? —preguntó la niña pegándole un bocado a uno de los troncos.

—Nada, es igual —el chico puso una cara rara; deduje que se estaba acordando de Cirnaria y de la que liamos allí—. Reconócelo, Ikibi. Te has confundido.

El Ikibi contestó con uno de sus gruñidos para luego cambiar de tema, interesándose por el camino que debía escoger para llegar a no sé qué valle. Marla, tras entregarle un panecillo a Zeni, le indicó el camino al animal.

Mientras esperaba a que aquellos dos terminaran, me dediqué a mirar embobada aquel bosque en el cual no entraba ni un solo rayo de luz ni salía ni un solo ruido. Si lo que me habían dicho era verdad, allí libraría mi primer combate en serio. No me gustaba la idea; si Eveïn le había advertido a su lugarteniente de que veníamos hacia su bosque, lo tendría chupado para tendernos una emboscada.

Seguí un rato con lo mío y, cuando quise darme cuenta, el Ikibi ya se alejaba trotando tan tranquilo como si las palabras “adiós, hasta luego” no sirvieran para nada. La verdad es que creía que Marla se volvería con él, pero entonces recordé lo del teletransportador de su padre. “Claro”, pensé, “ahora lo usará para regresar a su casa y listos”.

Respiré hondo y mostré mi mejor sonrisa para despedirme de Marla, cuando me fijé en que ella escondía su collar entre la hierba.

—¿Qué haces? —pregunté, temiéndome la respuesta.

—¿No lo ves? —dijo levantándose y colocándose bien el vestido—. Me vengo con vosotros. Y si llevo el teletransportador seguro-seguro que me escapo a la primera.

No sé por qué pero me lo imaginaba. Giré la cabeza hacia Pepe y Zeni para ver qué opinaban ellos; no parecía importarles mucho que Marla corriera peligro, pero a mí sí. Lo malo era que no se me ocurría nada para convencerla de lo contrario. Y de repente sucedió lo inesperado: Marla se nos acercó a Pepe y a mí y soltó sin avisar ni nada:

—¿Sois novios?

Casi me caigo del susto. ¿A qué venía eso ahora? Como a Pepe no le salía ni una palabra de la boca, y no porqué no lo intentara sino porqué mira, no le salía y ya está, yo le dije que no, que no y que no. No sé de dónde había sacado esa idea.

—Ah, menos mal —me comentó Marla apoyando su mano sobre mi hombro—. Te iba a aconsejar que cortaras con él pero así me dejás más tranquila.

—¿¡Pero tú de qué vas!? —gritó Pepe sin acabarse de creer lo que había oído—. ¡Lo normal es decir que hacemos buena pareja o algo así, ¿no?!

—Ya basta —les corté un poco incómoda—. Marla, no cambies de tema. ¿No te has enterado todavía? Ahí nos espera uno de los lugartenientes de Evein. Podríamos... podríamos morir ahí dentro.

—¿Yyý? Que yo sepa eso va por todos, ¿no? ¿En qué soy yo diferente, eh, eh?

“Ups, una pregunta con trampa”, pensé. Si le contestaba la verdad ella se sentiría ofendida, y más con su carácter, así pues opté por aclararle porqué sí íbamos los demás: Pepe no me preocupaba ya que él sólo nos guiaba y ya me había demostrado que su especialidad era salir por patas y a Zeni la protegía su madre. En resumen, que por muy Diabla Negra que fuera no estaba preparada para algo así.

—Yaaá —renegó Marla golpeando el suelo con el pie—. Ya lo sé, no soy tonta. Es que... es que... mamá es una borde y siempre me dice que tengo que actuar como una niña mayor y yo ya no soy una niña, tengo casionce años. Y papá va y suelta: “ay, mi niñita pequeñita” y no, que no puede ser, porqué yo, ¿eh?, soy responsable y puedo hacerlo yo sola si quiero y me da la gana. Porqué encima, si me lo hicieran sólo en casa, pues vale, pero encima delante de mis amigas, eso sí que no.

—¿Soy yo la única que no ha pillado nada de nada? —le susurré a Pepe.

—Ey, ¿qué más da? —respondió el chico sin disimular—. Si su deseo en la vida es apuntarse, que se apunte.

—¡Ayyy, ya valeee! —se quejó Marla—. Es que... es que yo... yo no sé explicarme tan bien como tú, Astrid, pero es que... es que tú... tú no eres la única que tiene algo que demostrarse a sí misma.

—Ahora sí que te he entendido —le sonreí.

Ella me devolvió la sonrisa y, después de obligarla a prometerme que huiría si las cosas pintaban mal, nos decidimos por fin a entrar en el bosque. Fue cuando vi a Zeni un poco rara; no parecía hacerle mucha gracia meterse allí dentro. Me extrañó bastante ya que ella siempre hacía lo mismo que nosotros sin chistar, incluso cuando nos enfrentamos a Nebral. Yo le pregunté si le ocurría algo y ella me contestó que no con la cabeza, aunque la cara decía lo contrario. No sé por qué no le di importancia; si lo hubiera hecho quizá no hubiera pasado lo que pasó.

9-2

Ya desde el principio aquel bosque me cayó mal, tan lleno de árboles gordos, retorcidos y por si fuera poco apiñados unos sobre los otros; resultaba muy complicado avanzar en línea recta. Además sólo se oían nuestras pisadas resonando como si camináramos por una cueva y, a pesar de que ya casi era mediodía, apenas se veía nada.

Pepe se situaba delante y Zeni cerraba la fila. Yo me encontraba en medio junto con Marla que, con la mochila a cuestas, me explicaba muy bajito lo que su padre le había contado de aquel bosque. Claro que, con su *gran habilidad para la conversación*, costaba pillar algo. Bueno, algo sí; como por ejemplo que, siglos atrás, en aquel sitio

vivían muchos animales y plantas diferentes, hasta que los árboles evolucionaron demasiado bien y se los pulieron. Ahora sólo quedaban ellos y su único alimento consistía en los restos podridos de sus propios compañeros, como si el bosque se devorara a sí mismo. Es lo que sucedía cuando una especie dominaba demasiado sobre las otras.

—Callaos de una vez –susurró Pepe con energía.

Nosotras hubiéramos continuado con la charla, pero la verdad es que el chico tenía razón. No estábamos de paseo ni mucho menos, así que intenté controlarme y decidí imitar a Zeni que nos seguía con la vista fijada al frente y con estilo militar. Sin embargo Marla no paraba de agitar los brazos de un lado para otro; casi me ponía más nerviosa ella que todo lo demás.

—¿Quieres parar ya? –explotó por fin Pepe, alzando la voz a pesar de sus esfuerzos por evitarlo.

—Déjala, hombre –le recriminé. También iba a insinuar que era normal; una niña como ella necesitaba distraerse con algo para aliviar la tensión, pero si lo hubiera dicho se habría enfadado aún más.

Marla, como adivinándome el pensamiento, nos soltó que no era lo que nos imaginábamos y que en realidad se movía mucho porque la habían acostumbrado a realizar ejercicios a esa hora con su padre.

—¿Ah sí? –se burló Pepe, rompiendo sus propias normas-. ¿Y qué haces? ¿Veinte mil flexiones?

—No, sólo dieciocho mil. Eso sí, con mi papá subido a mi espalda, ¿eh? –a Pepe y a mí casi se nos disloca la mandíbula de tanto que abrimos la boca; fue cuando Marla descubrió que aquello se trataba de una proeza-. ¡Ja! Seguro que os pensabais que yo era una vaga inútil, ¿eh, eh? Pues que sepáis, ¿eh?, que de eso ni hablar.

Desde luego, cuanto más se alejaba de su papaíto más impertinente se volvía, con lo tímida que se la veía al principio. Claro que también le temblaba un poco la voz, así que quizá no fuera por eso.

Ella, sin darnos tiempo a reaccionar, contestó usando su increíble habilidad para hablar a toda pastilla y sin orden aparente que su padre la obligaba a entrenarse para ahorrarle problemas de mayor, ya que las Diablasas Negras desarrollaban una barbaridad los tendones y los músculos de los brazos y demás y claro, si se le atrofiaban, pues eso, mal rollo.

—No... no había caído en ello –comentó Pepe muy serio-. Por muy pija que sea sigue siendo una Diablasa Negra.

—Oyeee, que yo no soy pijaaa.

Más que harta, les obligué a callar y añadí que nos estábamos relajando demasiado; tras echarse las culpas mutuamente acabaron haciéndome caso. La verdad es

que a los dos minutos me arrepentí: aquel silencio me resultaba insoportable. El corazón me latía cada vez más rápido y sentía un nudo en la garganta y también en el estómago, como si la comida me hubiera sentado mal. Pepe lo notó y me soltó:

—No te preocupes. Es normal. Éste será el primer combate en el que te jugarás la vida.

—Gracias, hombre, eso me ayuda un montón —le dije en un tono sarcástico.

—No seas así. En la prueba de Nebral te encontrabas peor y lo superaste. Ahora te pasará lo mismo.

Me sorprendió y no tardé en sonreírle y agradecersele. Pepe le quitó importancia, agachando la cabeza y sonrojándose un poco mientras Marla se reía con disimulo. “Bah, a mí que no me líen”, pensé. Le hubiera dado mil vueltas durante un buen rato de no ser por el ruido de un cuerpo desplomándose en el suelo. Al girarme vi a Zeni inconsciente.

En seguida los tres fuimos hacia ella; justo cuando iba a tocarla, Pepe me cogió la mano advirtiéndome de que no lo hiciera: Zeni todavía llevaba su armadura dorada y su defensa eléctrica se había vuelto más potente que nunca; eso quería decir que sólo dormía.

—No lo entiendo —susurré—. ¿Así, sin más?

—No ha sido natural. Las Zechnas son alérgicas al polen de Hongo Azul: les afectan a los sentidos. Si se exponen mucho rato se desmayan. Marla, ¿te pica la nariz? —ella asintió con la cabeza—. Ya no hay duda posible: a las Diablas Negras también las influye. Al final el Ikibi había acertado de lleno. Lo que no sé es por qué Zeni no se ha percatado antes. En teoría sus madres las enseñan a evitarlo.

—¡Es verdmfrg! —grité al tiempo que Pepe me tapaba la boca—. Perdón. Quiero decir... es verdad; Zeni estaba un poco rara y...

—Ahora ya no importa. Movámosla entre los tres hasta ahí delante —señaló Pepe con su espada negra a una zona sin árboles—. Aquí somos presa fácil para una emboscada.

Fue más sencillo decirlo que hacerlo: la barrera que cubría la piel de Zeni se había intensificado una barbaridad; incluso Marla tenía problemas para agarrarla sin electrocutarse ya que también escocía por donde carecía de armadura. Al llegar al centro del claro, dejamos a Zeni tumbada boca arriba. Lo siguiente consistía en localizar a su madre. Las Zechnas adultas siempre seguían a sus hijas de lejos para protegerlas en caso de un peligro muy grande, como ya me contó Pepe en Cirnaria, y Zeni corría el riesgo de quedarse dormida eternamente si no la sacábamos pronto de ahí. Lo malo era que por culpa del polen de Hongo Azul la madre se habría desorientado y no nos detectaría hasta que éste no se disipara.

Decidimos que Marla se encargaría de trepar a un árbol a ver qué descubría y Pepe insistió en que yo la acompañara para echarle una mano y bueno, para vigilar que nadie la atacara; mientras, él cuidaría de Zeni.

Tras esconder la mochila en un rincón, avanzamos las dos pasito a pasito, una contra la espalda de la otra. Sólo me distraje durante un segundo, justo cuando ayudaba a Marla a subirse sobre una rama. De repente se notó un pequeño temblor de tierra y Marla perdió el equilibrio y cayó al suelo. Se oyó el grito de Pepe y me giré; un hombre gigantesco lo había cogido a él y a Zeni con una sola mano como si fueran muñecos de juguete.

Era un tipo gordo, barbudo y con melenas y el doble de alto que mi padre, aunque bastante más paticorto. Vestía ropa de leñador o de cazador, con su chaqueta, botas de piel y un gorro a juego. Pero había dos cosas que destacaban más que ninguna otra: una hacha enorme de doble filo que le sobresalía por la espalda, y su barriga, un agujero oscuro con barrotes, como si fuera una prisión.

La verja de su abdomen se abrió y metió dentro a Pepe y a Zeni con rapidez, cerrando la celda de nuevo; supuse que la niña le habría quemado los dedos.

—Muy buenas, señoritas —dijo el barbudo agarrando su hacha—. Soy lugarteniente de la señora Axracsé; Eveïn, para los enemigos de poca monta. Pero vayamos al grano: mi señora me ha encomendado dos trabajos y uno de ellos es ejecutarla a usted, señorita Astrid.

9-3

Aquello no pintaba nada bien: nos encontrábamos en medio de un bosque que riete tú de los que salen en las pelis de miedo, enfrentadas a un tipo más del triple de grande que las dos juntas y con un hacha capaz de cortar un coche por la mitad sólo con dejarla caer. Para acabarlo de rematar, Zeni, la más fuerte del grupo, se había desmayado y estaba encerrada junto con Pepe, el cual, por muy borde que fuera, también era el más experimentado. Por otra parte Marla se había quedado inmóvil detrás de mí con los brazos pegados al cuerpo y las manos en la boca; vaya una ayuda. Bueno, no es que yo tuviera aspecto de súper heroína pero al menos no se me notaba tanto. Eso sí, he de reconocer que yo tampoco sabía cómo reaccionar; ya conocía el peligro que corría, más o menos, pero una cosa es imaginártelo y otra vivirlo. Y el que un gigantón rapte a tus colegas y te diga que te va a liquidar, pues resultaba bastante duro, la verdad.

Fuera como fuera, yo necesitaba unos minutos para desbloquearme; así pues decidí darle conversación:

—Perdone señor. ¿Es usted el responsable de lo del polen de Hongo Azul? Y ya de paso, ¿Eveïn por donde anda? Y... y... esa hacha tan molona, ¿se la ha comprado en el Corte Inglés®?

—Ah, la vieja táctica de ganar tiempo —habló en un tono tan amable que me estremeció—. A pesar de que se percibe una pizca de desesperación en su voz, es agradable conocer a alguien tan joven aplicando semejantes trucos.

No se le veía con la intención de atacarme, al menos no en seguida, pero a pesar de eso no me quitaba los ojos de encima; entendí que si me movía un milímetro me partiría en dos.

—De todos modos —continuaba el barbudo con lo suyo—, soy demasiado educado como para no contestar a las preguntas formuladas por una señorita que va a morir.

—¡Pero sí tan cobarde como para utilizar el polen de Hongo Azul! —le gritó Pepe desde su barriga-prisión mientras Marla todavía se ocultaba detrás de mí.

—Te equivocas, chaval. Como ya he indicado al principio, mi señora Axracsé me ha encomendado dos tareas: una de ellas es borrar de la existencia a la discípula de Kraizent y la otra comprobar si la mamá-Zechnas es capaz de soportar el impacto de mi hacha, la séptima y más poderosa de las Ogudrev. Lo primero será aburrido y lo segundo, emocionante. Primero el trabajo y luego el placer.

—Un momento —me metí—. No entiendo por qué.

—No le servirá esa estrategia; está usted condenada, señorita Astrid. Es obvio que es usted un estorbo para mi señora Axracsé. Ella dictaminó que la detuviera a usted aquí por si La Costilla del Dragón se ubicaba en El Templo de las Cien Puertas Malditas, lo cual...

—Eso ya me lo imaginaba —le interrumpí—. Me refería a lo de atacar a la madre de Zeni.

—Ni idea, son órdenes y punto. No me complico la vida cuestionándolas. Ahora, si no es mucha molestia, permítame cumplir con mi obligación de ajusticiarla y dedicarme a lo importante de verdad.

“¿Y lo suelta así como si nada?”, me enfadé y asusté al mismo tiempo, “¿Es que mi vida no tiene ningún valor?”. Como ni Marla ni yo no reaccionábamos, El barbudo levantó su hacha lentamente dispuesto a eliminarnos y yo era incapaz de moverme. “Tranquila, Astrid”, me dije, “a una de malas, siempre puedes recurrir a Shag-Laah”. Creía que el brazalete-anillo bastaría para ganarlo; qué tonta fui. En cualquier caso, no me apetecía desperdiciar un ataque de los cuatro disponibles. Entonces me fijé en una pequeña bolsa que llevaba colgando de la cintura y de la cual salía un polvo brillante y azulado y se lo señalé a Marla preguntándole si eso era lo que me imaginaba.

—Sí —asintió ella—. Ese es el polen que me pica en la nariz. ¿Por?

—Por nada. Pero necesito que me distraigas un momento al barbudo.

Pepe, por su parte, sacaba la cabeza por entre los barrotes tratando de romperlos de ochenta formas diferentes: con su guante-espada, con la pierna, los dientes... y al ver que como que no, protestó con su inconfundible estilo desagradable:

—Bueno, ¿qué? ¿Me ayudáis o seguiréis mirándome con cara de niñas desconsoladas?

—¡A que te quedas ahí! –gritó Marla de manera que casi me deja sorda.

Los dos se liaron a discutir, el barbudo desvió su atención y yo no desaproveché la oportunidad: lancé una bola de fuego hacia su bolsa de polen y la quemé. Admito que fui un poco cobarde ya que pretendía que la madre de Zeni nos salvara como en Cirnaria, pero en ese momento no se me ocurrió otra cosa; además, me quería reservar todo el poder de Shag-Laah para Eveïn. Pero para mi sorpresa, aquel tipo ni se inmutó.

—Buen intento a la par que inútil, señorita Astrid –comentó el barbudo con tranquilidad–. Con la cantidad de esporas que residen en el ambiente y la posición actual de la mamá-Zechnas, calculo que dicha señora tardará un cuarto de día Nperiano en hallar nuestra situación geográfica.

Me recordaba a mi profe de mates, el cual se esforzaba para que no le entendieran ni los empollones. En fin, aquello me convenció de que mi única opción consistía en usar a Shag-Laah, así pues me lo saqué del bolsillo, me lo acoplé en la muñeca y cuando la araña me mordió el dedo lancé mi hechizo lo más deprisa posible:

—¡Fuego y hielo!

Aquel tipo, rápido pero con calma, plantó su hacha frente a sí mismo y pronunció unas palabras muy raras. El hacha se iluminó y, soplando un fuerte viento, apagó las llamas y el barbudo resistió el impacto de la escarcha sin que se le congelara ni un pelo de la barba.

—No... ¡No es justo! –me quejé.

Pepe, bien agarrado a los barrotos, me explicó como si yo fuera tonta que a aquel hombre le rodeaba una barrera de energía que le protegía de un tipo de magia y que el viento de su arma dispersaba el otro.

“¿Una barrera?”, pensé, “conozco un hechizo contra eso: el Shiokatón.” Invocándolo, corrí hacia el barbudo y salté, convirtiéndome en un misil humano. Al principio funcionó ya que noté como atravesaba sus dos escudos. Sin embargo el hechizo no daba para más y me paré en seco, quedándome inmóvil y flotando a dos centímetros de su cara en plan colibrí.

“¿Y ahora qué? ¿Le meto un dedo en el ojo?”, me dije. Antes de que yo pudiera reaccionar, me pegó un manotazo como quien espanta a una mosca. Por suerte mi traje me protegió del golpe y reboté contra el suelo sin que apenas me doliera, aterrizando junto a Marla de pie, tan mareada que casi me caigo otra vez. Yo no sabía qué había pasado pero claro, ahí estaba Pepe para aclarar las cosas con su amabilidad habitual:

—¡¿Cómo te atreves a cometer semejante tontería, niña?! Ya te advirtió Nebral que el Shiokatón no es aplicable en un combate real. Y resulta imposible combinarlo con otros sortilegios. ¿Y a ti te ha entrenado el Guardián de Secr...?

—¡Cállate ya! –le ordené, poniéndome bien las gafas–. Así no me ayudas, ¿sabes?

Lo que yo me preguntaba era que, si no me servía, ¿para qué me lo había enseñado Kraizent? De todas formas, eso no importaba ahora; y encima el barbudo me miraba de una manera que no me gustaba. Cuando le iba a exigir que ya basta, me soltó:

—Un traje Lim-hé, con un sistema de adaptación perfecto que mejora los movimientos y una defensa casi indestructible. Quiero esa maravilla.

Y de repente, el barbudo alzó su hacha con las dos manos hasta dejarla detrás de su cabeza y luego la estampó contra el suelo, partiéndolo en dos. Mientras la tierra se abría bajo mis pies, una enorme onda de luz surgió del hacha y vino hacia mí. Intenté saltar, pero ya me caía al vacío. Entonces Marla me agarró del brazo, estiró y caí sobre ella al mismo tiempo que los árboles se convertían en astillas.

—Astrid, tu brazo —me dijo Marla tras levantarnos del suelo.

Yo, como despertándome, vi que mi manga izquierda se había roto. No se perforó ni con las agujas de piedra de Nebral y este tío, sin rozarme ni nada, me había rasgado el vestido.

—Vaya, cuánto lo siento, señorita Astrid. Calculé que mi hacha le robaría a usted la vida sin dañar el traje. Buscaré otro método.

Noté como si me golpearan por dentro; me sentía tan impotente como frente a Nebral, pero al menos ese día me acompañaban Pepe y Zeni. Entonces Marla apoyó su mano en mi hombro; le temblaba más que a mí:

—Venga, Astrid, ánimo —se esforzó por sonreír—. Si no lo conseguimos nunca podremos demostrar que valemos.

—Sí, es verdad —asentí, tragando saliva y secándome los ojos—. Además, todavía nos queda una posibilidad.

“Espero que esta vez funcione”, reflexioné, “y con que Marla aguante un solo segundo será suficiente”.

—Le propongo un trato, señorita Astrid —comentó entonces el barbudo como sintiendo lástima por nosotras—. Usted deposita su traje Lim-hé en el suelo y yo le permitiré salir corriendo. Dispone de una fracción de día Nperiano. ¿Le parece a usted bien?

Utilizaba un asqueroso tono paternalista; como lo odiaba.

—Oye, tú —me indigné—. Que tenga doce años no significa que sea tonta.

—Faltan tres cuartos de fracción, señorita Astrid.

No lo necesitaba, ya había tomado una decisión. Miré a Marla y le recordé su promesa de huir en estos casos. Ella se enfadó sin entender a qué venía aquello hasta que le susurré mi plan al oído y luego le dije en voz bien alta que buscara a la madre de

Zeni mientras yo entretenía al barbudo. Marla, tras saludarme como si fuera un soldado, dio media vuelta y se metió entre los árboles.

—¡Vete, Marla! –grité para que el gigantón me oyera-. ¡Si yo fallo, tú serás la última esperanz...!

—Muy teatral –me interrumpió el barbudo-. ¿Qué pretende, señorita Astrid?

—Una apuesta a cara o cruz –me puse frente a él y procuré dominar mi respiración-. Cuando te concentras para lanzar esa onda de choque tu barrera de energía se desvanece; además, no puedes hacer eso y crear un escudo de viento al mismo tiempo. Si uno de mis hechizos dobles te golpea en ese momento te tumbaré. ¿Jugamos a ver quién es más rápido?

—Se trata de una cuestión de precisión más que de rapidez, señorita Astrid –se tocó la barba pensativo-. Así que un enfrentamiento directo, ¿eh? Bien, como desee, señorita Astrid. Aunque es una lástima malograr un traje tan valioso.

—¡No, no lo hagas! –gritó Pepe con una desesperación que me sorprendió-. ¡En cuanto la magia salga de tus manos, él la partirá en dos con su hacha y te matará!

Le ignoré y me concentré; ya me había resignado a desperdiciar otra de las cuatro tiradas del brazalete-anillo. “Las otras dos me las he de reservar para Evein como sea”, me dije al realizar el conjuro:

—¡Fuego y hielo!

Como la vez anterior, el barbudo alzó su hacha con las dos manos hasta dejarla detrás de su cabeza. Entonces, cuando se disponía a bajarla, Marla apareció por su espalda y le atrapó los brazos. El barbudo, con la cabeza atrapada entre sus bíceps, intentó liberarse pero la bola roja y azul impactó de lleno en su cara. Se tambaleó un par de segundos y cayó boca arriba, provocando un pequeño terremoto que casi me hace perder el equilibrio.

Corrí hacia ellos y de un bote me subí al pecho del barbudo. Marla estaba bien; se limpiaba el vestido enfurruñada, de pie y al lado del hacha que se había incrustado en la tierra, soltando en voz baja sus habituales incoherencias.

—¿Le ha gustado mi plan, señor guerrero? –presumí ante Pepe, el cual permanecía agarrado a los barrotes para no caerse al fondo de la prisión.

—Ba... bastante acertado –balbuceó con cara de pasmo-. Pero no os quedéis ahí embobadas. Sacadme antes de que se despierte.

Sí, a Pepe también se le veía en forma. Y Zeni seguía dormida en un rincón, hecha un revoltijo de brazos y piernas. Ya sólo faltaba romper la celda.

Marla saltó a mi lado, abrazó tres barrotes y apretó mientras yo le cogía de la cintura y estiraba. Al principio yo temía hacerle daño y no tiraba muy fuerte, pero Marla tenía la barriga dura como una piedra y además se quejaba de que no me esforzaba, así

que fui a por todas. Pronto aquello empezó a ceder gracias a una ayuda inesperada: el barbudo nos había agarrado con una de sus manazas y se nos llevó con él, rompiendo su propia prisión.

El gigantón, con nosotras dos encerradas en su puño, se levantó medio-mareado y Pepe aprovechó la ocasión para escapar con Zeni. Lo siguiente que pasó no lo vi bien: la cabeza de Marla me tapaba la vista y su cabello duro se me metía por la boca. Lo peor era que el barbudo cada vez nos apretaba más y más y respirar se convirtió en mi única prioridad.

CAPÍTULO 10 ESPECIAL (AHORA LE TOCA A PEPE) (LA GRAN BATALLA DEL PEQUEÑO HÉROE)

10-1

Qué manía tiene esa niña con llamarme Pepe todo el rato. Mi nombre es Koiwefar. Koiwefar El-ñeirt. ¿Tan difícil es? No la soporto, en serio.

Aún así, al ver a Astrid atrapada por la mano de ese bruto he sentido una punzada en el pecho y sí, vale, también me ha disgustado que cogiera a Marla, pero vaya, más me ha afectado lo de Astrid, no sé porqué. Sin embargo no tengo tiempo para sentimentalismos: ha llegado el momento de que el héroe se gane su título.

Cuando dejo a la pequeña Zechnas en el suelo, el gigantón no se ha recuperado del todo: a duras penas se sostiene en pie, su hacha ha quedado fuera de su alcance y mantiene ambas manos ocupadas. Con la derecha se frota su cara amoratada y en la izquierda sus dos invitadas le hacen la vida imposible: Astrid no para de gritar y patear y Marla le muerde en el dedo pulgar con su mala leche de siempre. No encontraré una ocasión mejor para atacar. Salto con mi espada por delante para ensartarle el corazón, pero me saca de en medio de un manotazo y consigo aterrizar sin matarme de puro milagro.

—Buen intento, Colmillos Negros. Ahora retírate.

—¿Qué? Ey, gordibarbás, aquí quien tiene que retirarse eres tú. Además, ¿por qué me vienes ahora en plan perdonavidas?

—No me gusta repetirme —¿Qué no le gusta repetirse? ¡Si es lo único que hace!—. Ya he mencionado que mis dos tareas de hoy son matar a la señorita Astrid y enfrentarme a la mamá-Zechnas. Tú sobras, chaval.

Vale. Si lo que pretendía esta mole era cabrearme, lo ha bordado. Entono mis hechizos: primero uno de oscuridad en las piernas para limitar sus movimientos y luego otro de luz a su derecha para distraerle. Cuando descubre mi maniobra, yo ya estoy en el aire con el Sol a mis espaldas. Pero el tío planta a Astrid en mis narices y aprovecha mi indecisión para estrellarme de nuevo contra el suelo. Maldito tramposo miserable.

—Curiosa actitud para un Colmillos Negros —me larga con prepotencia—. Se suponía que vosotros abandonabais los combates cuando carecíais de posibilidades de vencer.

Ups, ahí me ha pillado. Eso es lo que siempre me decía mi maestra. Ella, una de las mejores Xriterk de la historia, con su larga melena negra y trenzada y su arma en forma de arco que le cubría el brazo entero, me lo recalaba con una insistencia casi enfermiza. Solía hacerlo después de darme la paliza de antes de la cena, normalmente en el prado de las estacas junto el lago blanco. Pero aquella vez fue especial:

<<—*Recuerda bien esto, Koiwefar: un Colmillos Negros nunca pelea si es consciente de que va a perder.*

—*Síiiii —asentí yo, no muy conforme. Ella se percató de mis dudas y se arrodilló frente a mí mientras yo le apartaba la vista.*

—*¿Qué te molesta, Koiwefar?*

—*No, no es nada, maestra —la miré de nuevo y supe que no la podía engañar—. Es que... me parece muy cobarde. Y todos dicen que somos unos rajados que fuimos a las primeras de cambio.*

—*Sí, es verdad. Y también dicen que somos los mejores guerreros, después de las Zechnas. Y no porqué seamos los más fuertes, sino por nuestra habilidad para analizar una situación de peligro y tomar la decisión adecuada. ¿Consideras una decisión adecuada enfrentarte a un rival imposible y más si ello implica sufrimiento o incluso tu muerte? —suspiré y negué con la cabeza—. Un enemigo imbatible es como un callejón sin salida. Y cuando uno se encuentra en un callejón sin salida, lo mejor es dar media vuelta... ¡Y luego volver con un tanque! Vaya, que es mejor retirarse a tiempo y regresar cuando estés preparado.*

—*Sí, maestra. Ya lo entendí la primera vez —le reproché, cansado de que me repitiera lo mismo de mil maneras distintas.*

—*Así me gusta —sonrió. Luego, al ver que ya me había convencido, se levantó y adoptó una pose más seria y también más triste—. Sin embargo, existe una excepción: si tu retirada implica la muerte de alguien, sobre todo si ese alguien es importante para ti. Recuerda bien esto, Koiwefar: el que se juega la vida sin importarle lo que le pase, es un irresponsable; el que se juega la vida para complacer a los demás, es un idiota; y el que se juega la vida para salvar otra vida, es un héroe.>>*

Astrid todavía aguanta, en gran parte gracias a su traje, y se preocupa más por escupir los pelos de Marla que por otra cosa. Pero no durará mucho: cinco o diez minutos máximo.

Yo... yo no acabo de comprender a esta chica ni tampoco porqué me afecta tanto lo que le ocurra. Sólo es una niñata humana que conozco desde hace dos noches, siempre me llama Pepe y todos tenemos que hacer lo que ella dice. ¡Ni que fuera la jefa!

Aunque reconozco que me ha sorprendido: frente a Nebral y frente a este gigantón; e incluso en Cirnaria ha actuado con una destreza e intuición admirables. Muchas veces, cuando uno cree que se va a hundir en la desesperación, ella renace y demuestra una determinación tan impresionante que hasta da miedo. No, no la entiendo: es como si... como si intentara ser lo que no es, peleando contra su propia debilidad.

Sonríó. De alguna forma, me recuerda a mí mismo.

No sabría explicarlo con palabras pero... lo que siento es que si huyo ahora me arrepentiré para siempre. Y de eso ¡ni hablar! Ahora que ya he tomado mi decisión, me pongo erguido delante de ese mastodonte, le apunto con mi espada y le enseño mis cuatro colmillos negros:

—Eh tú, gordibarbás. Yo soy un héroe. Así que ya estás soltando a mis chicas sino quieres ser mi próxima víctima.

10-2

Bueno, a ver; ¿qué me falta? He chuleado, he mostrado mi genial pose de guays... ya sólo me queda liberar a esas dos. Vaya, ¿por qué será que siempre me dejo lo más difícil para el final?

Basta, no es el momento de dudas. Ahora he de aplicar lo que me enseñó mi maestra.

<<No te precipites si no es necesario. Recuerda: observar, pensar, actuar>>

Me relajo y abro mis sentidos. Mi rival se encuentra en el centro del claro del bosque y a ocho metros y treinta y dos centímetros de mí. Su respiración y su pulso son normales.

<<Todo tiene una explicación: pregúntate por las acciones de tu enemigo>>

No me ha atacado porque teme perder; si no ya me habría quitado de en medio.

Es incapaz de coger su arma; si no ya la habría usado.

<<Fíjate en las debilidades de tu rival>>

Mantiene la mano izquierda ocupada así que sus movimientos son limitados. Y sin su hacha, el daño que puede ocasionarme es mínimo.

<<Siempre dispones de alguna ventaja. Descúbrela>>

Soy más bajo y más rápido, lo que me permite introducirme en sus defensas.

<<Deja de lado tu orgullo y concéntrate en tu objetivo real>>

Mi objetivo no es derrotarle, sino rescatar a Astrid; vale, y a Marla.

<<Si ya te has asegurado de todo, muévete antes que tu adversario y ganarás>>

¡Vamos allá!

Corro hacia él y ataco su lado derecho, lanzando mis hechizos de luz y oscuridad. Intenta cogermé, lo esquivo y se desequilibra. Giro sobre mí mismo golpeándole con mi espada en el costado izquierdo. ¡Eres mío! Del dolor, ese gordibarbás liberará a las dos. Me preparo para agarrar a Astrid pero ella sigue atrapada. ¡Imposible! ¿Por qué, si mi maniobra ha sido perfecta? Sin permitirme ninguna otra acción, el gordibarbás me endiña una patada y salgo disparado varios metros hacia atrás.

—Excelente, sí señor —me dice mientras me incorporo a duras penas—. He de reconocer que temía esa artimaña por tu parte. Por fortuna, tu nivel de Colmillos Negros es inferior a lo que suponía. Ni siquiera tu Sreiderth es auténtica.

Es cierto, maldita sea. Si al menos mi arma fuera mejor...

<<*No te distraigas con tus carencias*>>

Ya, pero... es que carezco de lo básico. ¿Qué hago? Lo más inteligente es retirarme: no lo heriría ni reuniendo toda mi energía en un punto y aunque consiguiera tumbarlo no las soltaría. Ya me ha vencido.

Un angustiante grito femenino me saca de mis pensamientos: el gordibarbaprieta con más fuerza a las chicas, que patean inútilmente. Normal, ya no soy una amenaza para él así que se concentra en matarlas. Además lo hace con una sola mano, controlándose con la otra. Es bueno. Sabe que la victoria es suya y no se quiere arriesgar.

Marla todavía aguanta. Se nota que es una Diabla Negra. Astrid, sin embargo, tiene la mirada perdida. Sin su traje ya habría muerto asfixiada, pero no tardará en desmayarse y luego... luego... Maldita sea. ¡No puedo rendirme! He de actuar ¡YA!

Necesito perspectiva. Retrocedo unos pasos y tropiezo con Zeni. Ya no me acordaba de ella; si esta pequeña continúa mucho rato más respirando el polen de Hongo Azul acabará mal. Su madre irá desesperada por encontrarla. Ahora que lo pienso, este mastodonte comentaba algo de enfrentarse más tarde con la Zechnas adulta. Mil a una que le falta un tornillo; buscar pelea con una... Un momento. Sí, creo que funcionaría.

Ajusto mi Sreiderth Inis (guante sólido) para sacar un poco los dedos de la mano izquierda y de esta manera agarrar con más facilidad a Zeni. Lo hago por encima de sus tobillos, que es por donde menos me perjudica su barrera. Aún así, esto escuece bastante.

—¿Huirás con ella? —se ríe el gigantón—. Ridículo. Con tu experiencia deberías saber lo fútiles que...

—Es indispensable para tus “nobles propósitos”, ¿verdad? Pues ven a por ella, gordibarbaprieta.

Tal y como había planeado ese bruto corre hacia mí, eso sí mucho más rápido de lo que esperaba. Me vuelvo en dirección al bosque arrastrando a Zeni justo cuando él trata de aplastarme con su pie. Lo esquivo, levanto a Zeni y la utilizo como si fuera un hacha para machacarle las costillas a ese mastodonte.

—¡Qué, gordibarbaprieta! —grito al asestar mi golpe magistral—. Tus escudos sí que resultan inútiles ante la armadura de una cría de Zechnas, ¿eh?

No oigo su respuesta, sólo su chillido de dolor. ¡Victoria!

10-3

El gordibarbás abre su puño y suelta a las dos chicas. Como sigo girando con Zeni, la lanzo hacia arriba para liberar las manos. A la pequeña Zechnas no le pasará nada aunque aterrice de morros contra una roca, su armadura la protegerá, pero si Astrid o incluso Marla caen en mala postura, se matarán.

La primera es Marla; la atrapo con suavidad utilizando el brazo de la espada y la dejo en el suelo mientras uso el derecho para agarrar a Astrid. Ella, cerrando los párpados con fuerza, respira muy deprisa y casi no puede hablar. Así que acerco la cara y me dispongo a decirle algo profundo:

—Astrid... em... Tú bien, ¿sí? Y... y me alegro. Por eso yo... em... salvarte. Sí.

Muy bien, Koiwefar. Un discurso apoteósico, sí señor.

Ella traga saliva y entreabre los ojos. Ya se está recuperando. Dudo que me haya oído, así que lo intento de nuevo:

—Astrid, yo...

Y cuando por fin parece que va a salir algo coherente de mis labios, a Zeni no se le ocurre otra cosa que estrellarse sobre mi cabeza. Genial. Otra oportunidad de oro a freír espárragos.

CAPÍTULO 11 (MADRE NO HAY MÁS QUE UNA)

Al despertar me encontré en una postura un tanto comprometida; cara a cara con Pepe y con su brazo sujetándome la espalda. Me observaba fijamente, como si fuera a confesarme algo importante... cuando Zeni apareció de no sé dónde y electrocutó al pobre chaval. No le dolió demasiado pero le fastidió un montón y como Marla y yo ya nos habíamos recuperado bastante, nos dispusimos los tres a afrontar el último asalto. El barbudo, fresco como una rosa, había cogido su hacha y se le veía más concentrado; por fin nos tomaba en serio, lo cual no es que fuera de una buena noticia.

—He de reconocer que me habéis sorprendido —dijo tocándose las costillas—. No obstante, y gracias a vuestra debilidad actual, me bastarán unos instantes para eliminaros y proceder al plato principal.

—¡Ven! —gritó Pepe, agarrando a Zeni de los tobillos y agitándola en el aire—. Te destrozaré con el poder de mi nueva arma.

—¿¡Quieres hacer el favor de soltarla!?! —le ordené.

Pepe pegó un bufido y la puso en el suelo de mala gana y yo me quejé. Sí vale, me obedeció y todo eso, pero es que dejó a Zeni como si se hubiera caído de un quinto piso. Él replicó que a ese bruto había que ganarle de un golpe antes de que nos asestara otro hachazo de los suyos y que al menos le cediera a Shag-Laah, pero no lo hice.

—No temas, Astrid —dijo Pepe, chuleando más de lo habitual—. Conozco los hechizos de luz y oscuridad. Si los conjuro a la vez de poco le servirá su vulgar escudo de viento.

Eso estaba muy bien. A ver quién le decía ahora que me lo había quitado la mole esa. Bueno, al final se dio cuenta él solito y me largó una bronca de aquí te espero.

Mientras yo le tapaba la boca a Pepe, el barbudo se colocó el brazalete-anillo, el cual cambió de tamaño para adaptarse a su muñeca, diez veces más gruesa que la mía. Aunque de poco le servía a parte de impedir que lo usáramos nosotros; aquel hombre ignoraba cómo usar a Shag-Laah. Pepe, al ver que aquello no tenía solución, me suplicó que le permitiera utilizar a Zeni o sino ella misma acabaría mal y nosotros también, claro.

—No te preocupes —le calmé—. Ya sé cómo vencer a ese gigantón.

Les pedí a Marla y a Pepe que se quedaran detrás de mí y que no se movieran por nada del mundo. Luego me encaré al barbudo y, procurando imitar a Kraizent, le desafié:

—Me hubiera gustado solucionar esto de otra manera, no obstante has hecho trampas des de el principio y voy a devolvértela. No pienso ensuciarme las manos con un tipejo como tú.

Él se burló de mí pero yo ni le escuché y pronuncié el mismo hechizo que en Cirnaria: el Remolino de Fuego. Los árboles secos no tardaron en convertirse en antorchas gigantes.

—Patético –gruñó el barbudo y plantando de nuevo su hacha en el suelo, lanzó una ráfaga de viento que apagó el incendio en un santiamén—. Me esperaba más de una aprendiz del Guardián de Secretos. Señorita Astrid, no ha previsto que mi arma extinguiría las llamas y frustraría su intento de evasión.

—¿Qué intento de evasión? Aquí quien va a salir por patas eres tú –reconozco que me pasé de chula, pero quería disfrutar del momento después de lo que me había hecho sufrir ese bruto—. ¿No lo pillas? Con el Remolino de Fuego he quemado la mayoría del polen de Hongo Azul que flotaba en el aire y tú has dispersado el resto con tu viento. La mamá de Zeni no tardará en localizarnos y seguro que se enfurecerá contigo por haber puesto en peligro a su hija.

Fue genial ver cómo le cambiaba la cara. De repente, cuando el barbudo alzó su hacha a toda velocidad, se presentó la Zechnas adulta y el gigantón se detuvo en el acto. Yo sólo la veía de espaldas, pero se notaba en el ambiente lo enfadada que estaba: tanto por la tensión de los músculos de su cuerpo como por lo mucho que brillaba y sobre todo por la expresión de terror de aquel hombre. Todos permanecemos en silencio durante un ratito.

—Una lástima –dijo por fin el barbudo meneando la cabeza—. No esperaba que fuera usted tan rápida en llegar, señora. No es que la subestime, más bien al contrario. Hubiera preferido librarme de estas pequeñas molestias antes de ocuparme de alguien de su categoría. Bien, en tal caso cambiaré el orden de los acontecimientos.

Retrocedió un paso y, cargando todo su peso, se abalanzó sobre ella. Su hacha impactó de lleno sobre el rostro de aquella mujer, provocando un fuerte viento que agitó hasta las ramas de los árboles. Pero ella no se movió ni un milímetro; ni antes ni después de un choque capaz de partir por la mitad a una docena de trenes. Aquel hombre, con la boca y los ojos más abiertos de lo humanamente posible, apartó con lentitud su arma; en el filo se quedó impreso el perfil de la cara de la Zechnas justo antes de que el hacha se partiera en mil pedazos.

Ante esa situación, lo único que pudo hacer el barbudo fue lo que cualquiera en su lugar hubiera hecho:

—Se... se la ve muy joven para su edad, señora. Y con qué elegancia manifiesta usted su monstruosa capacidad destruct...

No sabría decir si utilizó la mano o la pierna, lo que sí sé es que se oyó el sonido de un golpe más potente que un trueno de los gordos y el barbudo salió volando rumbo a lo desconocido. Medio minuto más tarde, la tierra tembló como si una vaca de quinientos kilos se hubiera despeñado allí mismo.

Pepe, Marla y yo lo contemplábamos de lejos y más tiesos que el palo de una escoba; no nos atrevimos ni a pestañear. Zeni ya se había despertado, aunque yo no me enteré hasta que su madre se dirigió hacia nosotros y nos apartamos de su camino sin perderla de vista ni un instante. La Zechnas adulta nos ignoró, como siempre, y se arrodilló ante Zeni que no paraba de temblar con la mirada clavada en el suelo.

—Hija, tus ojos en mis ojos.

—Sí, mamá –respondió la pequeña, obedeciéndola a cámara lenta.

—Ya te advertí sobre el polen de Hongo Azul, ¿recuerdas?

—Sí, mamá –murmuró agachando otra vez la cabeza; la madre la corrigió.

—Tú obligación consistía en haber elegido otra ruta o bien quemar el polen con tu energía, tal y como te enseñé.

—Lo siento, mamá.

La Zechnas adulta siguió sermoneándola, con un tono de voz muy dulce y comprensivo eso sí, mientras la pobre Zeni repetía “sí, mamá”. Bueno, normal; a ver quién le decía que no.

Cuando acabó de echarle la bronca, la madre desapareció y nosotros respiramos de nuevo. Luego Marla recogió su mochila y yo recuperé a Shag-Laah con la colaboración de Pepe: él me explicó que, al igual que las armas del dragón, si nadie sujetaba el brazalete-anillo éste acudiría a la llamada de la última persona que lo había utilizado. Me concentré y Shag-Laah no tardó en venir flotando hasta mi mano y me lo guardé en el bolsillo. Ya listos, reiniciamos la marcha y nos metimos otra vez en el bosque, intentando sin mucho éxito avanzar por aquel laberinto de árboles feos, gordos y apelotonados; casi resultaba más fácil pasar sobre ellos que rodearlos. En el camino, Zeni nos pidió perdón unas cuarenta veces para luego comentar que ella no servía para nada.

—No seas así, Zeni –me esforcé en levantarle el ánimo—. En Cirnaria nos salvaste de...

—Pero yo tuve la culpa de... de todo y y sólo me queréis en el grupo por mi mamá.

Por poco le suelto que... bueno, que era demasiado pequeña para cumplir una misión como ésta sin el apoyo de alguien, pero me di cuenta de que eso sólo lo empeoraría más y me quedé callada sin saber cómo consolarla.

—Y qué más da, ¿eh? –le quitó importancia Marla—. Lo bueno es que tenemos una señora muy fuerte de nuestra parte. Y así seguuuuuuuro que nos cargamos a esa Eveïn.

—Dudo que sea tan simple –la interrumpió Pepe tan serio que Marla no quiso contestarle—. Eveïn no pondrá a Zeni en peligro. Y si lo hace será como parte de una

estrategia. En cualquier caso, no debemos confiar en que la Zechnas adulta vuelva a salir en nuestra defensa. Y lo peor es que no conocemos las verdaderas intenciones de Kraizent.

Todos temíamos que Pepe tuviera razón; aquel barbudo había atacado a Zeni sólo porqué Evein se lo había ordenado. Lo que no sospechábamos era que la madre de Zeni ya no nos ayudaría más. No; ella sólo ayudaría a los planes de Kraizent.

CAPÍTULO EXTRA (EVEIN)

Astrid y los demás ya se encontraban muy lejos de allí cuando apareció en medio de la espesura una mujer de rostro sereno y pálido, ligeramente azulado, labios morados y pelo corto y blanco, con una chaqueta gris estilo militar que le llegaba hasta los tobillos.

Evein avanzaba en línea recta, atravesando los gruesos troncos como si fueran de papel hasta que se detuvo frente a un gigantesco hombre barbudo tumbado boca arriba sobre los restos de un árbol recién aplastado.

—¿Puedes moverte? —le preguntó la mujer con frialdad.

—Ahora mismo no, mi señora. No obstante, mi vida no corre peligro.

—Informe de la situación.

—Lamento comunicarle que las tres chicas y el chaval continúan en perfectas condiciones de salud y desconozco el tiempo que ha transcurrido desde su marcha. Además, tal y como temíamos, la Zechnas adulta es del más alto nivel conocido. Incluso con la Cola de Dragón será usted incapaz de vencerla.

—No importa.

“¿No importa?”, pensó el hombre, “sus rivales la aventajan de mucho y si la Zechnas interviene sus posibilidades de victoria se reducen a cero”. El barbudo realizó un esfuerzo y alzó levemente la cabeza para ver la cara de su señora. Evein apenas mostraba sus emociones; sin embargo, después de colaborar unos años con ella había aprendido a interpretar los ligeros cambios en su rostro. Y esa mirada sólo significaba una cosa: la convicción absoluta de que alcanzaría su objetivo.

Evein siguió andando en dirección al Templo de las Cien Puertas Malditas y, con una leve sonrisa, murmuró:

—Ya sé lo que pretende Kraizent. Y me beneficia.

CAPÍTULO 12 (EL BOSQUE DE LAS ESPADAS)

Caminábamos los cuatro por aquel bosque laberíntico, intentando avanzar hacia El Templo de las Cien Puertas Malditas donde guardaban la Costilla del Dragón, pero muchas veces nos topábamos con un montón de árboles apiñados como si fueran una muralla, lo cual nos obligaba a desviarnos o incluso a retroceder.

Marla sacó de su mochila unos bollos esponjosos para merendar que cambiaban de sabor a cada mordisco. Así pues, paseábamos y comíamos como si fuéramos de excursión, salvo por el hecho de que los ánimos estaban fatal: Zeni miraba hacia el suelo, chocando contra algún que otro árbol mientras picoteaba el bollo y eso que antes se hubiera tragado tres como ese de un bocado. Al chico se le veía más serio de lo normal y no contestaba a las provocaciones de Marla y ni siquiera se quejaba cuando yo le llamaba Pepe. Y yo pensaba en mis cosas fingiendo escuchar el interminable monólogo de Marla. Sí, a la única que se la veía en forma era a ella, pero luego me di cuenta que, cuando paraba de hablar, se ponía a temblar.

“Parecemos una pandilla de críos yendo al matadero”, se me pasó por la cabeza. “No, no. Cómo se te ocurre algo así, Astrid. No puedes hundirte ahora: has aguantado el durísimo entrenamiento de Kraizent, escapado de Cirnaria, vencido a Nebral y superado la trampa del barbudo”. Disimulé un suspiro. “Ya sólo falta enfrentarme a Evein, pero no saldré viva ni de milagro si lo hago. Entonces, ¿por qué Kraizent me envía a mí?”. Me vino a la memoria lo que me había contado Pepe sobre la guerra contra Zérep; aquello de que Kraizent sacrificó a un montón de gente sólo para conseguir información. “Espero que no pretenda utilizarnos para lo mismo”, me asusté, “No, no. Eso es impo...”.

—Aaaala –interrumpió Marla mis pensamientos–. Ay fíjate Astrid como mola.

—¿Y ahora que mosca te ha picado? –le solté de mala gana.

—No... no, nada; es que... es que esto ha cambiado de golpe y...

Tenía razón; de sopetón nos encontramos en un jardín de árboles delgados, altos y bien separados unos de los otros. Era como si alguien hubiera trazado una línea que dividiera los dos tipos de bosque. Incluso las raíces y las ramas de los árboles retorcidos se cortaban bruscamente, detenidas por una pared invisible justo donde empezaban a crecer los demás, los cuales sólo se diferenciaban entre sí en la copa y en el tipo de hojas: unas anchas, otras estiradas, verdes o amarillas, con flores o con fruta... Aunque a mí lo que más me llamó la atención fue que se veía una espada grabada en el centro de los troncos.

—Éste es el Bosque de las Espadas –nos anunció Pepe en plan guía de hotel–. Mi maestra me habló de este sitio. Sin embargo, nunca llegué a visitarlo ni tampoco conozco su utilidad. Sólo que el tipo de arma tallado en la corteza se relaciona con el tipo de árbol.

—¡Anda, es verdad! —exclamó Marla—. Esos de la cabeza alargada también llevan un sable alargado.

—*La cabeza*, como tú le llamas —le corrigió Pepe—, es la copa...

—Vale, vale, colmillitos. Se me ha entendido, ¿no? Pues ya está.

La cosa se animaba de nuevo cuando oímos un ruido y de repente surgió de entre los árboles una mujer-serpiente impidiéndonos el paso. Su cuerpo, más o menos humano pero más grande de lo normal y de colores rojizos, lo protegían unas placas de manera que parecía que vistiera como un faraón; y su cabello, muy abundante, formaba una aureola alrededor de su cabeza. La cola, un tubo granate que empezaba por el ombligo y compuesto por segmentos cada vez más pequeños, se perdía entre la vegetación y no se veía el final.

Se presentó ante nosotros como “La Guardiania del Bosque de las Espadas desde tiempos inmemoriales” y no sé que más, ya que Pepe la interrumpió acusándola de mentir: su maestra le había dicho que por allí no vivía nadie y Pepe confiaba ciegamente en su maestra. Al escucharlo, la mujer-serpiente enmudeció y entonces asomó por detrás suyo un hombre idéntico a ella salvo por el pelo, bastante más corto y negro:

—Te ha pillado, cariño —se burló él.

—No es justo —se quejó ella—. Hoy que me tocaba un grupo interesante.

Ambos seres, unidos por la cola como si fueran uno solo, se coordinaban a la perfección tanto al moverse como al hablar: nunca lo hacían a la vez. Como quien no quiere la cosa, nos contaron que en realidad eran turistas y que les encantaba visitar lugares sagrados de diferentes planetas fingiendo ser sus guardianes; pues vaya una afición.

—Y vosotros —comenté mirándomelos de arriba a abajo—. ¿Sois de esos hermanos siameses?

—A lo mejor son una parejita —soltó Marla; ésta no pensaba en otra cosa.

—Ni lo uno ni lo otro —respondió la parte femenina medio riéndose.

—Entonces... ¿Qué sois? —insistí.

—¿Y eso qué más da? —dijo la parte masculina—. Los humanos os habéis malacostumbrado a etiquetarlo todo y eso os limita.

—Si necesitas un nombre —siguió ella—, llámanos Ohonstrajh.

—Ey, Astrid, que hay prisa —refunfuñó Pepe en plan duro—. Si pretendes consultarles algo, que sea importante. Como por ejemplo para qué sirve este sitio.

Su tono no fue adecuado pero tenía razón, así que se lo pregunté. Turnándose entre ellos, nos explicaron que era posible extraer las armas de los árboles y obtener la

Dampsé: una “magnífica espada de madera”. Aquello me sonó a tomadura de pelo y Ohonstrajh, al percatarse de nuestra decepción, se apresuró en informarnos de que se trataba de uno de los cinco tipos de armas cuerpo a cuerpo más valorados y útiles en combate, sobre todo para aficionados.

“No nos vendría mal una ayuda de ese estilo”, pensé, “además tampoco perdemos nada”. Así pues aceptamos y acompañamos a la pareja-serpiente, deambulando por el bosque entero en busca de una “Dampsé madura”, según nos dijeron. Marla, que no disimulaba su aburrimiento, decidió ir en otra dirección a investigar por su cuenta y se llevó a Zeni con ella con la excusa de animarla.

Al cabo de un buen rato, Ohonstrajh se paró en seco ante un árbol de copa alargada con una espada muy bien esculpida. Como Pepe ya disponía de su filo oscuro o lo que fuera, me presenté voluntaria para sacar a la Dampsé. Siguiendo las instrucciones de la pareja-serpiente, toqué la empuñadura y la espada se hundió en el tronco como cavando un agujero, hasta que al final la Dampsé se quedó colgando en el centro del tronco sujeta por muchos hilos casi invisibles que iban desde las paredes del agujero en línea recta hasta el arma.

—¿Y ahora qué? —les pregunté.

—Tan sólo atraparla. Pero sé prudente y procura no tocar los filamentos ni realizar movimientos bruscos.

—Bueno, parece fácil —e introduje la mano izquierda poco a poco sin pensármelo mucho. Mal hecho. A los dos segundos me rocé con uno de los hilos y sentí un dolor en el pulgar más agudo que una vez que me corté con un papel.

—¡No lo retires! —me advirtió la parte masculina agarrándome el brazo para impedir que lo sacara—. Si lo haces antes de alcanzar la Dampsé, los filamentos se encargarán de seccionarte en mil trocitos. Ni tu traje Lim-hé lo impediría.

—¿Y me lo dices ahora!? —me quejé—. ¡¿Cómo tú... o sea, cómo me proponéis algo tan rematadamente peligroso?! ¡¿La madre que os...!!

Bueno, hubiera podido continuar insultándolos durante más de una hora, pero Ohonstrajh me aseguró de que me regenerarían los músculos e incluso los huesos si fuera necesario; tampoco es que eso me animara mucho, la verdad. “En fin”, suspiré, “El que algo quiere, algo le cuesta”. Aunque ya estaba harta de que todo costara tanto.

Como mi única alternativa consistía en tirar pa'lante, me resigné y seguí introduciendo la mano izquierda, en esta ocasión con más cuidado. Sin embargo, poco importaban las precauciones que tomara; a cada centímetro que avanzaba se me abría una nueva herida. No eran profundas pero picaban una barbaridad. No sé cuánto tiempo tardé en llegar al final pero me hizo eterno y eso que no metí todo el brazo.

Al sujetar la empuñadura de la Dampsé, los hilos se replegaron muy rápido cortándome de nuevo; aquí sí que chillé con fuerza y tuve que agarrarme al agujero para no desplomarme. Entre eso y encima con la mano sudada, casi se me resbala el arma y se me cae. Tras unos instantes cogiendo aire y soltando más palabrotas que mi padre

cuando va perdiendo su equipo de fútbol, me recuperé un poco y conseguí sacar la dichosa espadita. Nada más hacerlo, el tronco del árbol se cerró, dibujándose la forma de otra arma tan borrosa que apenas se distinguía.

—Muy bien —me felicitó la mujer-serpiente mientras el hombre me curaba con una gelatina azulada y un par de conjuros—. Es una suerte que no te ocurriera nada grave, como perder los dedos o la extremidad entera. No te imaginas lo que fastidia y además escuece un montón.

—Mejor no pensar en eso —le dije con voz cansada; me faltaban fuerzas hasta para enfadarme—. Espero que al menos haya servido de algo.

Justo cuando me iban a contestar apareció Marla... ¡cargada con una burrada de esas espadas! ¡Y Zeni También!

—Hoooolaaa —gritó Marla, dejando como una docena en el suelo—. Mirad lo que hemos pillado.

—Estas las he cogido yo solita —se enorgulleció Zeni, alzando otras diez.

Y claro, me puse a llorar como una tonta. ¡Con lo que me había costado a mí sacar sólo una! Bueno, como dijo Pepe era normal: Marla disponía de sus escamas y Zeni de su armadura. ¡Así cualquiera!

Ohonstrajh se mosqueó... bueno, se mosquearon de lo lindo con las dos por haberse “agenciado armas sin madurar y sin permiso” y las obligó a colocarlas en su sitio. En el fondo me supo mal por ellas; con lo ilusionadas que estaban.

Luego la pareja-serpiente nos explicó el funcionamiento de la Dampsé: se pegaba en el antebrazo camuflándose a la perfección y, a la hora de luchar, se situaba ella sola sobre la mano y se quedaba allí flotando. Y lo más importante: si al rival lo protegía una barrera, la espada lo atrapaba y absorbía su energía defensiva. Lo experimentamos con Zeni y vimos como su brillo dorado disminuía al acercarle el filo, el cual se retorció tratando de rodearle el cuello a la pequeña; daba un poco de repelús, la verdad. Decidimos que la utilizara Marla, de esta manera ella llevaría la Dampsé, Pepe su guante oscuro, yo a Shag-Laah y Zeni... bueno, Zeni no necesitaba nada.

—¿Nada? —se quejó ella con más pena que otra cosa—. Claro, como a mí ya me cuida mi mamá, ¿no?, pues pues... yo ya no... a mí ya no...

La pobre no podía ni terminar la frase. Al ver que ni Marla ni Pepe ni yo sabíamos cómo animarla, Ohonstrajh se metió:

—Las Zechnas no requerís herramientas —dijo él—. Con la armadura ya es más que suficiente; cuando aprendas a dominarla, por supuesto.

—Es por eso que te hallas junto a grupo aventurero —siguió ella—. Para conocer tus límites. Todavía es demasiado pronto para ti.

— Pero-pero-pero... ¡yo quiero ser útil ahora!

—Bien —asintió la parte masculina—. En ese caso te enseñaremos un par de truquillos.

Así pues, mientras Marla, Pepe y yo practicábamos estrategias de combate, Ohonstrajh ayudaba a Zeni a controlar su poder. Yo aprovechaba las pocas veces que Pepe no me vigilaba para echar una ojeada a lo que hacían: en tan sólo unos minutos, la pequeña aprendió a alargar los salientes de sus brazos como si fueran cuchillas y también a proyectar energía con su cuerpo. La pareja-serpiente, para comprobar que Zeni había aprendido las lecciones, tiró una piedra por encima de ella. La pequeña se iluminó y de su armadura surgió una luz hacia arriba en forma de lanza con salientes a los lados como cuernos de toro que mantuvo la piedra sujeta en el aire un buen rato antes de destruirla. Zeni acabó hecha polvo a causa del esfuerzo y tuvo que apoyarse con las manos en las rodillas; aún así a ella le apetecía continuar un poco más.

Al finalizar su entrenamiento, Zeni botaba de alegría y no tardó ni un segundo en pedirle a Marla algo para comer.

—Qué bien, ¿no? —solté con una sonrisa cuando ya nos disponíamos a marchar—. Ahora sí que estamos preparados para enfrentarnos a Eveïn.

—Sí, es posible —dijo Pepe sorprendiéndome con un tono optimista.

—Alto ahí —nos detuvo la parte femenina de Ohonstrajh—. ¿Vais a desafiar a Eveïn? ¿Se os han cruzado los cables, chavales?

—¿Usted la conoce? —se interesó Pepe.

—Qué manía, colmillitos —Marla otra vez al ataque—. ¿Es que a todo el mundo le tienes que venir con lo mismo?

—Escucha, pijilla —apretó Pepe los dientes intentando contenerse—. Es muy probable que peleemos cara a cara contra Eveïn y contra más cosas sepamos de ella, mejor.

—Vale, vale. Tú siempre igual, que pesaíto eres.

—¿¡Es que no te enteras o no te quieres enterar!?! ¿Conocer al enemigo es tan o más importante que conocer nuestras propias fuerzas! ¿Es lo básico tanto en un combate individual como en una batalla! Y para conseguir información hay que sacrificar recursos, ya sea tiempo o aliados.

De repente Pepe se quedó mudo y quieto.

—Mira-mira, Zeni —señaló Marla al chico con descaro—. Le ha *dao* un yu-yu.

—¡No me ha dado ningún yu-yu! —perdió de nuevo el control para luego ponerse serio—. Pensaba en el verdadero objetivo de Kraizent.

—Ey, contestad a la pregunta de antes —dijo la parte masculina de Ohonstrajh un tanto impaciente—. Competís con Evein por el Esqueleto del Dragón, ¿no es así? Explicaos.

Tanto nos insistieron que acabamos por contarles nuestra misión y lo que nos había ocurrido hasta ese momento. Y también lo que sabíamos sobre Evein; o sea, lo de que se alistó en La Orden y luego la aniquiló.

—Eso sólo son sus primeros mil y pico años —añadió la parte femenina—. Los tres mil siguientes se ha dedicado a reunir las piezas que componen a Njord-Ghrat. Tiempo después de que Evein se puliera a casi todos sus compañeros, ella se reencontró con un antiguo integrante de La Orden; un ex-novio suyo al que creía muerto, para ser más exactos. A pesar de que él era bastante más débil, Evein cayó derrotada con facilidad gracias a que su ex poseía La Uña Asesina de Dragón. Sobrevivió a duras penas, pero fue así como se enteró de su existencia y de su extraordinaria capacidad destructiva.

—Evein ha buscado retos desde muy pequeña —continuó la parte masculina—. Nadie ha logrado reunir jamás al dragón y eso es motivo más que suficiente para ella. Sin embargo, lo que empezó como un juego o una manera de dar sentido a su vida se ha convertido en una obsesión. No le importaba quién custodiaba la siguiente arma y por ello se ha enfrentado a adversarios mucho más poderosos que ella, como las hordas de Katransha, la legión de Anmarath o incluso a Zechnas adultas.

—¿¡A Zechnas adultas!? —gritamos los cuatro a la vez.

—Sí —asintió la parte femenina—. Hará casi un siglo de ello. Por aquel entonces ella viajaba junto a su última pareja sentimental, un Explorador de Batalla llamado Oivon. Los dos llegaron hasta el planeta donde hallaron una de las veintiocho Costillas del Dragón, protegida por una Zechnas de nivel medio y su hija de diez años. Evein utilizó la Cola del Dragón, compuesta por veinte lanzas que se mueven como un látigo articulado, para atacar a la Zechnas. No os voy a contar los detalles de la batalla; es una historia un poco fuerte para que la escuchéis a vuestra edad. Lo único que os interesa saber es que, por culpa de un error de cálculo de Evein, Oivon murió en manos de la cría de Zechnas y Evein no tuvo piedad ni con la niña. Después de eso, como comprenderéis, no habrá nada que detenga a Evein a la hora de obtener la última de las armas de Njord-Ghrat. Y menos unos chavales inexpertos como vosotros.

Nos quedamos helados; ya me imaginaba que Evein era peligrosa pero no hasta ese punto. El primero en hablar fue la parte masculina de Ohonstrajh:

—Vuestra única posibilidad es robarle La Costilla del Dragón y huir. Si no lo conseguís, renunciad. No sois rivales para ella.

—Os salva el hecho de que a Evein no le interesáis —siguió la parte femenina—. Sin embargo, si os toma por enemigos, moriréis.

Suspiré y luego miré a los demás; Marla y Zeni agachaban la cabeza y Pepe me puso cara de *ya te lo dije*, pero al final no abrió la boca.

Para rematarnos del todo, Ohonstrajh añadió que si Evein lograba resucitar a Nhord-Ghrat debíamos salir por patas; seguro que ella se moría de ganas de probar su enorme potencial de ataque y sus más de ochocientas habilidades diferentes con alguien y seguro que ese *alguien* seríamos nosotros. Luego la pareja-serpiente nos comentó que antes de llegar al Templo de las Cien Puertas Malditas encontraríamos un pueblo donde nos explicarían más cosas sobre las armas-esqueleto.

—No nos gustaría que os sucediera nada malo —cambió de tema la parte masculina—. Nuestro trabajo consiste en mantener el equilibrio entre los cuatro mundos aunque sin intervenir directamente. Y si se nos muere una niña de otra dimensión la jefa se nos va a enfadar. Y ya nos cayó una buena bronca por el tema de Zérep.

—Hablando de eso —les interrumpí; no me apetecía preguntárselo, pero se trataba de algo demasiado importante para mí y, desde que me lo había contado Pepe, que no había dejado de darle vueltas—. ¿Es verdad que Kraizent, durante la guerra contra Zérep, hubiera podido evitar que los Universales mataran a un montón de gente?

—Y tanto —me aclaró la parte femenina—. Incluso que Zérep entrara en nuestro Universo e impedir así la guerra. Pero ni siquiera Kraizent es perfecto: no imaginó que las Zechnas vencerían con tanta facilidad a los Universales ni tampoco que Zérep acabaría con su discípulo. Has de saber, Astrid, que antes de conocer a su discípulo Kraizent era muy serio y muy duro; sin embargo, con él descubrió nuevos valores. Después de la muerte de su discípulo, Kraizent se volvió melancólico; quizá tú le hayas devuelto la ilusión.

—O quizá... —murmuró Pepe sin pensar—... quizá nos está manipulando como hizo con Evein.

—¿¡Te parece un buen momento para decirme eso ahora!? —le grité.

—Lo... lo siento.

—No, es igual; no es culpa tuya —me disculpé.

Tras intentar animarnos entre nosotros, nos despedimos de la pareja-serpiente y nos pusimos en marcha. Avanzábamos en silencio entre aquel jardín de árboles hasta que me paré un momento:

—Ey, escuchad —casi no me salía la voz—. Esto... esto es cosa mía. Si no queréis continuar el viaje conmigo, no os preocup...

—Sí, claro —se quejó Zeni—. Con lo que me ha costado aprender el... el... como quiera que se llame lo que he aprendido, pues... ¡no me voy a ir ahora! Además, mamá se enfadaría.

—Pues a mí —soltó Marla haciéndose la interesante—, no importa lo que me digas. Yo sigo, pase lo que pase. En casa me conocen como La Cabezota Implacable.

—No me extraña —comentó Pepe en voz alta lo que todos pensábamos; y mientras paraba la embestida de Marla sujetándola con una mano por la frente, me miró

fijamente—. Astrid. En principio sólo soy tu guía. Aún así me quedaré contigo hasta el final.

Yo no acababa de entender sus motivos, pero me alegré igual. Sonreí, les di las gracias y seguimos nuestro camino.

CAPÍTULO 13 (EL TEMPLO DE LAS CIEN PUERTAS MALDITAS)

13-1

Nada más salir del Bosque de las Espadas llegamos al lugar sobre el cual nos había hablado la pareja-serpiente: una ciudad muy similar a la mía, sólo que con las casas más bajitas y las calles y las aceras mucho más anchas. Estuve a punto de comentar que yo vivía en un lugar parecido, pero como Pepe y Marla insistían en que era muy rara, al final no dije nada. Lo único que me llamó la atención de aquel sitio fueron los coches: sólo se distinguían las ruedas y la silueta, ya que el resto se transparentaba.

—¿Te sorprende que los vehículos sean así? —me preguntó Pepe al verme embobada.

Sin darme tiempo a decir que sí, me contó que los fabricaban de esta forma para que los otros conductores no olvidaran que dentro de los vehículos había personas y así se reducían los accidentes. “No iría mal algo como esto en mi planeta”, pensé.

Un rato después, mientras comprábamos comida para llevar en una especie de supermercado con mostrador, Pepe preguntó al dependiente si alguien sabía algo acerca del Templo de las Cien Puertas Malditas. Siguiendo sus indicaciones, nos dirigimos hasta un... ¡un puesto turístico! Tenía un escaparate repleto de propaganda y anuncios de viajes. Tras dudar un poco, cruzamos una pequeña puerta. En el interior, casi vacío, sólo encontramos unas cuantas sillas en los rincones, una cortina al fondo que partía la sala en dos y una señora bastante mayor sentada delante de una mesa llena de papeles.

—¡Abuelo! —gritó la señora al descubriarnos—. ¡Han venido unos jovencitos de visita!

Luego se levantó y nos dio la bienvenida con una sonrisa, ofreciéndonos un trozo de Pastel de Guichis; un poco amargo y áspero pero pasable. En seguida asomó por la cortina un señor mayor que ella, aunque se movía con mucha más agilidad. El abuelo, muy contento y cogiéndome de las manos, nos comentó que hacía tanto tiempo que no se le presentaban clientes nuevos que nos proporcionaría todos los datos gratis y los viajes nos los rebajaría.

—Bu...bueno, gracias —balbuceé abrumada y apartándome un poco—. Nosotros veníamos por lo del esqueleto del drag...

—¡Ah, sí sí sí! —rió el abuelo, soltándome por fin—. Por supuesto. Ahora mismo os contaré la maravillosa, alucinante y desparramante historia de Nhord-Ghrat. ¿He dicho desparramante? Sí, me gusta esa palabra.

—Perdone —intenté interrumpirle—. Nosotros lo que queríamos es...

—Calla, Astrid —me detuvo Pepe susurrándome al oído—. ¿No recuerdas lo que nos aconsejó Ohonstrajh? Quizá nos ofrezca información valiosa, por muy mal de la cabeza que parezca.

Eso último sobraba y por suerte el abuelo no le oyó; eso sí, como de costumbre el chico tenía razón, así pues suspiré y miré de sacarle provecho. La verdad es que el abuelo narraba bastante bien, pero se entusiasmaba demasiado, moviendo los brazos y poniendo caras muy exageradas y encima su tono de voz era como si le contara un cuento a unos niños de párvulos.

—Nhord-Ghrat, el último de los dragones gigantes, fue herido de muerte hace más de ocho mil años durante las Premérides, cayendo en la profunda gruta de Katransha. Sus restos no fueron hallados hasta muuuuchos siglos después por dos famosísimos exploradores. Estos, con gran esfuerzo, sacaron los huesos del Gran Dragón y los entregaron a ochenta y ocho familias de herreros que durante ocho generaciones forjaron doscientos veintidós artefactos de guerra. ¿He dicho artefactos? Sí, me gusta esa palabra. Con el tiempo, dichas armas se dispersaron y se perdieron en el espacio, el tiempo y hasta en la memoria. Si alguien lograra agrupar las doscientas veintidós piezas, conseguiría resucitar a Nhord-Ghrat y someterlo. ¡Ah, por cierto! —cambió de repente de tono el abuelo—. Hasta aquí es pura leyenda: los dragones no existen ni existieron jamás, aunque eso ya os lo imaginabais, ¿eh, chilindrines?

Ahí casi me desmayo.

—¿Entonces a qué a venido todo esto?! —me quejé con razón.

—No sé de qué te sorprendes, Astrid —me comentó Marla haciéndose la mayor—. Los dragones son seres fantásticos. Como los leones o los pavos reales. Sólo una criaja creería en unos bichos tan raros.

“¿Y eso me lo suelta una niña con escamas?”, pensé. No me dieron tiempo a contestar ya que el abuelo continuó con lo suyo y, esta vez sí, nos explicó la verdad:

—Bueno, supongo que habréis oído hablar de El Innombrable y tal, ¿verdad? —asentí al recordar que el padre de Marla nos contó que se trataba de un conquistador que existió hacía unos cuatro mil años—. Pues nada, resulta que justo después de la muerte del tipo ese, los gobiernos de aquel tiempo decidieron fabricar un arma que fuera capaz de vencer a la Tiranía de los Virreyes, un arma compuesta por más de doscientas armas, y esa arma era el Esqueleto del Dragón; Nhord-Ghrat, en idioma antiguo. ¿Verdad que sí, abuela?

—Y tanto, abuelo —sonrió ella.

—Pues nada, resulta que para no despertar sospechas cada país se encargó de una pieza. El problema fue que tardaron demasiado en acabarlas y, cuando las tuvieron listas, la Tiranía de los Virreyes ya había pasado a la historia. Además, tras tantos siglos Nhord-Ghrat se había quedado un tanto obsoleto; el dragón reconstruido sería muy poderoso, sí, pero no tanto como lo era en ese momento La Gran Ciudad o como lo fue Zérep, por ejemplo. ¿Verdad que sí, abuela?

—Y tanto, abuelo.

—Pues nada, resulta que es por eso que ni a La Gran Ciudad ni a Kraizent les han interesado demasiado. No obstante, muchos sí que se pelearon por ellas. Y las

disputas más famosas son las que protagonizó Evein, por supuesto. Y os preguntaréis: ¿Por qué cuesta tanto monopolizar las armas si en teoría son Nhord-Ghrat dividido, verdad?

—Yo no me lo pregunto —intervino Marla mientras Zeni se dormía de pie, pero el abuelo no le hizo ni caso.

—Sí, sí. Es una muy buena cuestión. Pues nada, resulta que las piezas se fabricaron por separado y de manera que éstas se repelieran entre sí. Fue para impedir guerras entre los diferentes gobiernos que financiaron su fabricación y asegurarse de que ninguno de ellos las consiguiera todas por su cuenta. Y es efectivo, sí señor. Si se te ocurre acercar una de ellas a menos de cien metros, la otra sale disparada. Vaya, igualito que intentar unir dos imanes del mismo signo, pero a lo bestia.

—Ey, un momento —le interrumpí—. Si no se pueden juntar las armas, ¿cómo se reconstruye al dragón?

—Muy fácil, jovencita. Resulta que cuando alguien consigue una de las piezas introduce su propia energía en ella: es una certificación de que te pertenece. ¿Verdad que sí, abuela?

—Y tanto, abuelo.

Yo ya me estaba mosqueando, pero en serio.

—Pues nada, resulta que después puedes llamarlas cuando las necesites, como por ejemplo, para agruparlas todas; sólo así se ensamblarán de forma automática para engendrar a Nhord-Ghrat. ¿Engendrar he dicho? Sí, me gusta esa palabra. Lo malo es que es muy sencillo que alguien te lo quite; bueno, en realidad lo hicieron con esa intención. Y esa es la razón por la cual Evein ha tardado más de tres mil años en recopilarlas. Porque, igual que ella se las robaba a los demás, los demás se las robaban a ella.

Y soltó una carcajada que casi se le caen los dientes.

—Y más interesante todavía. Resulta que...

—¡Bueno! ¡Vale! ¡Ya basta! —le solté en plan bruto; incluso Zeni pegó un bote del susto—. Nosotros sólo venimos a por la Costilla del Dragón que tienen escondida en su Templo ¡y ya está!

—Eso es imposible, jovencita —comentó sin inmutarse—. ¡Y confidencial! ¿Quién os lo ha chivado?

—Es que me ha enviado Kraizent y... —el abuelo me miró con desconfianza—. Oiga, que el padre de Marla me creyó antes de regalarme esto.

Y le enseñé el brazalete-anillo.

—¡Anda! –abrió la boca—. Observa abuela, es estupendo. El Anillo de Shag-Laah.

—Es cierto, abuelo –sonrió ella—. Estarás contento.

—Y tanto, abuela. Jovencita, ya era hora de que llegaras.

—¿Me esperaba? –me sorprendí.

—Por supuesto, por supuesto. Toma –y, así sin más, me entregó una cinta blanca con unas letras extrañas de color rojo en el centro que desaparecieron justo cuando la cogí—. Kraizent en persona me pidió la guardara para ti. Póntela en la muñeca justo antes de ir a coger la Cost...

—Ey, rebobine un momento –me alegré—. ¿Ha hablado usted con Kraizent?

—Sí, claro que sí. Hace más de cincuenta años, cuando me encomendó que construyera el Templo y ocultara allí la Costilla del Dragón hasta que llegara algún enviado suyo portando el famoso Anillo de Shag-Laah.

Me quedé helada. Bueno, supongo que los otros también... pero yo más.

—Calla, abuelo –le susurró la abuela—. Eso es secreto.

—Ay, es verdad. Esta memoria mía... ya lo entenderéis cuando alcancéis mi edad. ¿Alcancéis he dicho? Sí, me gusta esa palabra. Pues nada, resulta que el trozo de tela blanca es en realidad la Cinta de Njord-Wit, que te permite agarrar las armas del dragón sin que te pase nada, ya que las recubre una energía similar a la armadura de la pequeña –señaló el abuelo a Zeni—. Como ya os imaginaréis, el Templo de las Cien Puertas Malditas no permite que nadie de fuera sepa lo que ocurre dentro. De lo contrario, Evein hubiera descubierto en seguida que escondíamos allí la citada herramienta de guerra. ¿Herramienta he dicho? Sí, me gusta esa palabra.

—Eso significa que no podemos contar con la Zechnas adulta –murmuró Pepe muy serio—. La misma barrera que impide detectar la Costilla del Dragón la impedirá detectar si atacan a su hija. Evein tendrá total libertad de acción y...

—Que sí, que sí –le corté—. Ya me he enterado a la primera, gracias.

En fin, el caso es que al Templo de las Cien Puertas Malditas en realidad sólo le habían instalado treinta y cuatro; le pusieron ese nombre porque así atraía más a los turistas. Eso sí, para cruzar el Templo entero se debían superar tantas pruebas como puertas. “No, más pruebas no, por favor”, me desesperé; ya sólo me faltaba eso.

Tras insistir un poco, conseguí convencer al abuelo de que al menos me hablara de la primera; me cogió por el hombro y me susurró al oído que la puerta de la entrada se abriría ante un guerrero auténtico.

—La Zechnas es demasiado pequeña para ese papel —continuó hablando en voz baja y luego me guiñó el ojo—. Pero tu novio, como Colmillos Negros auténtico que es, pues sí que colará.

Me giré deprisa hacia los demás. Por suerte ni Pepe ni Zeni se habían enterado, pero Marla sí.

—¿Y ahora porqué te ruborizas? —preguntó el chico con su poca delicadeza de siempre.

—Yo lo sé, yo lo sé —levantó el brazo Marla con una sonrisa traviesa—. Y seguro que te alegrará un montón, colmillitos.

Bueno, bastó una mirada asesina de las mías para que Marla cerraba su boca de una vez. Más tarde, logramos ¡por fin! que los abuelos nos indicaran el camino hasta el Templo. Nos despedimos de ellos y salimos de la tienda, agradeciéndoles la ayuda.

Al cabo de un rato ya caminábamos por un sendero rodeado de un bosque bastante normal, con árboles altos como edificios de cuatro o cinco pisos y tan lleno de vegetación que no se veía el suelo. Lo único que me llamó la atención fueron unas plantas en el borde del camino, parecidas a un cactus marrón y sin pinchos, con *brazos* hacia arriba acabados en una fruta dura, como una piña sin el rabito verde.

La verdad es que tampoco me apetecía mucho contemplar el paisaje; presentía que Evein se nos acercaba y que en cualquier momento nos atraparía. Por una parte no quería que eso sucediera, pero por otro lado pensé que me decepcionaría bastante si al final me apoderaba de la Costilla del Dragón sin enfrentarme a ella y más después de tanto entrenamiento y tanta prueba.

Mientras yo perdía el tiempo preocupándome, Marla jugaba con Zeni a una especie de pilla-pilla, corriendo alrededor de nosotros dos hasta que Pepe explotó:

—¡Te recuerdo que nuestra misión es muy seria! ¡Y si no te comportas como un soldado, te vuelves a tu casa con tu papaíto y listos!

—Vale, vale, señor Colmillos Negros, el Gran Ultra-súper-guerrero —se burló Marla—. Si quieres me pinto los dientes como tú, ya puestos.

Ahí Pepe se enfadó más de lo normal, explicando muy nervioso que “sólo los maestros de su tribu estaban capacitados para decidir quién merecía semejante honor” y una burrada de cosas más. Yo creo que exageraba un poco... bueno, un poco bastante, y casi me meto en la discusión, pero en seguida me vino a la memoria de que, cuando lo conocí, también nos peleamos por eso. Se ve que aquel tema le dolía bastante, así que me callé y le tapé la boca a Marla con la esperanza de que Pepe se tranquilizara solo.

Para calmar los ánimos y el hambre, nos pusimos a comer unos cuantos bollos de esos que llevaba Marla en la mochila hasta que llegamos a una montaña, en la cual había incrustada una puerta gigantesca con forma de cara de ogro. “Así que el famoso Templo de las Cien Puertas Malditas no es más que una gruta con unas cuantas puertas por medio”, me dije; no sé porqué, pero me imaginaba algo así.

—ALTO, VIAJEROS —gruñó la cara—. PRIMERO DEBERÉIS DEMOSTRAR QUE SOIS DIGNOS DE CRUZAR MIS DOMINIOS.

Y nos pegó un rollazo interminable sobre los héroes legendarios que nos dejó secos; cómo se notaba que lo había diseñado el abuelo ese.

—Qué bestia —comentó Marla—. Ni mi mamá cuando se enfada me suelta estas parrafadas.

—La mía sí —añadió Zeni levantando el dedo.

—Bueno, ya vale —les ordené, cogiendo a Pepe por los hombros y obligándole a situarse delante de la entrada—. Y tú, Pepe, quédate parao ahí.

—¡Que no me llamo Pep...! ¿...Y por qué yo?

—Ya lo verás. ¡Estate quieto, carai! —al final me hizo caso, sin embargo no ocurría nada de nada—. Que raro. El abuelo dijo bien claro que con un Colmillos Negros se abriría el trasto este, ¿verdad, Marla?

Ella asintió y entonces me di cuenta de que Pepe agachaba la cabeza y se le subían los colores. Las dos... o sea, Marla y yo, ya que Zeni iba a su bola... le preguntamos a la vez que qué le pasaba:

—Es que... veréis yo... yo no soy un Colmillos Negros.

13-2

Como no había manera de colarnos en el Templo, y eso que Zeni lo probó como treinta veces a lo bruto, nos volvimos para la ciudad. Pepe caminaba cabizbajo y yo no me atrevía a preguntarle sobre *el tema*.

—Oye-oye, Astrid —me dijo Zeni, tirándome de la ropa—. Que yo no me he enterado de nada.

—Bueno... —le contesté procurando que Pepe no me oyera—. Es que yo tampoco no lo he pillado mucho.

—¡Toma, ni yo! —gritó Marla con todas sus fuerzas—. Mira al chaval. Tanto chulear y después... ¡Ja! Ya ves.

Yo intenté calmarla; no quería problemas ahora. Pero Pepe no reaccionó.

—¿¿Qué?! —chilló Marla, más dolida que enfadada—. ¿Nos lo vas a explicar o no?

El chico suspiró y, con los ojos clavados en el cielo, nos contó que, si bien pertenecía a la raza de los Colmillos Negros, aún no se había licenciado y su alma no había sido modificada por los sabios de su pueblo. Por tanto ésta no era diferente a la de

un humano normal como la mía, por ejemplo. Hasta los nueve años Pepe no pudo empezar sus entrenamientos debido a una enfermedad cuando lo normal era hacerlo nada más aprender a caminar. La mayoría a los diez años ya habían obtenido sus colmillos negros al alcanzar el grado de Ancarás Freith Nimairotuyd y él en cambio, con catorce años, todavía era un Namuth (aprendiz) al que le faltaban dos niveles para lograrlo. Así pues se pintó los dientes para disimular antes de ver a Kraizent.

—¿Y tanto rollo sólo por eso? —se burló Marla—. ¡Ah! Y yo que tú iría con la vista al frente, colmillitos.

—Tú no lo entiendes. Y yo voy como me da la gan...

Un topetazo contra un cactus-árbol le hizo darse cuenta de que la sugerencia de Marla era algo más que una sugerencia. El chico cayó de espaldas y corrimos a ayudarlo y lo levantamos entre las tres. Una vez en pie, Pepe se giró hacia mí y me soltó que él no merecía estar a mi lado y salió huyendo, dejando un reguero de lágrimas como si fuera un caracol; al pobre le había dado fuerte de verdad. Yo le seguí y le atrapé, cogiéndole la mano, pero Pepe insistía en escapar.

—Ey, escúchame —le dije—. Eso ya es agua pasada y no fue culpa tuya, ¿vale? Yo tampoco he vivido de forma muy *heroica* que digamos. Además, tú... para mí, tú... —él se detuvo y me miró a los ojos; yo le sonreí—. Para mí tú siempre serás Pepe.

—Muchas gra... ¡Que yo no me llamo Pepe!

Él se enfadó de lo lindo, gritándome de todo, y yo me alegré de que Pepe volviera a ser el chico desagradable que yo conocía; poco antes de llegar a la ciudad, ya habíamos hecho las paces. Yo le propuse de dirigirme a él por su nombre de verdad, o sea, Koiwefar, pero él insistía en que siguiera “tratándole de Pepe hasta que se hiciera digno de lo contrario” o algo así. Tenía un sentido del honor muy curioso, pero a mí ya me gustaba. Bueno, que me gustaba como amigo no de la manera que se pensaba Marla; qué pesada era esta chica cuando quería.

Más tarde, cuando nos metimos de nuevo en la tienda y se lo contamos todo a los abuelos, ellos se ofrecieron encantados a acompañarnos para abrirnos la entrada al Templo. Muy amables, sí, pero también un tanto pesaditos; nos hincharon la cabeza con sus historias y encima avanzaban a paso de tortuga, lo cual me ponía más nerviosa aún, claro que el verdadero problema era que yo no paraba de pensar en Eveïn. El barbudo de la prisión en la barriga me había comentado que ella se acercaba al Templo, pero no cuánto tardaría y temía tropezarme con ella en cualquier momento. Mis peores temores se confirmaron cuando llegamos al Templo: Eveïn se encontraba ante la primera puerta. Se la veía tan tranquila como cuando la conocí nada más salir de la casa de Kraizent, con esa pose de superior y de segura de sí misma. Me quedé paralizada hasta que Pepe me estiró del brazo y nos obligó a escondernos detrás de un cactus-árbol.

Saqué lentamente la cabeza entre las ramas de la planta; por suerte, Eveïn no parecía haberse fijado en nosotros. “Cálmate Astrid”, me dije, “todavía podemos sacarle provecho a esto”.

—Vaya plan –se quejó Marla, dejando su mochila en el suelo—. Si no hubiéramos perdido el tiempo...

—Al contrario –susurré tapándole la boca—. Ahora será ella la que se cansará atravesando todas las pruebas. La seguiremos y en cuanto se encargue de la última, la adelantaremos.

La cara-guardián volvió a soltar su pedazo de frase como con nosotros, pero Evein no le permitió terminar:

—Cállate –ordenó la mujer levantando la mano.

La entrada reventó al instante y Evein se metió dentro; cada dos segundos se oía una voz que empezaba a hablar, interrumpida por una explosión.

—Oh, no –se lamentó el abuelo—. Esa mujercita se ventila las Puertas Parlantes sin ni siquiera concederles la oportunidad de pronunciar su discurso. ¡Ni tampoco de presentarse! Qué mala educación, ¿verdad, abuela?

—Y tanto, abuelo. Y pensar que trabajamos toda una tarde sólo para pensar sus nombres –comentó la abuela entre lágrimas.

—Bueno, ya vale, ¿no? –protesté levantándome—. Venga, vamos tras ella.

Marla, Zeni y Pepe lanzaron un grito de guerra más animado de lo que me esperaba y me siguieron; mientras, los dos abuelos regresaron al pueblo, prometiendo traernos ayuda. Claro que a su ritmo al menos tardarían tres horas en ir y volver.

Entramos en la gruta. El Templo por dentro no era gran cosa: nada más que un túnel cavado en la roca y además estaba lleno de humo por culpa de las explosiones. Los cuatro corríamos sin parar, procurando no tropezar con los restos de las puertas destrozadas; los abuelos nos habían asegurado que construyeron treinta y cuatro, así que las fui contando.

Cuando yo ya iba por la treinta y tres, vimos a Evein dispuesta a encargarse de la última. “Vale, Astrid”, me dije, “se acabaron los juegos. Ahora empieza lo bueno”.

13-3

Pepe corría junto a mí y detrás Marla y Zeni. Evein levantó de nuevo su mano e hizo saltar por los aires la última puerta y Pepe y yo aprovechamos para adelantarla de un salto. Al mismo tiempo que me colocaba la Cinta de Njord-Wit en la muñeca derecha, miré durante un instante a Evein; nos ignoraba, cómo si no existiéramos para ella. “Tú misma”, pensé.

La Costilla del Dragón, con forma de sable samurái blanco, se encontraba clavada sobre un montículo de piedra situado en medio de una bóveda.

—Qué chorrada —refunfuñó Pepe lanzándose a por el arma—. ¿A quién se le ocurriría incrustar la katana en una roca?

Sin embargo, antes de que pudiera tocarla, una barrera de energía arrojó a Pepe a la otra punta de la bóveda dejándolo semi-inconsciente pero entero. “Ahora me toca a mí”, y me subí al montículo de un bote. Alargué la mano para agarrar la espada y un pequeño remolino de viento me rodeó. La cinta de Njord-Wit ondeaba con fuerza y unos símbolos rojizos se dibujaron en ella, iluminándose justo cuando mis dedos tocaron la empuñadura. No me hacía falta ni estirar para sacar el sable; sentía que ahora me pertenecía, como si me hubiera estado esperando y quisiera venirse conmigo. Y de pronto noté una mano helada posándose sobre mi costado, debajo del brazo que sujetaba La Costilla del Dragón.

—Aparta —soltó Evein con frialdad.

Fue suave y potente a la vez. Salí disparada contra la pared con tanta fuerza que casi se me despegan los huesos. Por suerte Marla me pilló al vuelo y caímos las dos rodando por el suelo.

—Gracias —dije resoplando y poniéndome bien las gafas.

—A mandar, jefa —sonrió Marla ayudándome a levantar.

Mientras, el campo de fuerza que rodeaba el montículo trataba inútilmente de impedir que Evein se acercara. Ella se limitó a tomar el arma y arrancarla, piedra incluida, cargándose al mismo tiempo la barrera. Luego Evein destrozó la roca con la punta de los dedos y fue puliendo el filo hasta que no quedó ni un grano de arena. Después permaneció un segundo contemplando la espada y se la guardó dentro de la gabardina.

—¿No vas a utilizarla contra nosotros? —le pregunté sorprendida.

Ni me respondió; tan sólo me echó una mirada llena de soberbia y una sonrisa de desprecio y me giró la espalda. Introduje la mano en el bolsillo, dispuesta a darle una lección a esa tiparraca con mi brazalete-anillo; fue cuando me di cuenta de que Marla había desaparecido y que Evein iba directa a por Zeni.

—Ey, que yo soy peligrosa, ¿eh? —amenazó la pequeña a Evein, que avanzaba como si nada —Vale, pero luego no me llores, ¿eh?

Zeni se abalanzó sobre ella, alargando los pinchos de su armadura como le había enseñado la mujer-serpiente pero fue inútil: Evein la atrapó al vuelo por el cuello y, sin soltarla, la empotró contra una pared medio metro hacia dentro. Zeni intentaba liberarse, aunque no conseguía ni respirar de tan fuerte que le apretaba la garganta.

—Sólo te lo diré una vez —comentó Evein—. O bajas la intensidad de tu Zech-Yznal (protección de Zechnas) o me veré obligada a partirte las cervicales.

A pesar de que me temblaban las piernas, corrí hacia ellas. Entonces vi a Marla saliendo de un rincón oscuro, saltando sobre la espalda de la mujer para atraparla. Evein

no movió ni un músculo, de hecho no llegaron ni a tocarse cuando se oyó un estallido y Marla cayó fulminada contra el suelo, pegando un chillido corto y seco, como si de repente le hubieran robado el aire. No pude hacer nada. Sólo observar a Marla tumbada boca abajo y temblando y a Zeni ahogándose. Y por si fuera poco a Pepe todavía le duraba el mareo por culpa de la descarga de energía de antes.

“Vamos, Astrid. No lo pienses, ¡hazlo!”. Apreté los dientes con rabia y me coloqué a Shag-Laah.

—¡Fuego y Hielo! –grité con todas mis fuerzas.

Sin embargo Evein deshizo el fuego con un leve giro de su muñeca y aguantó el hielo como si tal cosa. “Y ahora qué”, me desesperé, “esta es mi mejor baza y no sirve de nada”.

—¡Pásamelo! ¡¡YA!! –oí a alguien detrás mío.

Me arranqué aquella cosa del dedo y se lo di: era Pepe, que con el brazalete-anillo utilizó su combinación de luz y oscuridad. Un huracán blanco y negro envolvió a Evein y la apretó con fuerza, obligándola a soltar a Zeni que cayó de rodillas entre aturdida y aterrada. La mujer cerró los ojos un instante, destrozó el hechizo como si fuera ropa vieja y congeló el aire alrededor del chico. Pepe consiguió escapar a duras penas de la prisión de hielo, pero no aguantaría mucho ante más ataques como ese.

“Evein es capaz de pararse cualquier cosa”, reflexioné, “pero seguro que es más vulnerable al calor. Si consiguiera pillarla desprevenida con una magia ardiente, ella quedaría indefensa ante la última tirada del anillo que falta.”

Pepe, como adivinándome las intenciones, me devolvió a Shag-Laah y se puso a brincar como un loco para distraer a Evein. Ella no tardó en provocar una avalancha de estalactitas sobre el chico. “¡Ahora o nunca!”. Creé una bola de fuego más grande que yo y se la tiré antes de que reaccionara. Le acerté de lleno y una nube de llamas la rodeó. Estaba convencida de que aquello la afectaría de alguna manera y ya me disponía a utilizar el anillo cuando el incendio se disipó en un segundo y ella seguía tan pancha sin ni siquiera un pelo chamuscado.

Evein me miró con desprecio y, como burlándose de mí, conjuró otra bola de fuego mucho mayor que la mía e imposible de esquivar. Cerré los ojos y me protegí con el traje escondiéndome dentro como una tortuga. El impacto me lanzó hacia atrás y el calor no tardó en hacerse insoportable. Pataleé pero las llamas no se apagaban y lo peor era que por más que me esforzaba en coger ese aire que me abrasaba los pulmones no me servía de nada. El cuerpo se me hinchaba, me dolían los músculos y me daba la sensación de que los ojos se me saldrían de sitio de un momento a otro, cuando noté que alguien se me tiraba encima y, tras obligarme a rodar un par de veces, me sacó la cabeza del traje. Respiré, respiré y respiré como si nunca lo hubiera hecho, mientras esa persona me abrazaba. Casi le beso pensándome que se trataba de Pepe, pero en seguida vi que era Marla.

—Qué susto me has dado, Astrid –suspiró ella, separándose.

—Mar... —tosí un poco—. Marla, ¿estás bien?

Ella asintió con la cabeza y justo entonces Pepe aterrizó frente a nosotras.

—Maldita Evein —se quejó el chico tumbado boca arriba y sin moverse—. Si yo fuera un Colmillos Negros auténtico me la cargaría sin problemas.

Pepe chuleaba, como siempre, sin embargo Evein lo había paralizado asestándole un golpe de los suyos y no se recuperaría en un buen rato. En cuanto a Marla, tenía un hombro desencajado, aunque a ella no parecía molestarla mucho.

Evein se fijó en nosotros tan solo un instante, como si fuéramos una pandilla de inútiles, y nos giró la espalda; ya no existíamos para ella. Sin hacer caso a nuestros gritos, volvió a dirigirse hacia Zeni; ya no había duda de que Evein quería algo de la pequeña.

—Vale —se le encaró Zeni—. Me la guardaba para el final pero... ¡Toma mi nuevo ataque!

La niña se inclinó hacia delante, se iluminó y de toda ella surgió una luz en forma de lanza con salientes a los lados como cuernos de toro y atrapó a Evein. La mujer ni parpadeó y con una simple patada se liberó y empotró de nuevo a Zeni contra la pared.

—Se acabaron los juegos —dijo Evein, agarrando su diadema.

Esa parte era la más fuerte de la armadura de Zeni, pero a Evein le bastó con apretar un poco para cargársela; la diadema explotó en mil trocitos y se desvaneció. Nunca olvidaré la cara que puso Zeni en ese momento: abrió los ojos como si hubiera visto a la muerte en persona y su cuerpo quedó agarrotado; las mejillas de la niña se llenaron de lágrimas y se desplomó. Antes de que topara contra el suelo, aquella mujer la atrapó por el pelo. Según Pepe, hacerle eso a una Zechnas equivalía a destrozarle el alma; ahí Evein se había pasado. Ni Marla ni Pepe se podían mover, así que me levanté yo, a pesar de las súplicas del chico.

—¡Eh, tú! —le grité a Evein—. ¡Suelta a Zeni o...!

De nuevo me lanzó su mirada de desprecio, pero esta vez, como haciéndome un gran favor, me contestó:

—¿Has llegado hasta aquí sin ni siquiera sospechar lo que pretende Kraizent? Estúpida incompetente. Si venías a morir, haberlo hecho tú sola.

—Como... ¡Cómo te atreves! —le dije de todo, pero ella ya no me hacía caso; se había dado la vuelta y se dirigía a la salida, arrastrando a Zeni por el suelo—. ¡Suéltala de una vez! ¡Qué te estoy hablando! ¡¡Respóndeme!! ¡¡...!! ¡¡NO ME IGNORES!!!

Chillé saltando hacia ella y... lo siguiente ni lo vi. Evein no se giró. La palma de su mano me tocó justo donde se unen el pecho y el estómago. Mi traje se endureció al instante, pero aún así una onda expansiva me recorrió el cuerpo de arriba abajo y me

retumbaron todos los órganos. Mientras caía hacia atrás, noté cómo se oscurecía la imagen de Evein alejándose y se volvía todo negro a pesar de tener los ojos abiertos. Luego dejé de oír a Marla y a Pepe que gritaban mi nombre y después perdí el tacto y al final ya no sentía... nada.

CAPÍTULO 14 (EL RESURGIR DE NHORD-GHRAT)

14-1

<<—¡En pie, Astrid! —oí la voz de Kraizent.

“Dónde... ¿Dónde estoy?”. Abrí los ojos y lo vi delante de mí. Me encontraba tumbada boca arriba en el campo de entrenamiento, en lo alto de la montaña sobre la casa de Kraizent. Todavía faltaban dos días de adiestramiento antes de comenzar la misión y yo ya me había hartado de tanta gimnasia ridícula. Y encima el ejercicio de aquella tarde consistía en que él me tiraba y yo me levantaba. Divertidísimo, vaya.

—Venga, Astrid —insistió—. No te hagas la desmayada y espabila. Si sigues así no sólo fracasarás ante Evein, si no también ante Nebral.

—Es que... es que ya no puedo más. Ya me has empujado más de mil veces.

—No. Tan sólo ciento ochenta y tres.

“¿Y te parece poco?”. Lo intenté de nuevo, pero nada; el cuerpo me dolía demasiado y no se me movía ni un dedo. Así que busqué una excusa:

—Tú... tú me dijiste que era bueno descansar de vez en cuando. Pues ahora me toca descansar.

—Se nota que eres humana: sólo te acuerdas de lo que te interesa. Venga, déjate de tonterías y ponte erguida para que te tumbe de nuevo.

—¡Esto es una estupidez! De qué me sirve levantarme si me vas a tirar.

—Dale la vuelta al discurso: de qué me sirve tirarte si te vas a levantar.

—Pero es que... es que... ¡No puedo!

Kraizent asintió y se marchó. Al momento vi como un gigantesco martillo de piedra caía sobre mí; rodé y lo esquivé por un pelo. Sin acabármelo de creer, me quedé a cuatro patas observando aquella mole capaz de dejar a un elefante más plano que un Cd y Kraizent tan pancho va y me suelta:

—Vaya. Mira por donde lo lograste.

—Te... ¡Te has pasado tres pueblos! ¡No me has matado de milag...! —él me hizo callar señalándome el martillo de piedra, que se desvanecía—. Una ilusión. ¡Eso ha sido trampa!

—Astrid. Hay ocasiones en las que hay que avanzar, ocurra lo que ocurra. Y, si sigues con vida, es una simple cuestión de voluntad. Así que, a no ser que te golpeen con un martillo de piedra, podrás alzarte y reanudar tu camino. Ahora, si lo has entendido, ¡en pie, Astrid!>>

—Astrid.

—Astrid.

—Astrid.

Me desperté por fin y vi a Pepe y a Marla encima de mí dando un suspiro de alivio.

—E... ¿Eres tú, Pepe? —pregunté un poco desorientada.

—Sí, claro que sí —me dijo él con amabilidad mientras Marla se secaba las lágrimas—. Nos encontramos dentro del Templo, ¿recuerdas? No han transcurrido ni dos minutos desde que Eveïn se ha ido con Zeni.

—¿Sólo dos minutos? Bien, aún estoy a tiempo.

Apreté con fuerza los dientes y, apoyándome en el hombro de Pepe, me levanté. Respiré con fuerza unas cuantas veces con los ojos cerrados y luego empecé a andar hacia la salida. Me detuve un segundo cuando sentí un latigazo en la barriga y un sabor ácido en la boca, pero no le hice caso y continué.

—Dónde te crees que vas —me dijo Pepe más serio que nunca.

—Eveïn no debe haber llegado afuera. Voy a detenerla.

—¡¿Tú lo flipas!?! ¡¿Es que se te ha reblandecido el cereb...!?!

—No hace falta que me sigáis —le interrumpí.

—Qué pesada eres, Astrid —me soltó Marla con su desparpajo—. Ya tengo todos mis huesos en su sitio, así que... ¡a por ella!

—Yo también me he recuperado —añadió Pepe—. Pero ¿y tú? ¿Seguro que puedes, Astrid?

—Sí. No ha sido un martillo de piedra.

14-2

Corríamos por el túnel de roca, sorteando los restos de las puertas. Al fondo se veía a Eveïn avanzando paso a paso hasta la salida y todavía arrastraba a Zeni por el cabello. Aprovechando que acortábamos distancias le pregunté a Marla porqué no había utilizado el arma de la pareja-serpiente.

—Ya lo intenté cuando le salté por la espalda. Pero no sé qué me hizo Eveïn, que no me dejó.

—Un hechizo gravitacional —murmuró Pepe—. A Marla se le desencajaron todas las articulaciones a causa de la presión. Sino fuera una Diablesa Negra ya habría fallecido. Y tú y yo nos hemos salvado porqué Eveïn no ha pretendido matarnos en ningún momento. En serio, Astrid, hay que parar. ¿Me escuchas? ¡Ya basta!

Pepe me cogió de la mano derecha para detenerme y yo pegué un brinco de dolor; sin querer, el chico me había apretado donde la araña del brazalete-anillo me sujetaba el dedo con los dientes. Eso me hizo recordar que ya había usado tres veces a Shag-Laah. Sólo me quedaba la cuarta tirada ya que a la quinta me absorbería la vida y a Pepe le ocurriría lo mismo si lo utilizaba de nuevo.

—Perdona —se disculpó el chico. Yo le quité importancia y luego insistí en que tenía que seguir—. De eso ni hablar. Entiéndelo, Astrid, es imposible. Además, Evein ha dicho que conoce las intenciones de Kraizent.

—Eso no importa —le hice callar—. En primer lugar ni siquiera sabemos si las conoce de verdad o si se ha montado la película ella sola. Y segundo, cuando Evein salga ahí fuera reconstruirá al dragón y medirá su poder para acabar con Zeni y su madre. Recuerda lo que nos contó la pareja serpiente; seguro que les tiene manía a las Zechnas. Y nadie nos garantiza que no vaya a probar las más de ochocientas habilidades de Njord-Ghrat con nosotros tres.

A Pepe se le dibujó en la cara un “ups, en eso no había caído”.

—Vale —soltó Marla—. No he pillado ni media palabra. Yo sólo sé que voy a salvar a Zeni, ¿no? Y vosotros igual, ¿no? Pues ale, que ya tardáis.

—Qué remedio —se resignó Pepe. Y nos pusimos a correr de nuevo.

Ya nos faltaba poco para alcanzar a Evein; ella, nada más salir al exterior, tiró a Zeni delante suyo. Nosotros tres adelantamos a Evein y nos agachamos junto a la pequeña; no había manera de que reaccionara, con el rostro en tensión y los ojos abiertos y llenos de lágrimas, aunque aún conservaba el resto de la armadura.

—Se... ¿se va a morir? —gimió Marla.

—No, pero... —dijo Pepe—. Si no hacemos algo, entrará en un coma del que no se despertará jamás.

Antes de que yo abriera la boca para maldecir a Evein, apareció la madre de Zeni como siempre, o sea de repente y sin hacernos el más mínimo caso. La mujer apoyó su mano en la frente a la niña y en seguida se le relajó la cara.

Mientras la madre curaba a Zeni, Evein sacó la costilla-espada de su gabardina y luego accionó un brazalete que escondía bajo su manga; según Pepe, aquello le servía para liberar las demás armas que guardaba por ahí.

Tras pronunciar unas palabras rarísimas, lanzó la katana en el aire y una treintena más se le unieron para crear un tórax; luego vinieron las otras: cuchillas gigantes se juntaron a pares para la columna, dos enormes escudos redondos para los omoplatos y dos alargados para el cráneo, martillos para las piernas y alabardas para los brazos, cuchillos de diferentes tamaños y formas para las patas, garras y dientes, una inmensa lanza puntiaguda dividida en veinte piezas para la cola, un enjambre de puñales y dagas se ensamblaron como piezas de puzzle para las mandíbulas y un combinado de

guadañas para las alas. El dragón resucitado pegó un grito y se rodeó de una luz blanquecina que se unió con Evein.

—Por fin —se alegró la mujer contemplando el cielo—. ¿Puedes verlo, Oïvon? Después de más de tres mil años... lo he conseguido.

Al mismo tiempo Zeni ya se había recuperado, con su diadema y todo, y la abrazamos... y nos pegamos un calambrazo de aquí te espero. Pero vaya, nos alegramos de que estuviera bien.

—Atrás hija —le ordenó la madre encarándose al dragón huesudo—. Cumple con tu función en el grupo.

—Sí, mamá.

Zeni se incorporó y nos sugirió que nos refugiáramos detrás de ella y que nos agacháramos. Pepe me susurró que “la función en el grupo” de la que hablaba su madre era la de hacer de escudo y nos fue bien: la Zechnas adulta se iluminó tanto que tuve que cerrar los ojos y un potente tornado nos obligó a estirarnos. Después de un rato así, paró de soplar y noté que nos absorbía hacia ella al mismo tiempo que su figura se oscurecía. Impresionó incluso a Evein:

—Observa, Kraizent. Éste es el poder real de una Zechnas de alto nivel. Al final, estos tres mil años han sido bien aprovechados.

De repente la Zechnas voló en dirección al dragón, el cual pegó otro rugido y su aura se volvió violenta un instante antes del choque. El estallido fue tan bestia que hasta la tierra tembló mientras la presión del aire nos aplastaba.

Tardé unos segundos en levantar la cabeza. El dragón seguía intacto aunque la energía que lo rodeaba se había vuelto más débil. Eso sí, todavía le sobraba fuerza como para acabar con cien como nosotros de un soplido. Pero lo que más me preocupaba era la Zechnas adulta; fue cuando me fijé en la mirada de Zeni, llena de tristeza e incredulidad.

—Ma... ¿mamá? —balbuceó la pequeña; su madre se encontraba unos metros detrás hacia la derecha, boca abajo y medio enterrada en el suelo de manera que sólo se le veía su cabello, parte de la cara y un brazo. Ya no llevaba la armadura—. ¡Mamá!

Zeni intentó ir hacia ella, pero Pepe la detuvo cogiéndola de un brazo y pidiéndole que no se preocupara: la Zechnas aún vivía y se despertaría en un par de horas, siempre y cuando no enajenara ningún ataque.

—Ten en cuenta que ahora nos toca recibir a nosotros —continuó hablando el chico con voz temblorosa—. Tu madre correrá más peligro si nos acercamos a ella.

—El Colmillos Negros ha acertado —nos comentó Evein, tratando de disimular su alegría—. La Zechnas ha desempeñado su cometido satisfactoriamente. Ya la remataré cuando me haya desecho de vosotros. No pongáis esa cara. Es cierto que carezco de motivos para sacrificaros, pero necesito comprobar y afinar las capacidades de Nhord-

Ghrat antes de utilizarlo para mis verdaderas necesidades. No pretendo que me entendáis, sólo que luchéis con valentía.

—¡Ayayay! —se desesperó Marla—. ¡A esta se le ha ido la castaña del todo! ¿Y ahora qué? Soy una tonta. No debería haber tirado lo de papá. Si no, ahora yo...

—¡Cállate! —le gritó Pepe—. ¡No me dejas pensar!

—No hace falta pensar —solté tan tranquila que hasta yo me sorprendí—. Esto tengo que hacerlo yo sola. Si no vuelvo en diez segundos, huid, ¿vale?

Creo que me dijeron algo, pero yo no escuché. Concentré mi energía y realicé mi conjuro, lanzándome a mí misma contra el dragón:

—¡Shiokatón!

CAPÍTULO ESPECIAL (POR ÚLTIMA VEZ, PEPE)

¡No es justo! ¡Se supone que aquí el héroe soy yo! Es cierto que nunca obtuve mis colmillos oficiales, sin embargo... sin embargo mi obligación era haberlo evitado. Astrid vuela directa hacia el dragón y yo aquí plantado como un inútil. ¿Pero qué espera conseguir esta niñata? Vale, sí, las defensas de Nhord-Ghrat se han debilitado después del encontronazo con la Zechnas y la acción de Astrid nos ha pillado tan de sorpresa que ni siquiera Evein ha reaccionado todavía. No obstante, Astrid carece de la capacidad de ocasionarle daño alguno. ¡Es absurdo!

Al principio el dragón permite pasar a Astrid, incluso ella llega a tocarlo. Pero como es natural, Nhord-Ghrat rechaza su presencia y Astrid sale disparada y abre un agujero al empotrarse contra el suelo. Durante unos instantes, sólo se ve una nube de polvo. Un momento... ¡Oigo sus tosidos! Me suena a música celestial. ¡Está viva! Al disiparse la humareda, me asomo para buscarla en el fondo del hoyo. Astrid ha endurecido su traje y se ha protegido con él. No tiene ni una rascada. Me siento más feliz que nunca:

—¡Se puede saber qué pretendías, pedazo de estúpida! —le grito.

—No me digas eso con esa cara de alegría, que queda raro —me responde—. Y ayúdame a salir.

La cojo del brazo y estiro. Entonces lo veo. En su mano derecha lleva una katana blanca. ¡Es un arma de Nhord-Ghrat! Me giro para observar al dragón. Le falta una costilla; la que protege el corazón, la que Astrid había cogido primero que nadie dentro del Templo. Ahora la espada que sostiene Astrid brilla en consonancia con la cinta de Nhord-Wit, como si siempre le hubiera pertenecido a ella y sólo a ella. ¡Ahora lo entiendo!

—No. ¡NO! —se desespera Evein, al tiempo que las demás piezas empiezan a temblar—. ¡Esto no puede terminar así!

Eveïn duda un instante. No sabe si tratar de impedir que el dragón se descomponga o venir a por nosotros y quitarnos la costilla. El fin de Nhord-Ghrat acaba con su dilema cuando las más de doscientas armas se repelen entre sí y salen disparadas en todas direcciones. Algunas hacia el espacio. Otras atravesando la tierra. Una guadaña gigante casi nos parte por la mitad; por suerte, logramos agacharnos a tiempo y nos roza la cabeza para luego destrozar medio bosque. Pasamos un rato angustiante hasta que la única pieza restante permanece en manos de Astrid.

De repente, sin avisar ni nada, Marla se pone a saltar y a chillar como una tonta:

—¡Qué bien! ¡Ya hemos terminado!

—No —la hace callar Astrid intentando controlar su miedo—. Mucho me temo que lo peor empieza ahora.

Ha acertado. No hay más que fijarse en Eveïn: sus ojos, antes llenos de amargura y tristeza, ahora destilan puro odio hacia nosotros. No hay duda de que nos aplastará como a gusanos sin ningún esfuerzo.

Si lo que sospecho es cierto, Kraizent lo planeó todo hasta aquí. Incluso el enfado de Eveïn una vez desmantelado Nhord-Ghrat. ¿Eso significa que Kraizent sabía que moriríamos en este punto? No, él jamás haría algo así. Seguro que hay alguna forma de salir de esta o al menos de salvarla a ella.

CAPÍTULO 15 (LA TRANSFORMACIÓN DE EVEÏN)

15-1

Me levanté y me coloqué bien las gafas con una mano mientras con la otra sujetaba con fuerza La Costilla del Dragón que tanto me había costado conseguir. Fue entonces cuando caí en que yo no sabía cómo utilizarla, ni para atacar ni mucho menos para volver a mi casa. Además tampoco era plan dejar a los demás solos con Eveïn, sobre todo con lo cabreada que estaba:

—Más de tres mil años –repetía con voz tétrica, reuniendo energía—. Más de tres mil años de vagabundear, de luchar, de sufrir. Tantos y tantos sacrificios, tantas personas que me importaban... Ládomir, Oïvon... ya no... no resucitarán.

—¿De qué habla? –le pregunté a Pepe.

—Ládomir fue el líder de la Orden, al cual Eveïn se vio obligada ejecutar, y a Oïvon ya lo conoces. De lo otro, ni idea. Pero si lo que me imagino es cierto, no tendrá compasión.

“Genial, dentro del Templo nos dio una paliza sin despeinarse siquiera y encima su objetivo no era hacernos daño. Si va a por nosotros en serio, nos... nos matará”. Me giré un momento hacia los otros; sus caras me decían que pensaban lo mismo que yo. Zeni permanecía inmóvil mirándonos uno por uno a toda velocidad, esperando a que alguien tomara una decisión; Marla comentó, de manera que casi no se la oía, que por favor huyéramos al bosque de una vez; y Pepe me cogió del hombro sugiriéndome lo mismo.

Intenté contestarle pero Eveïn concentró toda nuestra atención: con los ojos enrojecidos y el rostro desencajado por la rabia, la mujer empezó a maldecirnos y a... aumentar de tamaño. Crecía más a lo alto que a lo ancho, su gabardina le cubrió los pies y se ensanchó por la parte de abajo, adoptando una apariencia fantasmal al mismo tiempo que su boca se ampliaba con una sonrisa siniestra repleta de dientes puntiagudos y sus manos se convertían en garras. Yo alucinaba y Pepe también:

—¿Cómo es posible que Eveïn conozca ESE conjuro?!

—¿Y a mí que me cuentas?! –me quejé más desesperada que otra cosa.

De repente todo a nuestro alrededor se puso de color gris y noté que me costaba respirar, como si el aire se hubiera vuelto pesado de golpe. Antes de que tuviéramos tiempo de preguntarnos qué pasaba, una figura medio transparente envuelta en una sábana roja apareció delante de nosotros.

—¡Kraizent! –exclamé entre sorprendida y alegre—. ¿Has venido a salv...?

—No. De hecho ni siquiera me encuentro cerca de aquí. Mi intención es aclarar un par de puntos. Y para ello he ralentizado el tiempo en una millonésima parte de forma que...

Le interrumpimos los cuatro a la vez, preguntándole cada uno por lo que más le interesaba: Zeni por si él era el responsable de lo que le había ocurrido a su madre, Marla si íbamos a sobrevivir, Pepe por alguna técnica para acabar con Evein y yo si lo que me temía era verdad. Pero él se limitó a hacernos callar:

—Os advierto que sólo se mantendrá este estado de quietud durante unos minutos, tras lo cual Evein os eliminará en un instante. Como ya habréis deducido, Evein se empeñó en reunir al Dragón porque éste posee la capacidad de resucitar a las personas; así, al revivir al líder de la Orden ella se liberaría de su sentimiento de culpa por haberlo matado. Pero antes de nada concededme la oportunidad de explicarme y luego me consultáis sobre estas trivialidades. Primero aclarar que, a excepción de algunos detalles sin relevancia como el combate contra el tipo del hacha, el cual se desarrolló de un modo interesante, todo cuanto ha acontecido hasta el momento yo lo había previsto. El propósito de vuestro viaje ya os imaginaréis: me propuse valerme de Evein y sus Armas del Dragón para comprobar la capacidad de combate de una Zechnas de alto nivel.

—¿Y eso es más importante que nosotros?! —le gritó Marla rabiosa.

—Sí —afirmó con rotundidad Kraizent; Marla y Zeni se enfadaron, pero Pepe y yo quedamos hundidos. Kraizent no hizo caso a nadie y siguió con lo suyo—. Tras la guerra contra Zérep descubrimos que nuestra fuerza era insuficiente para hacer frente a amenazas de ese calibre y más aún después de las pérdidas que sufrimos. Además, la mayoría de hechiceros y guerreros no nos sirvieron para nada; en las Zechnas reside nuestra única y verdadera esperanza. No obstante, se ignora su potencial actual debido a que en los últimos 3.000 años ninguna Zechnas de alto nivel se ha visto forzada a luchar al máximo de sus posibilidades y ese dato es vital si se produjera otra desgracia. Se trata de una cuestión de estrategia militar básica: antes de iniciar una guerra es imprescindible conocer los propios recursos armamentísticos incluso más que los del enemigo. Y La Gran Ciudad es de las pocas entidades con la capacidad suficiente para sacar todo el poder de una Zechnas. Sin embargo, si dañábamos a una sola de ellas la opinión pública arremetería contra nosotros. Hay muchos que afirman que La Gran Ciudad disponía de los medios suficientes como para evitar la masacre provocada por Zérep y sus Universales y no puedo permitirme ningún desliz. En cambio, gracias a mis tácticas me deshago de la responsabilidad: ha sido Evein quién ha dañado a la Zechnas.

—¡Vaya morro! —se le encaró de nuevo Marla—. Si fuiste tú el que nos enviaste. ¿Cómo te vas a librar de esa, eh?

—Muy sencillo. Yo no os he ordenado nada: la Zechnas se alistó voluntariamente al grupo, el Colmillos Negros tan solo realiza la función de guía y su código le obliga a huir en estas circunstancias y tú, Marla, desobedeciste a tu padre al acompañarlos hasta aquí. Si morís, las culpas no recaerán sobre mí sino sobre vosotros mismos.

—¿Y Astrid? —soltó Pepe con furia contenida.

—En cuanto a Astrid... bien, ella pertenece a otro mundo. Si es eliminada nadie lo notará, por lo que su vida carece de valor. Lo siento, pero os encargué una misión suicida.

Eso me dolió de verdad, pero el caso es que por fin lo había entendido todo, incluso por qué la General se enfrentó a Kraizent; sólo me protegía. Y pensar que me enfadé con ella por eso. También comprendí el sentido del viaje: por un lado, Kraizent necesitaba tiempo para colocar las piezas del juego, o sea a nosotros, en el lugar y el momento adecuado y así nadie sospecharía que aquello lo había planeado él. Seguro que existían otros motivos que a mí se me escapaban, pero ya no importaba. En ese momento sentía rabia y tristeza al mismo tiempo por haber sido traicionada de esta manera. Quise decirle muchas cosas, pero lo único que me salió fue un simple:

—Me has utilizado.

—En realidad os he utilizado a todos —afirmó Kraizent tan tranquilo—. No es necesario que os explique en qué ha contribuido cada uno. Aunque tú, Astrid, has sido el elemento más valioso.

—Tú... ¡tú dijiste que confiabas en mí! Y yo me lo creí y... y...

—Esto no ha terminado todavía, Astrid. La misión ha concluido con éxito y en principio no me incumbe lo que acontezca a partir de ahora; sin embargo, yo preferiría que vivieras. Quizá dudes de mí, pero esa es la razón principal por la que he aparecido aquí y ahora. No te rindas. Me demostraste que vales y no deseo perderte —silencio—. Ya perdí a mi mejor discípulo y amigo en la guerra contra Zérep y algo dentro de mí se niega a que te suceda lo mismo. Tomé esa decisión cuando completaste el entrenamiento en la mitad de tiempo; esos últimos cinco días los dedicamos a prepararte para este último combate, a pesar de que suponía un riesgo al dejarte más indefensa ante los otros peligros a los que te has enfrent...

—¡No te enrolles tanto y dime cómo vencer a esta tiparraca! —le metí prisa al ver que la figura de Kraizent empezaba a desvanecerse.

—Recuerda tu entrenamiento. Allí está la clave. La concen...

Tarde. Kraizent se esfumó y el tiempo volvió a la normalidad, con Evein en plena mutación: ya se había vuelto tan alta como un edificio de tres plantas y seguía creciendo. Así pues, en vez de esperarme como una tonta lo mejor era atacarla cuanto antes, pero me temblaba demasiado la mano. “Vamos, Astrid”, me intenté animar, “has llegado hasta aquí. Ahora no puedes rendirte. Demuestra que tu vida sí tiene valor”. Kraizent me había dicho que me quedaba una oportunidad. Debía confiar en él. Era mi única alternativa válida; o eso o morir. “Por favor, que esta vez no me haya mentado”. Respiré hondo y me concentré mientras notaba que se me humedecían las mejillas. Apreté con fuerza los dientes y lancé mi hechizo con la cabeza agachada y los ojos cerrados; se podría decir que, más que pronunciar el conjuro, lo supliqué:

—¡Shag-Laah! ¡Ayúdame a calcinar y congelar a quien nos amenaza a mí y a mis amigos! ¡¡FUEGO Y HIELO!!

Una enorme bola roja y azul, más grande que yo misma, surgió de mis manos. Volví a abrir los ojos, alcé la mirada y lo vi; vi cómo mi magia... mi energía se desintegraba antes de alcanzar a Evein, que cada vez aumentaba más y más de tamaño.

—¡No es justo! —me derrumbé de rodillas al suelo—. Yo... yo ya no puedo más.

Pepe me obligó a levantarme, diciéndome algo que no escuché por culpa de un rayo que impactó a dos palmos de nosotros y casi nos destroza. Evein había completado su transformación y nos atacaba.

—Vámonos ¡YA! —gritó Pepe, tirándome del brazo y arrastrándome hacia el bosque.

Marla y Zeni no se lo pensaron dos veces y, antes de que Pepe consiguiera hacerme andar, ellas ya corrían a refugiarse entre la vegetación. Yo no entendía para qué huíamos. Total, ya sabíamos cómo íbamos a acabar. Yo, al menos, ya lo sabía. Al fin y al cabo, era una misión suicida.

15-2

Corríamos entre los árboles y arbustos con cientos de bolas de energía lloviendo y estallando a nuestro alrededor, aunque yo, más que correr, me dejaba arrastrar por Pepe. El traje me protegía pero me rozaban las ramas en la cara y los restos de las explosiones se estrellaban contra mi cabeza; creo que sangraba, pero ya me daba igual; casi ni veía lo que ocurría a mi alrededor. Lo único que deseaba era que aquello terminara lo más rápido posible:

“Basta, ya me he cansado. Tanto esforzarme y no ha servido para nada. Aquí estoy, huyendo de nuevo. ¿Qué hago aquí? ¿Para qué sigo viva? Es inútil. Soy una inútil. Evein tiene razón: les he traído a morir conmigo; yo lo sabía. Es culpa mía. Pero yo no quiero... no quiero morir... pero en cuanto me toque una de esas...”

Entonces lo vi claro; fue cómo un fogonazo en el cerebro. Evein no me había acertado, ni a mí ni a nadie. ¿Por qué, si en la cueva de las puertas nos había golpeado con una precisión inhumana? “Las últimas palabras de Kraizent”, me dije tratando de recordar, “Concen... ¡Concentración!”.

—¡No te pares, Astrid! —me ordenó Pepe todavía cogido de mi brazo.

—Vamos a por ella. Podemos, créeme.

Antes de que tuviera tiempo de llamarme insensata, se lo expliqué a toda pastilla repitiendo las palabras de Kraizent durante mi entrenamiento: gracias a la rabia, Evein se había vuelto más fuerte, más ágil y más insensible al dolor y al mismo tiempo había perdido percepción y equilibrio y, por tanto, era más vulnerable. No tendríamos otra oportunidad para vencerla. Además, en cuanto Evein se calmara un poco, nos encontraría y adiós muy buenas. Claro que Pepe me rebatió que nuestra magia nunca la dañaría lo suficiente y se ofreció a hacer de escudo usando a Shag-Laah para distraerla.

—Ni hablar —me negué con fuerza—. Si lo haces te morirás.

—Mejor uno que cuatro —insistió convencido—. Mejor a mí que a ti.

En sus ojos había determinación. Examiné con cuidado el brazalete-anillo. Yo aún lo llevaba puesto a pesar del peligro. Ni Marla ni Zeni lo sabían manejar, pero si Pepe o yo misma lo utilizábamos, la araña le absorbería la vida.

—La araña absorberá la vida... a uno de los dos —murmuré pensativa. Y se me ocurrió. Miré al chico fijamente mientras un árbol reventaba a nuestro lado. Eveïn se acercaba y Pepe lo entendió.

—Es muy arriesgado, Astrid. Si no nos sale bien será el fin de todos.

—Y si no lo intentamos, también —le contesté.

Tanto Marla como Zeni no dudaron en quedarse y ayudarnos: Marla porque ya se había hartado de correr y Zeni por lo de su mamá.

—¿Tenéis miedo? —les pregunté a ellos y a mí misma.

—¡Ja! —gritó Pepe, colocándose la espada en el hombro y chuleando—. ¡Por supuesto que sí!

—Yo mucho —comentó Zeni levantando el dedo.

—Sólo un idiota no tendría miedo —dijo Marla orgullosa de su cabezonería.

—Estupendo —sonreí—. Vamos allá.

15-3

Después de explicarles mi plan a los tres, Pepe y yo nos encontrábamos de pie en medio de un claro. No tardamos en ver a Eveïn asomando la cabeza por encima de los árboles, pero ella no nos localizó hasta que no le pegué un grito:

—¡Estamos aquí, cegata!

Eso la hizo enfadarse más todavía y se arrojó sobre nosotros. Entonces Zeni salió de un matorral y lanzó su energía hacia arriba, atrapando a Eveïn y deteniéndola. Antes de que la mujer lograra liberarse, Marla le saltó por detrás y la agarró por la nuca, usando la espada de madera para anularle el escudo, alargándose de forma que parecía un collarín; Marla casi no llegaba con los brazos a rodearle el cuello a Eveïn, pero sí lo hacía con las piernas y la sujetaba bien fuerte.

A Eveïn le resultaba imposible moverse a pesar de sus esfuerzos, pero seguía observándonos con prepotencia, cómo diciéndonos: “con vuestra fuerza no seréis capaces de herirme”. Pronto le cambió la cara: Pepe y yo habíamos entrelazado nuestras

manos de manera que sólo sobresalían los dos dedos corazón, abrazados y mordidos por el brazalete-anillo, el cual se adaptó a nuestras dos muñecas como si fueran una sola.

—¡Necios! –rugió Eveïn–. ¿Os pensáis que Shag-Laah es idiota? Notará que sois dos personas diferentes y os devorará el alma: la esencia modificada de un Colmillos Negros y la de una humana son incompatibles.

—Pero yo no soy un Colmillos Negros –sonrió Pepe.

La sorpresa dejó aún más paralizada a Eveïn y, sin darle tiempo a nada, ambos conjuramos nuestras magias a la vez:

—¡Fuego y hielo!

—¡Luz y oscuridad!

Todos sabíamos que un hechizo doble no la afectaría lo suficiente, pero con sus defensas al mínimo y totalmente inmovilizada, Eveïn no aguantaría uno cuádruple. Justo en el instante del impacto, Marla y Zeni escaparon, saltando hacia nosotros. El estallido fue tan potente que nos tiró a los cuatro y derrumbó unos cuantos árboles.

Tras la explosión, Eveïn empequeñeció volviendo a su aspecto original y cayó de espaldas al suelo. Reaccionó muy rápido y quiso levantarse para contraatacar. Demasiado tarde; la habíamos rodeado y, desde los cuatro puntos cardinales, la apuntábamos con nuestras armas: Zeni con un saliente recién alargado de su armadura, Marla con su espada de madera, Pepe con su sable oscuro y yo con La Costilla del Dragón. Eveïn, sin acabárselo de creer, no pudo hacer otra cosa que permanecer sentada y mirarnos con la boca abierta.

—Ahora sí que hemos terminado –sonreí satisfecha.

CAPÍTULO 16 (EL... ¿FINAL?)

16-1

Nos quedamos unos segundos así, quietos y sin quitarle el ojo de encima a Evein, hasta que ella lo aceptó:

—Me rindo —cerró los párpados y sonrió de manera que casi no se le notó—. Como última superviviente de La Orden os presento mis respetos. Sobre todo a ti, pequeña humana.

Eso me dejó bastante descolocada, tanto que en ese momento no supe cómo reaccionar. Y entonces los demás retiraron sus armas. “Pero qué hacéis”, pensé, “¿y si nos ataca?”. Intenté decir algo, pero al final los imité.

Sin perder la compostura, Evein se levantó y se limpió a manotazos la gabardina.

—Oye Zeni —le susurré al oído—. ¿No te molesta que esto acabe así?

—Un poco —contestó ella—. Pero ahora ya está.

—¡Muy cierto! —se metió Pepe en plan chulo—. Hemos luchado por un mismo objetivo y hemos ganado nosotros. Eso es suficiente.

Primero pensé que eran cosas de Pepe, con su extraño sentido del honor en plan militar, pero como Marla también estuvo de acuerdo, no abrí la boca; bueno, la verdad es que en el fondo tenían razón. Además a Evein no se la veía enfadada, sino decepcionada... o más bien triste. Incluso llegó a disculparse por haber perdido el control, aunque me dio la sensación de que no nos pedía perdón a nosotros, como si su cabeza viajara por otros mundos más raros que éste.

Después, tras sorprenderme con el comentario de que le recordaba a ella de joven, nos explicó que sobre todo se arrepentía de haber sido manipulada por Kraizent; creo que eso me lo dijo con segundas. También me enseñó cómo usar la katana para volver a mi casa; bueno, en realidad sólo me soltó, con ese tono de voz tan frío y tan suyo, que debía rasgar el aire manteniendo al mismo tiempo una imagen clara de dónde quería ir.

Cuando Evein terminó de hablar, se giró sin despedirse ni nada y empezó a caminar. Mientras se alejaba, murmuró:

—No voy a recomendarte que no caigas en los mismos errores que yo; eso es cosa tuya. Sólo voy a advertirte de una cosa: si utilizas la costilla de Njord-Ghrat para abrir un portal hacia tu plano astral, ésta se desvanecerá y esperará a que regreses. Y el día que regreses será tuya de nuevo. Y ese día te aseguro que te la arrancaré de las manos.

—Estupendo —ironicé—. Me lo tomaré como una amenaza.

Nada más desaparecer Evein, los cuatro nos volvimos hacia el Templo para ir a buscar a la madre de Zeni. No fue necesario, ya que nos la encontramos por el camino. Sin ni fijarse en nosotros, como siempre, abrazó a su hija, la felicitó y luego le comentó que la mandaba a otro grupo aventurero; al fin y al cabo el nuestro pronto se disolvería.

—Pe... pero mamá –se quejó Zeni–. Yo estoy bien aquí y...

—No, hija. Sabes de sobra que ahora es el momento de partir.

Zeni apretó los labios y agachó la cabeza. Marla y yo íbamos a intervenir, pero Pepe nos detuvo recordándonos lo estricto que era el código de las Zechnas:

—Además –siguió explicando el chico–, de todos modos nos separaremos de un momento a otro, ¿no? Pues contra antes mejor.

—Siii, yaaa –renegó Marla–. Pero al menos se podría quedar un ratito más a... a celebrarlo o algo, ¿no?

Yo coincidía con Marla, pero opté por hacerla callar. Primero porqué el tono de voz de Pepe reflejaba su tristeza a pesar de sus esfuerzos por ocultarla y segundo porqué cualquiera se atrevía a contradecir a aquella señora.

Así pues, no tuvimos otro remedio que aguantarnos viendo cómo la madre dirigía en silencio a Zeni, empujando suavemente su espalda con la mano para alejarla de nosotros. Y entonces, así sin más, la Zechnas adulta me miró a los ojos y me saludó con la cabeza como muestra de respeto. Parpadeé veinte veces en dos segundos para convencerme a mí misma de que aquello era real. “Tanto ignorarme y ahora esto”, pensé más desconcertada que otra cosa. En cuanto a los demás... bueno, Zeni abrió la boca de par en par, Marla tampoco se lo acababa de creer y Pepe un poco más y la palma del susto. Tras recuperarme de la impresión le devolví el gesto con una reverencia y los tres le dijimos adiós a Zeni con la mano hasta que la perdimos de vista; la pobre no se quería marchar de nuestro lado, pero no se resistió a los deseos de su madre.

Antes de que la echáramos de menos, llegó el pueblo entero encabezado por los dos abuelos, dispuestos a ayudarnos. A buenas horas.

—Aquí todo el mundo viene cuando ya no hace falta que vengan –protestó Marla.

Mientras Marla recuperaba su mochila, les contamos por encima cómo había ido el combate aunque pocas ganas teníamos de explicar aventuras, la verdad. Más tarde, unos cuantos se encargaron de reconstruir lo que había destrozado Evein y nosotros tres y los abuelos regresamos al pueblo.

—Te veo pálida –se interesó Pepe durante el camino–. ¿Te encuentras bien?

—Sí, no te preocupes –le mentí.

Ya hacía rato que notaba que algo no terminaba de funcionar bien en mi cuerpo: las piernas me sostenían de puro milagro y a cada paso que daba sentía un latigazo en el estómago. No tardé en caer redonda; la vista me falló y luego los pies. Si Pepe no me hubiera cazado al vuelo me habría estampado de cabeza.

Los abuelos nos tranquilizaron: era normal que, una vez finalizada la tensión del combate, el cansancio y los golpes me pasaran factura. Por suerte disponían de muchas medicinas y, en tan sólo una noche, me curaría; sin embargo, sería la noche más larga de mi vida. A pesar del hambre que llevaba sólo me permitieron cenar una sopa amarga y no pude descansar por culpa de la fiebre que me duró hasta bien entrada la madrugada. Eso sí, Pepe me hizo compañía; la verdad es que se portó muy bien conmigo. Marla también colaboró trayendo agua y, bueno, no molestando demasiado: sólo nos llamó “parejita” en doce ocasiones; vaya, que se contuvo bastante.

A la mañana siguiente ya me sentía mucho mejor, a pesar de que no había dormido más de un par de horas. Al levantarme, descubrí a Pepe y a Marla acurrucados en el suelo al lado de mi cama y bien abrazaditos. Cuando los desperté, los dos pegaron un brinco sorprendidos al verse uno frente al otro y en seguida se liaron a discutir sobre quién tenía la culpa:

—¡Eres un aprovechado, colmillitos! —le gritó Marla—. ¡Cuando se lo cuente a mi papá, verás, ¿valeee?!

—¡Escucha, so pija! ¡Este es MI sitio, ¿te enteras?!

—Voy a echar esto de menos —me reí y ellos pararon de pelearse y me miraron con una expresión triste. Marla no tardó ni dos segundos en abrazarme mientras Pepe se quedaba inmóvil con cara de... ¿envidia?

—Ay, perdona —le soltó Marla al chico en plan burla—. ¿Me he adelantado?

—Oye, no empecemos —se enfadó Pepe, saliendo como una flecha por la puerta, no sin antes tropezar con todo lo *tropezable*.

Marla y yo lo seguimos hasta afuera, donde la gente de la ciudad había organizado una fiesta con un montón de mesas repletas de comida ocupando las calles. Nos habían reservado los asientos del medio a los tres como lugar de honor y a mí me tocó justo entre Pepe y Marla.

A pesar de que me moría de hambre apenas comí nada; sólo me apetecía volver a casa con mis padres porque los echaba de menos y... bueno, en realidad el problema era que el plato principal consistía en aquellas arañas con boca de rata como la que me topé nada más llegar a este mundo: rebozadas, a la plancha, flotando a cachitos en un caldo... una delicia, vamos. Pero claro, no encontraba la manera de decir que me iba ya que me sabía mal dejarlos tirados así, en medio de la celebración. Por suerte los abuelos se percataron de ello y me ayudaron a escaquearme desviando la atención del público con un espectáculo de malabares a dúo subidos sobre las mesas. Marla y Pepe se escaparon conmigo a gatas y luego fuimos corriendo hasta un camino rodeado de bosque y algunas plantas-cactus. Sin embargo, una vez allí, ninguno de los tres se

decidía a ser el que *inaugurara* la despedida. Así pues, tras coger fuerzas, me adelanté yo. Primero le dije adiós a Marla; sus ojos parecían las cataratas del Niagra.

—No... no te pongas así, Marla —le susurré envolviendo sus manos con las mías—, que así me va a costar mucho más irme.

—¡Techaré de menosh, Ashtrif!! —lloró saltándome al cuello; esta vez me apretó tan fuerte que si no llega a ser por el traje me hubiera partido por la mitad.

Y después le tocó el turno a Pepe; el pobre estaba más tenso que un chico al que lo hubieran plantado el día de su boda.

—Pepe, o sea, Koiwefar, yo...

—Oye, si tienes que irte, vete ya —me soltó con voz temblorosa, intentando hacerse el duro.

Me dio la sensación de que Pepe se vendría debajo de un momento a otro y ni siquiera se atrevía a mirarme a la cara. Así pues, no sé porqué, me acerqué a él y le mojé la mejilla con mis labios.

—E-e-e-e-e-e-e-¿ESO a qué ha venido!? —gritó más nervioso y rojo que nunca.

—Perdona chico. Creí que te gustaría.

—¡NO! O sea... ¡SÍ! Bueno, ya me entiendes, ¿no?

—Que sosos sois —se metió Marla secándose las lágrimas—. Al menos os podríais haber dado un piquito, ¿no? Venga, colmillitos, pórtate como un hombre y adelántate.

Marla empujó a Pepe y empotró su boca contra la mía; no me partí los morros de milagro y nos separamos rápidamente de puro dolor, por supuesto.

—Oye-oye, Astrid, ¿cómo ha sido el primer beso, eh eh eh? —preguntaba Marla revoloteando a mi alrededor.

“Bastante chocante, ¿no te fastidia?”, pensé apretándome los dientes con la mano; aún me bailaban del topetazo. El caso es no me salía enfadarme con ella, claro que tampoco tuve la oportunidad; al fin y al cabo el especialista en estas cosas era Pepe:

—Maaaaarlaaaaa! —se rebotó el chico—. ¡¡Te voy a arrear una patada tan bestia que la van a notar hasta tus nietas!!

—Vaya forma de agradecer un favor. Si hubieras aprovechado la oportunidad...

—¡Qué oportunidad ni que pija muerta! ¡Has estropeado el momento!

Y se liaron los dos otra vez a discutir. “Vaya par”, suspiré justo antes de abrazarlos.

Permanecimos unos minutos así, en silencio, hasta que se me durmieron los brazos. Me aparté un poco de ellos y entonces vi a Zeni a lo lejos junto con su madre, medio escondidas las dos entre los árboles; a su manera se habían quedado hasta el final. Eso me hizo mucha ilusión, pero también que me doliera todavía más tener que marcharme. “Venga Astrid”, me dije, “contra más te esperes, peor” y abrí el portal con la Costilla del Dragón cortando el aire tal y como me había enseñado Evein. Justo antes de entrar, algo por dentro me empujó a girarme para verles... ¿por última vez?

—Adiós. —se me hizo un nudo en la garganta e intenté sonreír aunque no sé si me salió—. Hasta otra. Ya volveré... algún día.

16-2

De nuevo perdí el conocimiento durante un segundo. Al abrir los ojos, estaba tumbada en medio de un montón de carros de la compra desparramados por el suelo y me dolía la cabeza. Y además vestía mi ropa de siempre: mis tejanos y el anorak. “Todo esto ha sido... ¿un sueño? No. ¡No sería justo!”. Me senté de un bote y rebusqué deprisa en mis bolsillos. Nada.

—Ya podría llevar encima alguna prueba de la aventura o algo así, como en las pelis, ¿no? —me quejé en voz alta.

Entonces se abrió un agujero azulado en el techo y me cayó sobre la frente una foto mía junto a Pepe, Marla y Zeni y además con unas frases detrás escritas por cada uno de ellos.

—Gracias... a quién sea.

No tuve tiempo de leerme las, ya que oí el ruido de alguien acercándose y salí corriendo del supermercado a través de la verja, por alguna razón abierta de par en par.

Más tarde llegué a casa. Como es normal mi madre me pegó una bronca tremenda por llegar a esas horas, pero aguanté el tipo. Luego me ordenó que me duchara. Nunca imaginé que me alegraría tanto: ¡Por fin una ducha caliente! ¡Y con jabón normal! Y lo mismo pasó con la cena; un poco más y le beso los pies a mamá. Ella me miró de arriba abajo y me soltó:

—Hoy te veo muy rara, Astrid.

—Gracias —le sonreí. Teniendo en cuenta cómo solía ser yo antes, que me llamaran rara era el mejor de los cumplidos. Y el haber hecho aquel viaje fue lo mejor que me había ocurrido desde hacía mucho.

16-3

Ya acabé de cenar y he entrado en mi habitación; es pequeña y los muebles son viejos, pero la echaba de menos. Ahora, tumbada en la cama, contemplo la foto de mis “compañeros de aventuras” y leo las dedicatorias que me han escrito por detrás:

<<Que te vaya muy pero que muy bien, Astrid. Que sepas que me ha encantado estar contigo y tal. Eso sí, la próxima vez nos lo tomamos con un poquito más de calma, ¿vale? No es por nada, ¿verdad?, pero vaya, también fue durillo; no lo digo por ti, ¿eh?, que conste. Bueno, no me enrolló más que si no se me quejan de que no les dejo sitio y tal. Muchos besitos (aunque me sé de uno que desearía darte un mont...)>> A partir de aquí hay tachones y no lo puedo leer.

<<Gracias por la comida y gracias por el viaje y gracias por por todo y y también gracias de parte de mi mamá, pero ella dice que no quiere poner nada.>>

<<Yo no sé qué decirte. Bueno, que espero verte pronto y que yo... ¡espero verte pronto!>>

Sonrío, sintiendo también un poco de nostalgia. No paran de venirme imágenes a la cabeza y con ellas un montón de sensaciones: el bullicio de Cirnaria, el paisaje que se veía desde el Navegante del río eólico, la lluvia en Arushta... y también la del campo de entrenamiento con Kraizent, el viaje en el Ikibi y las peleas, las huídas, el barbudo... Evein. Y claro, las riñas entre Marla y Pepe y lo mona que era Zeni... y bueno, también un poco bruta, como su madre. Y así hasta un montón más. Es una sensación extraña cuando te han pasado tantas cosas en tan poco tiempo; te parece que ha sido muy corto y muy largo a la vez. Y cuando todo ha terminado, el cerebro te va a mil por hora.

Respiro profundamente e intento relajarme. A pesar de que no me apetece mucho, apagaré la luz y trataré de dormirme. No me he recuperado del todo y mañana tengo que ir al cole.

EPÍLOGO

Las primeras clases han transcurrido sin pena ni gloria y ya es la hora del patio. Nada más disponerme a desayunar, se me plantan delante las tres abusonas con su capitana al frente; ya casi me había olvidado de ellas.

Siguiendo su ritual, me rodean y empiezan a meterse conmigo, pero la verdad es que no siento nada de miedo. Supongo que es normal; después de haberme enfrentado a muerte contra tantos monstruos, guerreros y demás, el que un grupito de adolescentes venga a avasallarme pues como que no me impresiona demasiado.

—Oye, criaja —se me encara la líder—. ¿Por qué estás tan tranquila?

Como ya sé que, responda lo que responda, se lo va a tomar mal y va a ser peor, le entrego mi bocadillo y ella me lo tira por la cabeza para luego irse a por otra víctima que se asuste más.

Me quito los restos de mortadela del cabello. Nota mental: mañana me comeré el bocata antes de bajar; o eso o me busco un desayuno que no pringue tanto. Pero bueno, ahora no me queda otra que limpiarme en la fuente.

Pienso en Kraizent; todavía no he conseguido que *pare de llover*, pero de momento aguanto bien y, en fin, todo llegará, ¿no?

—Hola —me saluda un chico de mi clase. No me había dado cuenta de que se me acercaba por detrás.

Se llama Bruno; nunca he charlado con él... la verdad es que ninguno de los dos es muy hablador. Es un poco más alto que yo y con el pelo más largo también. Ah, y lleva un sombrero en forma de bocadillo; mi moda se expande.

—Por cierto, ¿qué te ha pasado? —me comenta—. Ayer casi te lo haces encima pero hoy te has lucido, en el buen sentido de la palabra.

—¿Soy yo o todos los chicos sois igual de *simpáticos*?

Reímos un poco y nos explicamos las malas jugadas que hemos sufrido por culpa del trío de fanfarronas.

—Bueno, ¿te vienes? —me suelta como si nada.

Y, al ver que pongo cara de no entenderle, añade:

—Vamos a organizar algo para darles una lección a esas tipas. Ya sabes; las cosas no cambian solas, hay que moverse. Y estaría bien contar con alguien como tú.

—Gracias —sonrío—. Me apunto.



Este libro está autopublicado en EntreEscritores.com red social de obras inéditas donde los escritores pueden ser publicados por una editorial con el apoyo de los lectores.

Comparte tu opinión con el autor y cientos de lectores:

<http://bit.ly/ElEsqueletoDelDragon>

Este libro fue distribuido por cortesía de:



Para obtener tu propio acceso a lecturas y libros electrónicos ilimitados GRATIS hoy mismo, visita:

<http://espanol.Free-eBooks.net>

Comparte este libro con todos y cada uno de tus amigos de forma automática, mediante la selección de cualquiera de las opciones de abajo:



Para mostrar tu agradecimiento al autor y ayudar a otros para tener agradables experiencias de lectura y encontrar información valiosa, estaremos muy agradecidos si

["publicas un comentario para este libro aquí"](#)



INFORMACIÓN DE LOS DERECHOS DEL AUTOR

Free-eBooks.net respeta la propiedad intelectual de otros. Cuando los propietarios de los derechos de un libro envían su trabajo a Free-eBooks.net, nos están dando permiso para distribuir dicho material. A menos que se indique lo contrario en este libro, este permiso no se transmite a los demás. Por lo tanto, la redistribución de este libro sin el permiso del propietario de los derechos, puede constituir una infracción a las leyes de propiedad intelectual. Si usted cree que su trabajo se ha utilizado de una manera que constituya una violación a los derechos de autor, por favor, siga nuestras Recomendaciones y Procedimiento de Reclamos de Violación a Derechos de Autor como se ve en nuestras Condiciones de Servicio aquí:

<http://espanol.free-ebooks.net/tos.html>